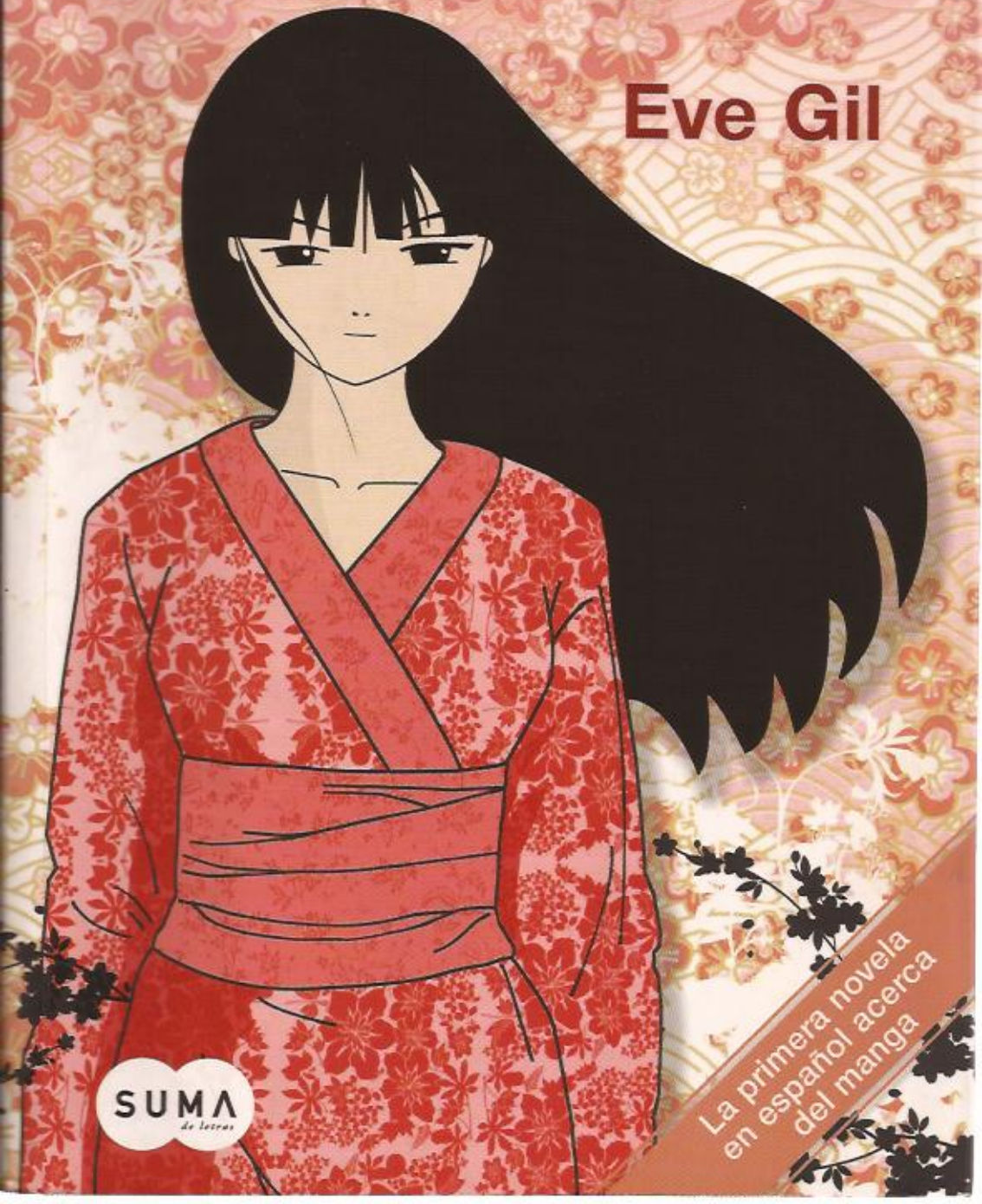
Sho-shan y la Dama Oscura

民西行的民西生新 月 小生 市生协生 行迎时友谊生

Eve Gil



SUMA de letras

La primera novela en español acerca del manga

Sho-shan y la Dama Oscura

Sho-shan y la Dama Oscura

Eve Gil

Ilustraciones: **Murasaki Fujita**

Mi gratitud infinita para Cristina Rascón Castro por la generosidad con la que me ha compartido sus vastos conocimientos sobre cultura y literatura japonesa.
Lo mismo para Selfa Chew, que me ayudó a entender mejor las diferencias entre chinos y japoneses.
Para Regina Swain por interesarse en este proyecto y compartirlo con Diego y Ximena.
Para Toshiya Kamei, por su cariño e interés en mi obra y para Manolo Poyato, por todo lo que me enseñó sobre el síndrome de Asperger.

Y por supuesto, para las musas-cómplices de esta aventura llena de realismo mángiko: Victoria Carolina y Ana Lourdes.

...se llama con justicia a los niños "una obscuridad sombría en la que se extravía el corazón de los padres".

Murasaki Shikibu

(Escritora japonesa del siglo XI, era Heian)

¡VAS BIEN, VAS BIEN!
NO ESTÁS LEYENDO AL REVÉS...

PARTE I

交各想康播意

Mi hermanita tenía cuatro años cuando mató a su mejor amigo.

Al fin pude decirlo. Escribirlo más bien. La verdad oficial. No es que alguien me lo prohibiera. Yo misma me hice el propósito de no mencionarlo y hacer de cuenta que nada había sucedido, que todo había sido producto de un anime, que es lo que los niños de todo el mundo creen. No por el hecho en sí —estaba convencida de que una niña como Lu no podía haber matado a un niño algo más pequeño, como no fuera por accidente—, sino por lo que había producido en nuestra existencia, quiero decir, la mía y la de mi familia: llanto, desesperación, locura, violencia, división… duelo… muerte…

Ocurrió hace diez años. Yo tenía once y soñaba con ser esto que soy: una *mangaka*, es decir, una creadora de mangas y animes. La más joven de la historia y una de las pocas extranjeras (sólo somos dos: un italiano de nombre Francesco Bellisimo y yo). Mexicana con apariencia de china y pseudónimo japonés: Murasaki Fujita. De las pocas mujeres que no hacen princesas ni huerfanitas sino *maho-shojo*, es decir, historias de chicas súper poderosas de una crueldad extrema. Soy autora de una de las series más amadas por todos los niños, la de mayor rating en Fuji TV y en el horario "difícil" de Cartoon Network: *Sho-Shan Z*. Además soy creadora del personaje

del mismo nombre, una niñita de cuatro años catalogada como criminal a la que se pretende encerrar en una prisión de máxima seguridad apenas alcance la mayoría de edad y cuya madre, dulcísima mujer de nombre Dama, es sospechosa de terrorismo. Mi creación debe haber llegado ya hasta Lu, aunque no haya comentado nada hasta hoy. Sin duda se habrá visto en la niñita con súper poderes heredados de una madre convencida de su humanidad aunque las evidencias demuestren lo contrario.

Sho-Shan tiene una hermana mayor de nombre Murasaki que sufre pesadillas en las que recobra retazos del pasado de su madre; éstas le transmiten una energía a la que teme pero que tendrá que asumir para salvar las vidas de su hermanita y de su mamá. El único personaje estable es el padre, el doctor Rintaro Mori, un médico inocente y algo neurótico que no intuye ni por asomo lo que ocurre con su tierna familia. Es idéntico al mío pero con nombre japonés.

Para reconstruir mi existencia, la real, todavía más increíble que la que leen en el cómic y ven por televisión en casi un centenar de episodios, debo echar mano del diario que llevé entre los nueve y los once años, el cual aún conservo. La última fecha corresponde al día anterior a los hechos, poco después de mi cumpleaños número once. No pude volver a anotar nada desde entonces. Sólo dibujar, dibujar y dibujar. E ir perfeccionando mis dibujos. ¿Qué otra queda con un maestro tan

rígido como Arigato Sensei? Desde los tres años fui lo que llaman *Akiba-kei*, es decir, aficionada a dibujar mis propios mangas, aunque también recreaba las aventuras de mi personaje favorito de entonces, *Master Higo*, un niñito ronin[1] que es hoy un clásico universal de Jinzaburo Kunikida, el mangaka más grande de todos los tiempos.

Aunque solía alternar los dibujos con la escritura, eliminé radicalmente la expresión escrita y me limité a capturar en imágenes la relación de lo acontecido a partir del 27 de febrero de 2001, así que me permitiré resumir los años previos al crimen, basándome primero en mis apuntes de entonces y, después, en la interpretación de mis propios dibujos. Todo *Sho-Shan Z* está sacado de ese testimonio gráfico que todavía me estruja el alma.

(1) Samurái degradado que, al perder su estatus, se dedica a asaltar a los viajeros en los caminos.

FRAGMENTOS DEL DIARIO DE VIOLETA/ MURASAKI

Hola. Soy Murasaki. Hoy Dama y yo cumplimos nueve años, porque ella dice haber nacido conmigo. En realidad me llamo Violeta Monsalve pero Dama, mi mamá, empezó a llamarme Murasaki, es decir, Violeta en japonés, desde que a los tres años empecé a manifestar interés exagerado por todo lo relacionado con esa cultura, en especial hacia los cartones animados que me dejaban en estado de trance. Desde entonces acordamos que no sería más Violeta sino Murasaki, y ella no sería más Mamá sino Dama, igual que Dama Murasaki, la sor Juana de los japoneses. Puedo dirigirme a ella por su nombre secreto frente a los demás, ya que "Dama" se parece a "Mamá" e incluso a su verdadero nombre que es Dagmar. El único lugar donde soy oficialmente Murasaki es en mi imperio bonsái. Para Papá, como para el resto de la humanidad, soy simplemente Violeta.

La primera frase que escucho cada mañana, mientras Mamá me hace cosquillas en las plantas de los pies es *Ohaio gozai-masu,*[2] y la última, *Mata asita,*[3] pronunciadas por Dama. Ésta última es la señal de que el cuento ha llegado a su fin y debo ingresar al mundo de los sueños, algo un poco parecido a ver televisión.

Murasaki es también el nombre de la pequeña heroína de los cuentos de tradiciones de Dama, una japonesita que dibuja con facciones muy similares a las mías y ataviada con coloridos kimonos, casi siempre violetas. Lo chistoso es que ni mis papás ni mi hermanita tienen un sólo rasgo asiático. Antes bien, Papá pasaría por austriaco o islandés, aunque se apellide Monsalve. Lu se parece a él, rubita toda rizos. Color oro viejo, dice Dama de los rizos como gusanos de seda de Lu.

—Dama, ¿soy adoptada?

Tendría seis años la primera vez que se lo pregunté y todo porque Brenda, que me hace la vida imposible desde primero de kínder, dice que no podía ser que mis papás fueran mis papás pues ninguno era chino ni amarillo ni tenía los ojos rasgados.

La pregunta sobresaltó visiblemente a Dama, como si no hubiera esperado semejante inquietud de mi parte.

—¿Soy adoptada *Okaa-san*? —insistí, llamándola "madre" en forma deliberada.

—¿De dónde sacas esa tontería, cariño?

(2) "Buenos días" en japonés.
(3) "Buenas noches" en japonés.

—Todos lo dicen en la escuela: que seguramente soy hija de un cocinero de chop-suey —Dama no pudo evitar reír y me indigné—.¡Es en serio!

—Eres sangre de mi sangre —respondió Dama con un fervor que no puede ser sino producto de la verdad—. ¿Me entiendes, Murasaki? Naciste de mis entrañas. ¿Realmente crees que si fueras adoptada te lo hubiera ocultado? Eres mi hija. Si alguien quisiera hacerte daño lo despedazaría con mis propias manos.

Quedé convencida a pesar del escepticismo que veía en todos los rostros al ser presentada como hija de la famosa escritora Dagmar Obscura y del distinguido doctor Luís Monsalve, con especialidad en Traumatología por la Universidad de Nanjing. Dama me contó entonces una historia que escucharía muchas veces: yo nací un 17 de febrero, casualmente la semana que celebran el Año Nuevo los chinos y que hasta 1873 coincidía con el de los japoneses (tan parecidos y tan empecinados en subrayar sus diferencias). "El 14 de febrero es un día de suma importancia para los japoneses —narró Dama conmigo en sus rodillas—. Se lleva a cabo nada más y nada menos que el Festival de los Pájaros, una tradición de los pueblos de la montaña. Diez días antes de celebrarse el festival, todos los niños de la comarca tallan pequeños bloques de nieve —febrero es el mes en que la nieve empieza a despedirse de Japón— y construyen un palacio enorme, de unos seis metros. El 14 esos mismos niños

recogen todos los ornamentos que sobraron del festejo de Año Nuevo y hacen con ellos una gran hoguera frente al Palacio de Hielo dentro del cual cantan la Canción de los Pájaros y juegan hasta el amanecer."

—¿Has ido a Japón, Dama? —pregunté entusiasta.

—No lo recuerdo, querida —respondió mirándome con fijeza a los ojos.

Con trabajo recordaba haber estado en China, la pobre. Y como siempre, se le formó un nudo en la garganta y se le humedecieron los ojos. Igual que en diciembre, cuando permanece horas y horas frente a la ventana toda expectante, aguardando la nieve que nunca caerá. Se supone que Dama ha sacado toda esa información de los libros porque no recuerda haber estado en Japón —¿puede alguien olvidar haber estado en Japón?—, pero algo estalla en su corazón cada vez que lo evoca.

Por si fuera poco, lee en japonés y se sabe de memoria versos de Shuntaro Tanikawa de los cuales me he aprendido éste: *yo sólo soy un niño ingenuo que persigue mariposas de palabras bellas*. Poco a poco he ido aprendiendo que una cosa es el japonés hablado y otra el japonés escrito; que existen muchas clases de japonés, incluyendo uno estándar que todos los japoneses entienden; que manejan tres alfabetos distintos: *haragana, katakana, furigana*. Éste último compuesto por ideogramas chinos (Dama inventó una cancioncilla para que me los aprendiera) y en el que un mismo sonido puede tener muchos significados.

Además, se lee de izquierda a derecha si la transcripción es horizontal y de derecha a izquierda si es vertical. En ambos casos de arriba abajo. Dama es contemplada con estupor cuando lee en público algún libro en japonés y pareciera estar barriendo letras con el dedo. Ella y Papá suelen jugar a que conversan cada uno en distinto idioma, ella en japonés y él en chino, y luego nos traducen. Al interactuar, ambos idiomas se escuchan harto distintos. La lengua china, dotada de cinco tonalidades, dice Papá, hace que la charla más banal suene como una ópera no sólo a nuestros oídos sino a los de los propios japoneses que deben fruncir el ceño, igual que Dama, cuando intentan comunicarse con un chino.

Un día le pregunté a Dama qué otras diferencias había entre los chinos y los japoneses, porque en la escuela hasta miss Alejita los confunde (afirma la muy tonta que los japoneses descubrieron la pólvora y que los chinos tienen casitas de té atendidas por geishas). Me lo ejemplificó con dos fragmentos de distintas novelas, curiosamente, de autoras chinas ambas, aunque la primera lo explica desde la postura de un intelectual chino moderno y la segunda desde la de un soldado japonés que acaba de violar a una falsa geisha (es decir, china) durante la invasión japonesa a China en la década de los treinta:

> Los chinos somos de temperamento débil, pero nos encanta rebelarnos; los japoneses son de temperamen-

to enérgico, pero se someten sacrificadamente al poder. Los chinos somos *yang* por fuera y *yin* por dentro, en tanto que los japoneses son *yang* por dentro y *yin* por fuera; esa es la verdadera causa de la pobreza de China y la riqueza de Japón…[4]

Los japoneses habían elegido ser gloriosos en la acción y los chinos en la muerte. La patética grandeza de su suicidio colectivo se ve mancillada por una triste ironía. Matarse demasiado pronto es una vergonzosa captura. La civilización china, varias veces milenaria, ha nutrido un infinito número de filósofos, de pensadores, de poetas. Pero ninguno de ellos ha comprendido la irreemplazable energía de la muerte.

Sólo nuestra civilización, más modesta, ha salido al encuentro de lo esencial: actuar es morir; morir es actuar.[5]

Por supuesto, no me queda del todo claro…

Lo que sí me queda claro es que algo no marcha bien con Lu. Tiene dos años y no pronuncia otro sonido que no sean lloridos monótonos que casi no parecen humanos.

Se especuló sordera, pero no. Convulsionó por primera vez a los seis meses. Se especuló epilepsia, pero no; había sido una repentina subida de fiebre. Volvería a ocurrirle dos, tres veces más pese a los extremos cuida-

(4) Hong Ying (Sichuan, 1962), *El verano de la traición*, Plaza & Janés, España, 1998, traducción del chino: Lola Díez Pastor.

(5) Shan Sa (Pekín, 1972), *La jugadora de Go*, Booket, España, 2003, traducción del francés: Manuel Serrat Crespo.

dos de Dama. Se especuló autismo. Es demasiado sensible a los ruidos; llora de pronto y sin causa aparente; tiene manía por el orden, cosa harto extraña para un bebé; insiste en separar los lápices por colores y en casar sus calcetines con sus pares correspondientes, actitud que Dama encontraba adorable antes de que el primer pediatra le hiciera ver que no era normal. No para de agitarse ni de tomar compulsivamente cuanto queda a su alcance para chuparlo y luego romperlo (no necesariamente en ese orden), sin importar si es un dulce o un tornillo. Lo único que la distrae son las mariposas. Es una especie de milagro. Un día empezaron a pavonearse frente a la ventana de Lu y llegamos a creer que habría untado algún cebo en el antepecho de la ventana. Bueno, Lu no porque no alcanza: Kazuyo, su niñera. Pero Kazuyo, que es una alta y fornida muchacha de raza yaqui que nos mandó Abuela para cuidar de Lu, y a quien Dama le "japonizó" su nombre real que es Plácida, aseguró no haber hecho nada para atraerlas.

Por cierto: a partir de entonces el nombre secreto de Lu es *Cho*, que significa "mariposa" en japonés.

Cierta vez Lu rompió una hermosa fuentecita que Papá había construido especialmente para Dama. Aquel meticuloso entramado de tubitos quedó reducido a trocitos de formica en medio de un charco de humus. Papá enfureció en serio. Levantó una pavorosa mano hacia Lu, quien por instinto se tapó la cara. Dama, a quien nunca

había visto siquiera un poquitito enojada, se le enfrentó frenética, cubriendo a Lu con su cuerpo. La bofetada cayó sobre Dama que apenas se movió, como si no la hubiera tocado, aunque la marca del manazo latía en su mejilla. Quedé petrificada. Papá también. Creí que era el fin, que Dama no perdonaría semejante afrenta. Empezó a temblar como un venadito, no de miedo sino de ira. Me pareció que se transformaría en algo líquido y viscoso, que sus ojos de por sí grandotes se saldrían de las órbitas empujados por un torrente de lágrimas. Papá cayó de rodillas frente a ella. Yo rompí a llorar y Lu también. Dama se relajó poquito a poco, recobrando, junto con su forma humana, su dulzura cotidiana, aunque en vez de acariciar la cabeza de Papá, quien se humillaba ante ella, nos abrazó a Lu y a mí.

Algo no andaba bien.

Los adornos fueron puestos en vitrinas bajo llave. El departamento empezó a despoblarse de piezas frágiles. La bonita vajilla de porcelana fue sustituida por burdos platos y vasos de plástico para que Lu no corriera peligro. Dama creyó que conforme creciera puliría su torpeza, pero no sólo continuó manoseándolo todo y llevándoselo a la boca, sino que llegó a cumplir tres años sin pronunciar palabra ni sonido alguno. Sólo una especie de aleteo con la lengua.

Síndrome de Asperger. Fue el diagnóstico final tras intensos peregrinares por interminables pasillos de una

y otra y otra clínica. Siempre acompañé a Dama y a Lu en su odisea por consultorios y laboratorios. Papá la canalizó con el mejor neuropediatra del país, luego de haberla confiado a una paidopsiquiatra para niños, la doctora Perla Domínguez, que todavía es amiga de Dama y terapeuta mía. Cuando el doctor Israel Mendieta nos soltó su diagnóstico jugaba Lu con cubos de colores en un rincón del consultorio, aunque pronto unas crayolas hicieron que olvidara los cubos y un rompecabezas la hizo despreciar las crayolas, y así hasta que no quedaban más que cosas intocables. Me divertía observarla: parecía una princesita caprichosa y malvada toqueteando los teléfonos, las escupideras, los portalápices y el gafete de la enfermera que se limitó a sonreír cuando la niña terrible se lo arrancó de un jalón.

Dama dejó escapar un grito agudo que Lu imitaría a partir de ese momento. Sería de los pocos sonidos que brotaría de su pecho: la exacta imitación del doloroso desconcierto de su mamá. La enfermera entró a todo galope al oír aquel grito duplicado, pero el doctor Mendieta, con ositos de peluche prendidos al estetoscopio, le dijo que no pasaba nada y procedió a tomar a Dama por los hombros y hacerla tomar asiento para explicarle con calma. Habló de un tal doctor Hans Asperger de origen suizo que descubrió durante la Segunda Guerra Mundial el síndrome que lleva su bonito nombre, aunque no fue sino hasta hace pocos años, unos diez, que una docto-

ra de nombre Lorna Wing lo bautizó como tal porque empezaron a nacer montones de niños con esas características cuyo diagnóstico inicial, como en el caso de la propia Lu, era de autismo. Pero la verdad es que nunca habíamos conocido a alguien como Lu. Dama estaba tan absorta contemplando sus extraños juegos, preguntándose qué de malo había en ella, que no entendió ni jota. Por fortuna yo sí puse atención y pude explicarle cuando salimos del consultorio, a bordo del taxi (Papá y Dama se niegan a tener auto propio, ignoro el motivo), lo del hallazgo del doctor Asperger, la inauguración de la doctora Wing y los niños obsesivos. Desde ese día Dama devora libros sobre el tema, tratando de convencerse de que Lu no es una extraterrestre, de que existen otros niños como ella o peores. Niños que sólo se entienden con las mariposas y por eso las atraen hasta su ventana. Niños destinados a ser genios como Bill Gates, mangakas como Satoshi Tajiri,[6] o sociópatas como Cho Seung-hui.[7] No existe otro camino.

Dama se llama en realidad Dagmar Obscura y es escritora de cuentos para niños. La más famosa del mundo. Ella les dirá que eso no es cierto, que si así fuera no viviríamos en un departamento de la colonia Nochebuena sino en una mansión en la campiña inglesa, como J.K Rowling. Pero Dama es mucho mejor porque escribe sobre japonesitas inteligentes y bondadosas. Su personaje más popular lleva mi nombre: Murasaki. Tiene otra ja-

(6) Creador de Pockemon.
(7) Se refiere al estudiante que perpetró la masacre en Virginia en 2007, hecho ocurrido seis años después de la fecha en que está fijada la historia pero que es el único ejemplo famoso de un Asperger mal encaminado.

ponesita llamada Cho que se entiende con las mariposas pero no con los humanos y la dibuja muy parecida a Lu pero con cabello negro y liso. Pero no es hermanita de la protagonista sino su mejor amiga y, aunque no habla, escribe poesía con caligrafía tan preciosa como la de Murasaki. Su serie de cuentos sobre Murasaki es muy triste, pues ella queda huérfana muy pequeña y su hermana algo mayor muere poco después de su padre. Sin embargo, su precoz genio para la pintura y la poesía salvarán a Murasaki al llamar la atención de un cortesano de la emperatriz Akiko. Él se casará con Murasaki luego de introducirla a la corte... tras soportar muchas penurias.

En esa época, afirma Mamá, los caballeros se enamoraban de la caligrafía de la dama, antes que de la dama misma. Una feúcha con bonita letra tenía más posibilidad de casarse bien que una bonita que hiciera patas de araña.

La historia que más me gusta —y que Dama me ha explicado ya— no le había sucedido a la poeta Murasaki Shikibu, sino a uno de sus personajes, también llamado Murasaki. (Dama atribuye la vivencia a la gran poeta.) Cuando el bello príncipe Genji conoce a Murasaki, de apenas nueve años, se enamora de ella de modo fulminante. Existen entre ellos muchos años de diferencia, diez mínimo, y los consejeros de Genji lo hacen entrar en razón respecto a la inconveniencia de tomar por novia a una niña tan pequeña, por lo que el enamorado adopta a la nena y acondiciona para ella una habitación

con los más hermosos y finos juguetes del mundo. Él mismo se encarga de construirle la más hermosa casa de muñecas y logra hacer de la pequeña Murasaki la niña más feliz del imperio.

He de señalar que Dama es muy solicitada en simposios internacionales sobre literatura infantil a los que a veces me lleva (aunque inevitablemente me aburro porque la única no pomposa es ella). Es tan hermosa que no parece una mamá. Marcos y Rodrigo, que todavía no lo saben pero son protagonistas del primer cuento moderno que ya prepara Dama sobre, dice ella, una pandilla de *niños diferentes*, piensan lo mismo mientras arrojamos avioncitos por la ventana del salón (siempre somos los últimos en irnos porque nuestras mamás trabajan: la de Rodrigo es empresaria, la de Marcos, criada de unos millonarios y mi mamá, ya lo dije, escritora y dibujante de cuentos). "Tu mamá no parece una mamá." "¿Qué parece entonces?", les pregunto. "¡Una princesa!", dice Marcos, obsesionado con las princesitas de Disney. "Una androide ultrasofisticada", agrega Rodrigo, que se la pasa leyendo ciencia ficción.

"No", les digo, "es una heroína manga con súper poderes: se transforma en una gigante y colorida mariposa cuando se enoja". Ellos se ríen, y dejo que se rían aunque la verdad es que para mí eso que digo es real. La veo venir desde la ventana, ataviada con su característico abrigo de hombros caídos y corte alto que por detrás

semeja un talego de arroz; altísima (las demás mamás parecen enanitas a su lado, unas le llegan a la barbilla, otras ni a la cintura); finita, finita, aunque camina dando zancadotas, siempre apresurada, siempre acarreando una bolsotota de lona donde carga libros (Dama lee mucho, mucho…, también en español, y nuestra casa es una biblioteca con más libros que muebles, y los pocos muebles son cojines, lotus, futones, biombos, puertas de shoji y jarrones de ikebana), libretas varias, una para cada cosa (listas del mandado, instrucciones para lidiar a Lu, ideas literarias, esbozos de personajes). Avanza majestuosa, la larga cabellera ondeando como bandera color carmelita. Tira de la mano de una niñita cuyos rizos saltan monótonamente, imitando su extraño andar, sí, es Lu (tratamos de incorporarla a nuestro imperio bonsái pero no permanece más de dos minutos en un mismo lugar).

Dama tiene mala fama en mi escuela desde que me acompañó a la fiesta de Halloween de primero, a la que fui de Merlina, la de los Locos Addams. Dama fue disfrazada, a su vez, de Morticia, la mamá de Merlina. Lu no existía todavía. Llegamos juntas, tomadas de la mano, y al ver aparecer a Dama con un negro vestido con cola de patas de araña que ella misma había ajustado a su figura de maniquí, se hizo un silencio que jamás olvidaré. Había reconfeccionado un viejo vestido de noche con la misma ilusión con la que improvisó un antiguo vestido mío con cuello marinero. Mi pelo era entonces del largo

exacto para las trencitas, aunque después le pedí que me lo cortara pues miss Jorjita y miss Melissa molían todo el tiempo con que me peinara y me pusiera moñitos, pero yo odio esas cursiladas. El caso es que llegamos y todo mundo quedó estupefacto. No faltaron los chamacos que, tras la sorpresa inicial, se atacaron de la risa y la señalaron como a un animal raro, pero Dama correspondió con una inclinación de cabeza tan bella, tan graciosa, ¡tan japonesa!, que los hizo callar en el acto. ¡Qué orgullosa me sentí de ella! Los chiquillos no tardaron en asimilarla como a una niña más, pero las misses y las madres de familia que se ofrecieron a ayudar en la instalación del altar de muertos y en la preparación de tamales y del ponche no dejaban de mirarla terriblemente escandalizadas, acaso un poco envidiosas porque cualquiera de ellas se hubiera visto ridícula de Morticia. Y además Dama comía tamales sin culpa. Siempre damos la nota escandalosa. Por ejemplo, cuando un Día de la Madre ella expresó su contrariedad respecto a que me forzaran a participar en bailables que me extenuaban y me quitaban tiempo para cosas en verdad importantes como la computación (en la que tengo el primer lugar de la escuela desde el kínder). No se me quita de la cabeza la desorbitada mirada de miss Melissa al leer frente a mí la carta de Dama. Lo que de plano la hizo palidecer fue la declaratoria de mi madre de ser contraria a una celebración que glorifica la capacidad reproductora de la mujer y no su inteligencia. Estoy segura de que miss

Melissa entendió tan poco como yo, pero el hecho de que Dama prohibiera mi participación en el festival del Sagrado Día de las Madres bastó para llenarla de estupor. (En realidad no era prohibición. Yo detesto los bailables y al maestro de danza que chasquea los dedos, nos hace pegarnos el chicle en la frente si nos cacha mascando y es un idiota. Dama ya le ha mandado decir, por escrito también, que trabaja con niños, no con burócratas.)

Recuerdo que esa ocasión miss Melissa me miró con compasión por encima del papel y moviendo la cabeza exclamó:

—¡Pobre criatura! Ahora entiendo por qué estás tan pálida.

A la fiesta de Halloween de segundo grado Dama no pudo acompañarme porque estaba embarazada e indispuesta. Con todo, preparó mi disfraz para la ocasión: *Izanami*, el demonio de *Master Higo*. Las maestras gritaron al verme y es que Izanami es en verdad pavoroso con su larga cabellera negra que le llega a los pies, los cuernitos semejantes a orejas de gato y el cuerpo supurando mascaritas que hablan al unísono (Dama adquirió cabecitas de muñeca en una mercería y les rebanó las caritas para coserlas a la túnica). De nada sirvió que les dijera que no pasaba nada pues cargaba un durazno en mi mantón y esto me protegía. Luego Lu le impidió a Dama divertirse como antes. ¿Cómo disfrazarse y ser feliz si tenía una niñita enferma? A lo que Dama hubiera replicado con ferocidad: "No está enferma. Es AS".

Dama me ha hecho el regalo más emocionante de todos en mi cumpleaños número once: un biombo. Me lo esperaba. Coincide con la llegada de mi primera regla que, se supone, es cuando la hija busca con mayor ahínco a su madre para consultarle sus primeras dudas de mujer. A los quince me regalará un cepillo de plata. Papá palideció al ver aquel mueble que abarcaba un tercio del comedor y tenía pintadas mariposas de colores. "¿Cuánto pagaste por *esto*?", cuestionó a Dama, pero ella se limitó a responder que su valor es inmenso para mí. Siempre deseé un biombo pero sabía que debía llegar a cierta edad para tenerlo. He convenido con Dama en llamarlo "el biombo del honor", esto es, una especie de confesionario a donde cualquiera de nosotras que quiera revelar un secreto convocaría a la otra.

Papá no se acostumbra a la idea de que me haya posesionado del comedor, a pesar de que éste nunca ha estado habilitado como tal, no en sentido convencional al menos, pues siempre nos sentamos sobre cojines o tatamis. El lotus está en el estudio de Dama. En cierta forma fue siempre mi rincón, incluso cuando la habitación de las niñas era sólo mía. La invasión de Lu fue un espléndido pretexto para que me instalaran mi soñada tienda. Lu comparte la habitación con Kazuyo, quien no puede permitirse una mínima distracción o de lo contrario arderán persianas de bambú o se enchufarán tijeras para papel. Antes parecía más el cuarto de un varón gra-

cias a los afiches de caricaturas "violentas", pero Lu detesta los animes y se los cambiaron por otros de Winnie Pooh y Mickey Mouse. Nunca me gustaron las Barbies y al parecer a Lu tampoco, porque las ha descuartizado sin piedad. Papá comprende que no quiera compartir mi espacio con Lu porque ella no me deja hacer la tarea; siempre quiere jugar. Además, dice Dama, yo ya estoy en una edad *especial* en la que necesito intimidad.

Dentro de la tienda tengo mi lap top, mi iPod, mi TV y mis libros, revistas, libretas de dibujo y mi oso Douglas, que me acompaña desde China. Es lo bastante espaciosa para que Dama duerma eventualmente conmigo, en especial cuando a Papá le tocan guardias en el hospital. Dama ha improvisado un pequeño santuario budista para mí, al que ha declarado imperio bonsái. Nos ataviamos con kimonos para tomar el té. De sus manos ha brotado casi todo cuanto me rodea: los kimonos, las sombrillas y flores de papel de china, los cucuruchos, las pagodas y los rickshaws[8] a escala y algunas máscaras de Noh,[9] aunque algunos adornos los hemos solicitado por internet y Dama pide sus libros a la cadena de librerías Mazuren, las Gandhi de Japón.

Un obsequio inesperado ha sido una tortuguita que vivía hacinada con otras en la fuente empedrada de un restaurante de chinos al que me llevó Dama a celebrar mi cumpleaños once (me encantan los tacos chinos, atún y

(8) Pequeño carruaje oriental de dos ruedas que es tirado por una persona para transportar a un solo pasajero.
(9) Forma de teatro japonés que guarda ciertas afinidades con la tragedia griega y en el que la mayoría de los actores emplean máscaras. Carece de

verduras envueltas en lechuga). Mi tortuguita era la más pequeña y pasé casi todo el tiempo reclinada sobre ella, y a todo cuanto yo le decía, fuera bueno o malo, respondía con un movimiento negativo de cabeza. "Eres linda." No. "Qué encimosas tus compañeras." No, no y no. El dueño del lugar, un chino viejecito, terminó obsequiándomela al advertir, no sin emoción, que mi cumpleaños coincide con el Año Nuevo chino. Me explicó que era una tortuga "de concha blanda" y que estos animalitos son muy nobles y de buen agüero. "Las toltugas tlael futulo esclito en capalazón —agregó— y ésta augulal buen futulo pala niña del Año Nuevo." Por supuesto la llamé Nó. Aunque Papá rezongó al inicio, terminó participando con Dama y conmigo en el montaje de la pecera, justo entre el biombo del honor y mi tienda, y ahora se preocupa por la alimentación de Nó más que nosotras. Lu ni se le acerca. Nomás la observa a prudente distancia, cohibida pero sonriente.

Cuando Lu cumplió tres años Dama se negó a matricularla en una escuela especial como le aconsejaron Perla y el doctor Mendieta. Quiere que Lu y yo estemos juntas. Es un decir, pues si bien nuestras escuelas pertenecen a la misma dueña y se llaman igual, Sir William Shakespeare, el jardín de niños se encuentra en un edificio adyacente al de la primaria. Para entonces Lu ya estaba en terapia con Perla pero no pasaba aún por los electrodos. Al principio a sus misses les caía en gracia que hicie-

trama en el sentido del teatro occidental y escenifica sólo episodios aislados (tomado de "El teatro del Noh", de Manuel Aples Arce, *Aproximaciones a Yamato, los escritores mexicanos y Japón*, José Luis Ontiveros, compilador, Premiá Editora, Col. La Red de Jonas, México, 1989.)

ra cosas como forzar a sus compañeritos a comerse el Gerber, sometiéndolos con una especie de llave china; o arrancarse el pañal sin decir agua va porque era su forma de *avisar*. Pero al cabo de un rato sus salvajes métodos para expresarse comenzaron a inquietarlas. Dama les ha explicado hasta el cansancio en qué consiste el *problema neurológico* de Lu; les ha recitado de memoria la biografía del célebre doctor Hans Asperger, nacido el 18 de febrero de 1906, en Viena, Austria, etcétera, etcétera, y cita a Bill Gates, Albert Einstein e Isaac Newton, célebres Asperger. "Miren, es como si sufriera de ceguera mental, ¿me explico?" Controlarla es prácticamente imposible, a menos que sean Kazuyo y Kazuyo no puede ir al kínder con Lu. Lo único que la aquieta es la providencial aparición de una mariposa.

Se dice que los Asperger son obsesivos por naturaleza, que enfocan su atención en un sólo objeto o tema. Presiento que el tema de mi hermana son las mariposas a las que, contrario a lo que pudiera pensarse, jamás intenta atrapar ni por asomo. Sólo las contempla, analítica más que curiosa.

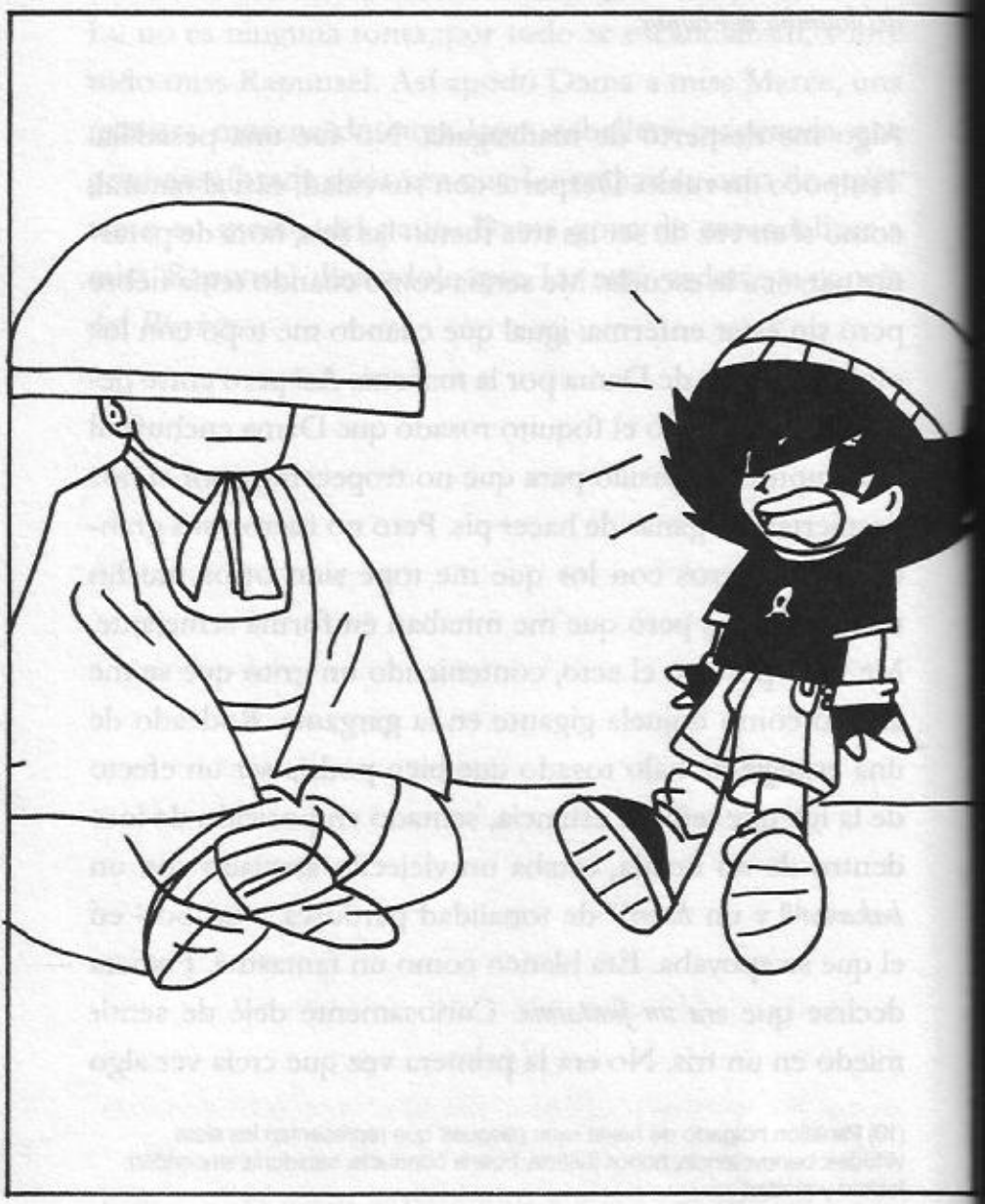
Esto lo notó miss Amélie, profesora de Lu en segundo de kínder, intentando distraerla con mariposas de papel hechas por ella misma, la pobre. Lu, lejos de calmarse, las arrancó del palito que las mantenían en vilo ¡y se las comió! Se ha comido los sellos de buena conducta de miss Bily, las florecitas de las macetas del patio, el

Gerber de Tony y el Milkyway de Toto. Pero dicen esto horrorizadas, como si se hubiera tragado un pollito vivo. Lu no es ninguna tonta, por todo se escandalizan, sobre todo miss Rapunsel. Así apodó Dama a miss Marce, una maestra morena de larga-larga cabellera oxigenada que grita desaforada cada vez que Lu realiza su acto de strip-tease en medio del patio. Dama goza de escandalizar a miss Rapunsel diciéndole que Lu será vedette y coneja del *Playboy*.

Transcribo tal cual la última página de mi diario, fechada el 23 de febrero del 2001, cuando Dama y yo recién hicimos el pacto del biombo del honor.

Algo me despertó de madrugada. No fue una pesadilla. Tampoco un ruido. Desperté con suavidad, casi al natural, como si en vez de ser las tres fueran las seis, hora de pararme para ir a la escuela. Me sentía como cuando tenía fiebre pero sin estar enferma: igual que cuando me topo con los ojos amorosos de Dama por la mañana. Así pero entre penumbras, con sólo el foquito rosado que Dama enchufa al interruptor del pasillo para que no tropecemos por si nos despiertan las ganas de hacer pis. Pero no fueron sus grandes ojos negros con los que me topé sino otros mucho más pequeños pero que me miraban en forma semejante. Me incorporé en el acto, conteniendo un grito que se me encajó como hojuela gigante en la garganta. Rodeado de una especie de halo rosado que bien podría ser un efecto de la luz que teñía la estancia, sentado en posición de loto dentro de mi tienda, estaba un viejecito ataviado con un *hakama*[10] y un *haori*[11] de tonalidad pardusca y un bo[12] en el que se apoyaba. Era blanco como un fantasma. Pudiera decirse que *era un fantasma*. Curiosamente dejé de sentir miedo en un tris. No era la primera vez que creía ver algo

(10) Pantalón holgado de hasta siete pliegues que representan las siete virtudes: benevolencia, honor, justicia, buena conducta, sabiduría, sinceridad, lealtad y piedad.
(11) Saco amplio con un cordón.
(12) Bastón del sacerdote. Servía como arma de defensa, especie de báculo adaptada por los antiguos bonzos para defenderse de los peligros del camino durante sus peregrinaciones. Existe una práctica de defensa personal que se sirve del mismo artefacto llamada Bo-jitsu.



o a alguien dentro de mi tienda, pero sí que ese algo me llamaba por mi nombre secreto:

—¡Mulasaki!

—¿Eres amigo de mi mamá? —fue lo primero que se me ocurrió preguntarle. De veras que no sentía miedo. Él me miraba con algo cercano a la ternura, aunque sus ojos eran apenas un par de rendijitas acuosas por los que se filtraba una lucecita—. ¿Eres un bonzo? —insistí ante su ausencia de respuesta. Dama me hablaba mucho de los bonzos que son monjes budistas, "los hombres más sabios del mundo", y me habló de ellos con tal emoción y gratitud que casi me hizo llorar. No soy para nada emotiva, de hecho me dan risa escenas de películas que hacen llorar a Dama, o que la horrorizan. Suele cubrirse los ojos cuando alguien toma un gato por la cola, o arroja comida al suelo, o tritura flores con la mano, o tala un árbol—. ¿Eres un sueño? —le insistí al aparecido—. ¿Cómo sabes mi nombre? ¿Por qué me miras así? ¿Eres japonés? ¿Por qué no tienes pelo?

Ya a las quinientas y en un castellano desesperantemente lento me dijo:

—Debes acumulal foltaleza, Mulasaki. De tu familia sel "la fuelte", pero no dalte cuenta todavía. Cho sel la más flágil... Flágil como el *locío suspendido en la luz de la mañana* —canturreó con preciosa voz.

Me quedé sin habla. Dama acababa de leerme estos versos del *Genji Monogatari*, su libro favorito, un verdadero armatoste que ha aprendido a sostener de pie sin

que se le ladee el torso. Me lo leyó por primera vez hace dos años. Yo no quería. Se me figuraba que si empezaba a leerme de aquel inmenso libraco nos haríamos viejitas antes de que terminara, pero fue tal el encantamiento que produjo en mí que, a partir de esa noche, todos los días solicito un fragmento. Por más que Dama alterna con otros cuentos siempre le ruego que regrese al príncipe Genji que tanto me recuerda a *Master Higo*.

—Cho —el bonzo volvió a referirse a Lu por su nombre secreto— sel casi puñado de ceniza, ¿entendelme? Como alas de maliposa: si no la toman con la delicadeza necesalia polel desinteglalse. Cho muy, muy flágil ¡pelo peliglosa!, polque flagilidad sel de dentlo, está en mente y colazón —señaló ambas con el dedo cordial—. Pelo fuelte, infinitamente fuelte su cuelpo, y su cuelpo no cooldina con mente y puede lastimal polque su mente flágil le impide entendel el podel de su cuelpo y la flagilidad de seles humanos, ¿entendel, chan? Maestlo sel el aguja y el discípulo sel hilo. Yo, tu maestlo; tú, maestla de Cho. Tú aguja y Cho hilo.

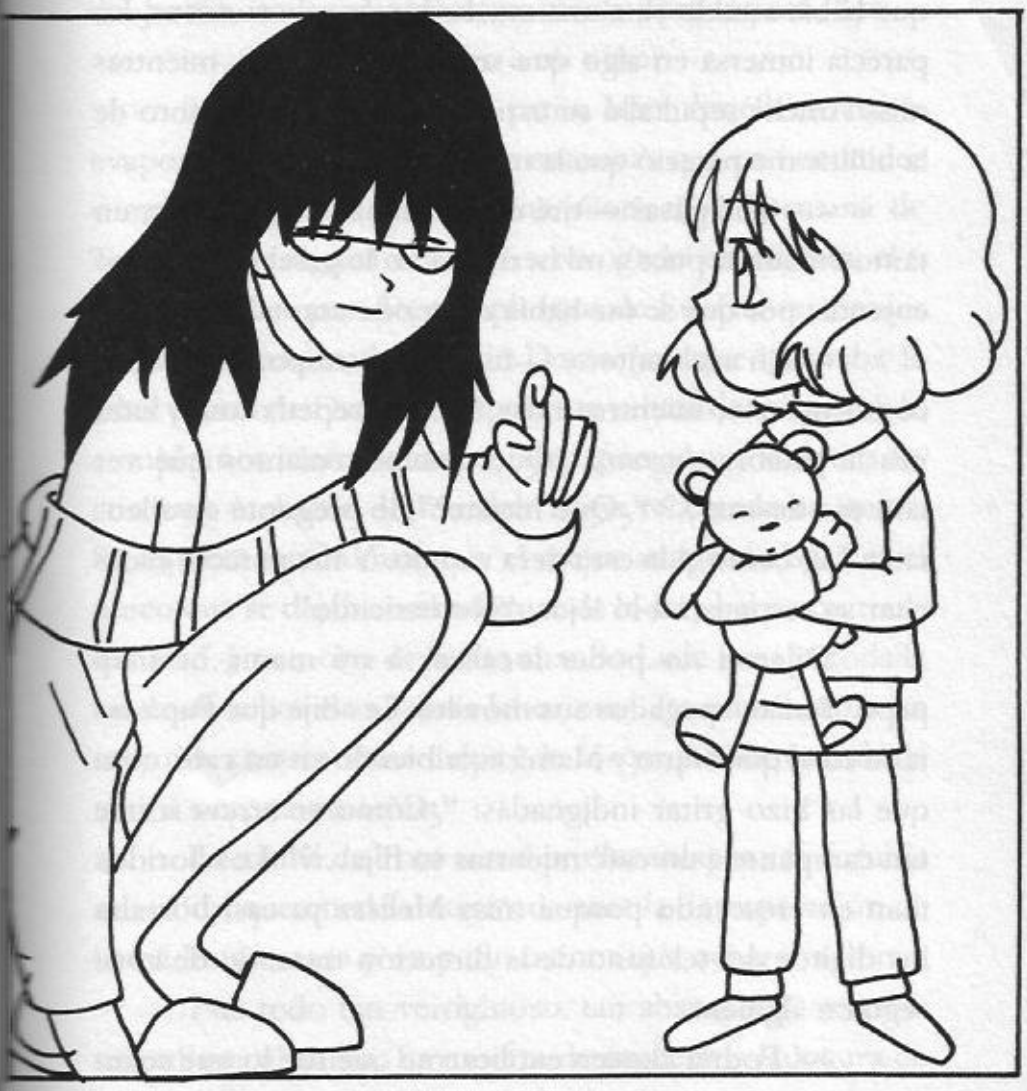
Pero no entendí nada, nada. Todo cuanto sabía era que Lu destruía todo a su paso y era capaz de comerse cualquier cosa. Sin quererlo en realidad pedí una explicación al sacudir la cabeza, pero el bonzo sólo repitió que yo tenía que ser muy fuerte y proteger a mi hermana, y también a mi madre, que corría un gran peligro. A continuación, desapareció.

No tardaría en comprender que no confiar en Dama era un error. Debí hablarle del bonzo y de lo que me había advertido. Quizá hubiera contribuido a impedir lo que sucedería ese día y ya no fui capaz de transcribir en mi diario. Ahora sólo queda interpretar mis dibujos. Porque a partir de ese momento sólo pude caracterizar a los actores del drama real como personajes manga. A partir de aquí es Murasaki adulta quien habla, interpretando sus dibujos de infancia por lo que, os advierto, la historia puede sonar demasiado descabellada.

Y sin embargo, juro que es cierta.

Me encontraba en clase de Historia. Miss Jorjita nos hablaba con cierto encono de Benito Juárez, un presidente de México que odiaba *inexplicablemente* a los curas, cuando se desató un terrible eco de gritos y sollozos en el edificio adjunto. En ningún momento se me ocurrió relacionar aquella vocinglería con mi terrible hermana. Miss Jorjita se veía forzada a subir la voz más y más para hacerse escuchar, pero los chicos nos mirábamos como preguntándonos qué estaría pasando. Miss Jorjita se vio obligada a callar cuando escuchó gritar mi nombre. "¿Violeta, qué ocurre?", me preguntó enojada, como si yo supiera. Mi nombre repetido a dos voces, la de miss Melissa y la de la directora del kínder, miss Bily, se arrastraba por las escaleras. No me quedó más remedio que salir a ver. Ambas gorditas llegaron jadeantes y sudorosas hasta mí. Sin mediar explicación, miss Bily me tomó de la mano y me obligó a ir detrás de ella, seguida por miss Melissa que jadeaba y lloriqueaba, inusualmente desgreñada.

No sentía afecto por Lu, he de admitirlo. No es que la odiara, como tampoco la odiaba Papá que no la tenía en muy alta estima que digamos. Sin embargo nunca le desee nada malo, al contrario, estaba conciente de que Dama moriría si algo le pasaba a su niña chiquita. Y justo en ella pensé cuando el corazón me dio un brinco. Corrí junto con miss Bily y miss Melissa, aullando por la calle como cantantes de ópera. Yo empecé a llorar antes de que me dijeran nada. Lo primero que vi al entrar fue a Lu en bra-



zos de miss Amélie, un tanto apartadas del infernal ajetreo. Nada anormal percibí como no fuera aquel coro plañidero que había atraído ya a una muchedumbre de curiosos. Lu parecía inmersa en algo que se metía a la boca, mientras miss Amélie sepultaba su carita morena en el hombro de la niñita: me pareció que la miss lloraba.

—¿Qué pasa? —tiré de la manaza de miss Bily, un tanto enfadada pues a mi hermana no le pasaba nada y no entendía por qué se me había requerido con tal urgencia.

—Un accidente… —fue cuanto respondió, pálida como muerto, mientras miss Melissa repetía una y otra vez la palabra *desgracia*. ¿Qué diablos teníamos qué ver con ese desma…? "¿Qué hiciste?", le pregunté en silencio a Lu, como si la estuviera viendo. Y me pareció escuchar su respuesta a lo lejos: "No entiendo".

Dijeron no poder localizar a mi mamá ni a mi papá. Tenían apagados sus móviles. Les dije que Papá estaría en el quirófano y Mamá escribiendo en un café, cosa que las hizo gritar indignadas: "¿Cómo se atreve a irse tan campante a un café mientras su hija…?" Los lloridos iban en crescendo porque miss Melissa ya casi borraba los dígitos del teléfono de la dirección tratando de conseguir a alguien.

—¿Podría alguien explicarme qué fue lo que sucedió? —demandé saber, muy formal.

—Algo horrible, ¡horrible! —me respondió la gigantona miss Bily.

—¿Qué? —insistí limpiándome las lágrimas ya secas. Justo entonces entraba en la oficina de la directora del Jardín, una mujer histérica mesándose los cabellos:

—¿Qué le han hecho a mi niño?

Miré en dirección al patio. Miss Amélie se había evaporado junto con Lu. Fue entonces que creí entender y me repleguè en una esquina. Conocía a la mamá de Toto porque alguna vez pasó a recogerlo en mi casa, el 6 de septiembre pasado, cumpleaños de Lu. Era una mujer de edad aproximada a la de Dama (aunque ignoraba la edad exacta de Dama que apaga las velitas de mi pastel de cumpleaños junto conmigo), de aspecto muy sofisticado, con una melenita de muchos rojos recortada en gajos. Su hijo era mucho más que el mejor amigo de Lu. Era el único que se dejaba embadurnar de lodo y baba con tranquilidad, y se moría de la risa cuando Lu le llenaba toda la cara con sellos de abejitas laboriosas. Pero las hermanas mayores cargamos las culpas de los pequeños cuando la mamá no está presente.

La mamá de Toto tomó por las solapas a la fornida miss Bily, que quedó desarmada ante la desesperación de la madre afectada y no pudo menos que echarse a llorar.

Fue todo tan vertiginoso, tan absurdo. A veces la tragedia es absurda. La muerte de un nene y la locura de su madre pueden llegar a ser absurdos cuando se le mira con ojos de una *Akiba-kei* de once años que queda hipnotizada por los rojos labios de la madre que desesperada

clama justicia para su bebé. Deben de haber transcurrido horas antes de que yo consiguiera entender que no era un anime sino la realidad más terrible y espantosa: Lu había matado a Toto. ¿Cómo? Eso sí que tardaría en comprenderlo pues resulta inexplicable que una niña pequeñita e indefensa hubiera matado a otro niño igual de pequeño e indefenso. Sólo podía ser una de dos posibilidades: 1) un accidente; 2) que la niña en cuestión no fuera humana y tuviera súper poderes, pero Lu no pasaba de ser un fastidio y un desastre. Ni siquiera a Nó, ya no digamos a las mariposas, se atrevía a lastimar. Todo era gritos, sollozos, acusaciones. Al cabo de unos minutos, tras la arremetida de la mamá de Toto contra miss Bily, un contingente de misses y madres de familia acudió en auxilio de la directora y trató de hacer entrar en razón a la histérica. Una de ellas, la mamá de Xyanthe (¿qué diablos hacía ahí la madre de Xyanthe, mi compañera de quinto, si no tenía hijos en kínder que yo supiera?), que alguna vez tuvo un altercado con Dama —ya explicaré más adelante por qué— le dijo conciliadora a la mamá de Toto:

—Ni siquiera nosotros previmos que las cosas podían llegar a estos extremos. Intuimos que la niña Monsalve podría lastimar a uno de los niños, mandarlo al hospital cuando mucho, pero nadie, absolutamente nadie, imaginaría… No es miss Bily quien tiene la culpa… En todo caso, a quien debe demandar es a la madre de esa criatura infernal.

—¡Mi hermana no es una criatura infernal! —ladré—. ¡Y mi mamá no tiene la culpa de nada!

En el acto todos aquellos pares de ojos se incrustaron en mí, particularmente los de la mamá de Toto cuyo rostro parecía una máscara de odio. Sus ojos bellamente maquillados se habían vuelto manchas de aceite. Se hizo un silencio tal que escuché claramente los latidos de mi corazón. Algo semejante a una planta carnívora empezó a crecer dentro de mí, arrasando con mi debilidad y temor. Aquella fuerza destructiva traspasó mi mirada y cargó de electricidad mi cuerpo: me sentí capaz de cualquier cosa con tal de impedir que le tocaran un pelo a mi madre o a mi hermana, a pesar de que mi hermana nunca me había importado mucho. Miss Bily acudió en mi defensa:

—Violeta es una víctima también —lloriqueó, desgreñada por el forcejeo con la mamá de Toto—, como su hermana.

—¿Víctima de qué? —ladré—. ¡Juro con una mano en el corazón que ninguna de ustedes ha tratado a sus hijos con la ternura y devoción con que nuestra madre nos ha tratado! ¡Que ninguna ha hecho con sus propias manos la ropa y los juguetes de sus hijos! ¡Que ninguno de sus hijos tiene un imperio bonsái construido por ustedes mismas! ¿Qué saben ustedes de mi madre y de lo maravillosa que es?

—Ay, Violeta —sollozó miss Bily, conmovida a su pesar. Las mujeres se limitaron a rumiar y ni la mamá de

Toto dijo nada. En ese momento llegaron la ambulancia y la patrulla de policía y volvió a formarse el alboroto. La mamá de Toto volvió a gritar cuando sacaron el cuerpo inerte del pequeño, al que vi pasar fugazmente, cubierto por una sábana blanca, como un fantasma. Mientras esto acontecía, un uniformado hizo su aparición en la dirección donde estaba yo sola, en un rincón, retorciéndome las manos con ansiedad.

—Buenos días, señorita —dijo el policía sin retirarse las gafas obscuras—. ¿Es usted hermana de la señorita Luisa Monsalve Obscura?

Pese a lo terrible de la situación me dio risa que aquel policía panzón y de cabello blanco se refiriera a nosotras como "señoritas".

—¿Cómo te atreves a reírte en un momento como éste? —tronó de pronto miss Félida Carmona, dueña del colegio y mamá de miss Bily y miss Melissa, haciendo repentino acto de presencia. Tenía la misma complexión de luchadora que miss Bily. Miss Melissa era mucho más femenina. Pero ninguna de las hijas era tan fea como miss Félida, cuyos labios se retorcían como higaditos al reprocharme—. ¡Lo que ha hecho tu hermana es atroz!

"¿Lo descuartizó?, ¿lo balaceó?, ¿le clavó un cuchillo por la espalda?", estuve a punto de preguntar. El policía con aspecto de abuelo bueno y que se presentó ante miss Félida como Gervasio Moreno, dijo:

—Cálmese, seño, por favor. La niña se ríe de nervios. Parece mentira que siendo *pedagógica* no lo entienda.

—¡Su hermana acaba de asfixiar a una inocente criatura! —chilló miss Félida.

—¿Cómo que lo asfixió? —quise saber.

Advertí que miss Félida no sabía cómo explicarlo. Sólo abría y cerraba la boca igual que un pez dentro de una pecera. Al final dijo:

—Eso lo hablaremos con tu madre cuando se digne a venir.

—¿Dónde está la menor infractora? —indagó el oficial Moreno antes de que yo exigiera mi derecho a conocer la verdad—. Es necesario mantenerla bajo vigilancia hasta que llegue la madre y pueda acompañarnos a un careo… aunque se trata de un accidente, la madre debe responder ante la justicia.

—¡Accidente! —ladró miss Félida—. Esa niña es un monstruo, se lo advertí a esa estúpida de Bily.

—¡Eso es mentira! —me crispé—. ¡Mi hermanita no es un monstruo, es AS!

—¿Y eso qué es? —preguntó el oficial Moreno rascándose la cabeza. Le expliqué entonces lo del doctor Hans Asperger y los pequeños profesores, a lo que miss Félida acotó:

—Ahora a todo le ponen nombre alemán.

—Cálmate, hija, cálmate —el oficial Moreno me rodeó por los hombros—. La situación es muy desagra-

dable, pero tu carnalita es demasiado joven para ir a un reformatorio.

—¿Meterán a mi mamá a la cárcel? —pregunté al policía, aferrándome a la manga de su camisa. Miss Félida intervino nuevamente:

—Así debiera ser. El perjuicio contra la familia Fuertehijar es irreparable… ¡y deja que se entere el padre!

Estuve a punto de llorar pero el oficial Moreno me abrazó diciendo:

—No, claro que tu jefita no irá a prisión, ¿cómo crees?, pero es necesario que declare para que los afectados se convenzan de que no hay delito que perseguir. ¿Podría entregarme a la menor? —preguntó a miss Félida.

—De seguro miss Amélie la escondió. Le tiene mucho apego a esa… niñita…

En efecto, miss Amélie, presa de una crisis, se había recluido en el sótano con Lu pues temía que pudieran lastimarla. El oficial Moreno tuvo que hacer uso del altavoz de su patrulla para instarla a salir de forma pacífica, cosa que no ocurriría hasta media hora después en que la joven maestra apareció desgreñada, con el rimel corrido y sin aretes pues ya Lu se los había arrancado y jugaba con ellos, como si nada.

Dama apareció hasta la hora de la salida, junto con otras madres no enteradas aún de la tragedia.

—¡Hasta que por fin se digna a venir! —aulló miss Félida cuando vio aparecer a Dama con su estuche de dibujo bajo el brazo—. ¡No sabe lo que hizo su hijita!

Eso y la presencia del policía sobresaltaron a Dama. Los llantos y miradas acusadoras sobre su persona no dejaban lugar a dudas: no, Lu no había arrebatado una barra de chocolate, no se había arrancado la ropa en medio del patio, no había invadido la dirección para robarse las estrellitas por buena conducta y pegárselas en los cachetes, ni se había comido los sellos, ni había roto el garrafón del agua, ni había extraído el lipstick de la bolsa de su miss para pintarse chapas de indio, ni se había embarrado lodo de la cabeza hasta los pies.

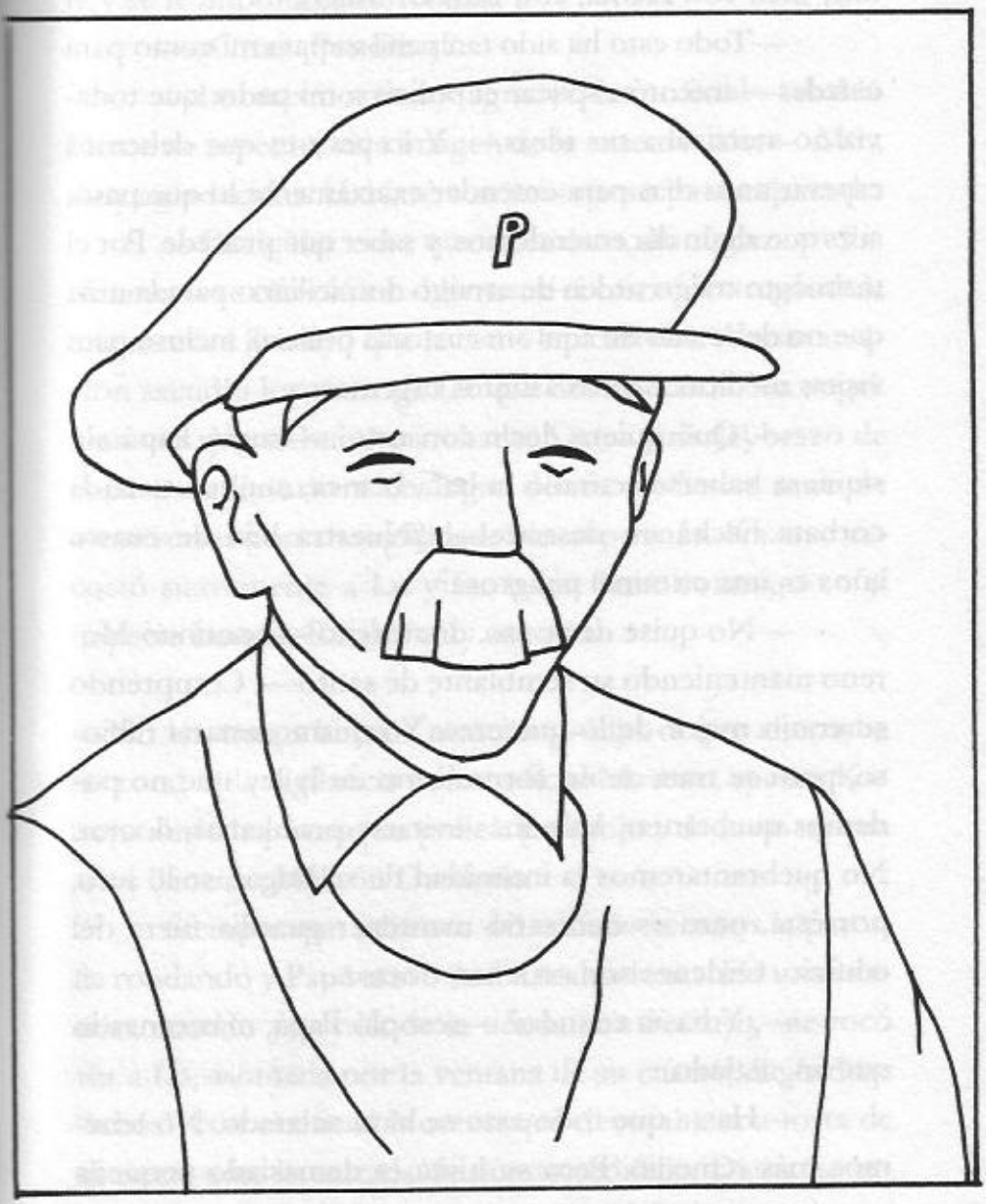
Miss Félida tiró del brazo de Dama con tal fuerza que casi la hace soltar el estuche de dibujo que era semejante al de un violín y le siseó algo al oído. "¡Miente, miente!" Como hiciera la mamá de Toto con miss Bily, Dama tomó por las solapas a miss Félida, pero al contrario de la señora Fuertehijar con miss Bily, no se quedó sólo en el intento de sacudirla sino que prácticamente la alzó en vilo ante los azorados ojos del oficial Moreno y los míos. Dama no parecía consciente de lo que hacía, fuera de sí como estaba. Me hizo recordar la primera y única vez que había peleado con Papá, cuando, como ahora, se le tornó la piel lechosa y se le esponjó el cabello. El oficial Moreno hubo de intervenir. Dama se percató entonces de que había hecho despegar los pies del suelo a aquella corpulenta mujer y la soltó. El oficial Moreno salvó a miss Félida de caer de nalgas al cacharla por los sobacos. Más tarde le dirían al policía que Dama no era

una mamá normal; que se había reído hasta ponerse morada cuando le mostraron el primer reporte de quejas contra Lu, sin contar que en mi plantel había defendido con vehemencia el derecho de Marcos a jugar con muñequitas recortables.

Al hacerse presente la llorosa miss Amélie con Lu aferrada al cuello marinero de su bata cuadriculada blanca y azul, ésta extendió los brazos hacia Dama, quien la tomó sin dudar, estrechándola contra su corazón. El oficial Moreno tuvo que intervenir para que miss Félida soltara a miss Amélie, quien entre llantos se responsabilizaba de lo sucedido por haber dejado a su grupo por un instante.

Arriba de la patrulla (¡nunca había viajado en una!) con miss Amélie moqueando, Dama consolándola y Lu en brazos de ésta, mirando a través de la ventanilla como si se tratara de un paseo por el zoológico, Dama me suplicó, poco antes de que el oficial Moreno me depositara sana y salva en la entrada de nuestro edificio, que no comentara nada con Papá, a menos que llegara antes que ella y Lu.

Por desgracia Papá regresó antes y casi se vuelve loco cuando Kazuyo y yo tratamos de explicarle lo inexplicable. Al pobre oficial Moreno casi lo golpea cuando tocó el timbre llevando del brazo a Dama, en cuyo hombro reposaba la cabeza dormida de Lu. Era casi la medianoche. Ambas lucían exhaustas. Kazuyo y yo tuvimos que


P

intervenir, explicándole que el oficial se había portado muy bien con Dama, con Lu y conmigo.

—Todo esto ha sido tan penoso para mí como para ustedes —intentó explicar el policía a mi padre que todavía no aterrizaba sus ideas—. Y lo peor es que debemos esperar unos días para entender exactamente lo que pasó, si es que algún día entendemos, y saber qué procede. Por el momento traigo orden de arraigo domiciliario para la niña que no debe salir de aquí sin custodia policial, incluso para visitas médicas y otros asuntos urgentes.

—¿Qué quiere decir con esto? —rugió Papá sin siquiera haberse retirado la bata blanca, aunque tenía la corbata hecha un desastre—. ¿Nuestra hija de cuatro años es una criminal peligrosa?

—No quise decir eso, doctorcito —continuó Moreno manteniendo su semblante de santo—. Comprendo su enojo mejor de lo que cree. Yo mismo estaría rabioso, pero se trata de un formulismo de la ley que no podemos quebrantar. Vale más evitarse problemas, doctor. No quebrantaremos la intimidad de su hogar, se lo juro, por ésta, pero es necesario mantener guardia fuera del edificio. Órdenes son ordenes, doctor.

—¿Y hasta cuándo? —resopló Papá, más cansado que angustiado.

—Hasta que todo esto se haya aclarado. No tenemos más remedio. Pero su hijita es demasiado pequeña para ir en un reformatorio, no se preocupe. Lo peor que

podría suceder es que le tengan que asentar un expediente y se le imponga una terapia.

—¿Otra? ¡Por Dios!

—Le estamos muy agradecidas, oficial —habló Dama de repente, viva imagen de la extenuación—. Muy, muy agradecidas. Hablaré con mi esposo para explicarle.

—Cualquier cosa que necesiten, no duden en llamarme —se ofreció amablemente el oficial, entregándole una notita a Kazuyo que la tomó sin demora. A continuación sacudió los rizos de Lu que dormía como un angel. Una vez que se hubo marchado, Dama tiró del brazo de Papá para llevarlo a un lugar donde pudieran sentarse a conversar con tranquilidad. No supe más. Kazuyo recostó suavemente a Lu y fue a quedarse conmigo en el imperio bonsái. Estaba muy asustada.

—No les traigo buenas noticias —dijo el que alternaba las rondas de vigilancia con el oficial Moreno, apenas Kazuyo abrió la puerta, un policía pelirrojo y de unos treinta años llamado Melitón Garduño.

Siempre que salíamos del edificio veíamos la patrulla rondando y Papá murmuraba maldiciones. En una ocasión, cuando yo venía de la tienda con Kazuyo, me tocó ver a Lu, asomada por la ventana de su cuarto, diciéndose "adiós" con el oficial Moreno que devoraba una torta de aguacate ante la entrada de nuestro edificio. Dama no regresaba al café desde entonces. No salía, de hecho, para

nada. Estaba muy delgada, cada día más semejante a una cigarra. Aquella primera semana me sentí abandonada por Dama. Cesaron los cuentos, las risas, las cosquillas. La única que seguía como si nada, tirando del delantal de Kazuyo y chupándolo todo, era Lu. Dama pasaba el tiempo tratando de comunicarse con ella; rogándole que dijera una palabra, una sola, pero Lu se limitaba a analizar a su mamá con aires de antropóloga. Kazuyo, un tanto relegada de sus funciones por Dama, reemplazó a ésta en su calidad de huésped distinguida del imperio bonsái, aunque desconocía por completo el lenguaje secreto y los rituales.

—No les traigo buenas noticias, ¿eh? —insistió el oficial Garduño ante dos atónitas mujeres en kimono que eran Dama y Kazuyo, quien en el acto empezó a sollozar. Papá estaba en el hospital. Yo intentaba concentrarme en la tarea de geografía, la materia en la que iba peor, aparentando que no ocurría nada aunque ocurriera de todo—. Mi pareja no se atrevió a venir a decírselos porque ya está reteencariñado con el caso, pero me temo que necesitarán abogánster porque el papá del niño exige cárcel pa la chavita o pa su jefecita. Y como no existe tipificación para casos así, deberán esperar la deliberación del señor juez. Hasta entonces la chavita no puede dar un paso fuera de aquí, ya saben, sólo a la terapia y con vigilancia policiaca.

Dama, flaca, ojerosa y pálida, no pudo evitar reír. Sabía que era imposible encarcelar a una niñita de cua-

tro años, aunque los hechos hubieran reavivado viejos debates televisivos acerca de la edad penal mínima para condenar a un criminal y sobre si los padres debían de hacerse responsables por los criminales demasiado jóvenes. Con entereza asombrosa, Dama preguntó al oficial Garduño si habría manera de contactar al señor Fuertehijar para entablar una conversación amistosa con él, a lo que el oficial Garduño respondió, casi persignándose, que no se lo aconsejaba. ¡Por ningún motivo!, subrayó.

Tuve entonces un mal presentimiento, pero no lo supe reconocer a tiempo.

Cuando regresé a la escuela, tres días después de lo de Lu, nadie me impidió la entrada aunque los saludos no fueron iguales. Nadie me sonrió. Mis compañeros, exceptuando a Marcos y a Rodrigo, evitaron mirarme. Incluso me pareció que una madre que conversaba con miss Melissa, en el preciso instante en que Papá me soltaba de la mano para que subiera a mi salón, murmuraba: "¿No expulsaron también a la hermana?".

A la salida, un reportero y un fotógrafo se nos abalanzaron a Kazuyo y a mí y ella se apresuró a cubrirme con su rebozo. Las madres apiñadas a la salida protestaron, se armó un jaleo y escuché, ahora sí con claridad absoluta: "¿Qué esperaban con semejantes padres?". Los dos fulanos nos corretearon, grabadora y cámara en mano, hasta la estación del metro, pero Kazuyo que era joven y fuerte no se dejó amedrentar.

—¿Cómo ha cambiado tu vida desde que tu hermanita asesinó al pequeño Toto?

—¡*Mas-Higo*! —respondí, sin dejar de correr de la mano de Kazuyo.

—¿Cómo castigaron tus padres a Lulis?

—¡*Mas-Higo*!

—¿Lulis ha llegado a agredir a alguien de la familia?

—¡*Mas-Higo*!

—¿Crees que tu mamá escriba cuentos violentos para niños influida por la conducta de tu hermana?

—¡*Mas-Higo*!

Kazuyo intentó ahuyentarlos despotricando en yaqui, pero ni así. En la puerta del edificio donde vivíamos aguardaban más moscarrones.

Dama permanecía recluida con Lu, haciéndole teatro guiñol, esforzándose por distraerla de aquel alboroto anormal. Había terminado por romper el timbre de la puerta y desconectar el teléfono. Papá ya había ondeado su puño hacia un par de fotógrafos que detectó a través de la ventana del baño mientras se rasuraba, y ellos se escabullían por la azotea. Lu era noticia a nivel nacional, internacional incluso, según descubrí al meterme a internet: *La asesina más joven de la historia. Crimen sin precedentes: niñita mata a niñito.* Y de alguna forma se las ingeniaron para sustraer la foto de la susodicha, tomada durante el último cumpleaños de Toto, festejado en el kínder hacía

apenas un mes. En la foto, que les había sido tomada por miss Amélie con una cámara de miss Bily, Lu llevaba colitas y tenía extraviada la mirada en alguna mariposa y si bien no correspondía al efusivo abrazo del cumpleañero, algo más bajito que ella, se dejaba hacer, cosa que hablaba de una gran simpatía mutua. ¡Si supieran que no se dejaba abrazar por cualquiera!

Por cierto, ¡qué enfermo lucía el pobre niño! Pudiera decirse, incluso, desnutrido. Y hasta ojeroso. No comenté nada con Dama ni con Papá porque sabrían que había estado hurgando en internet.

Esa noche soñé al bonzo. En realidad se materializó en postura de flor de loto dentro del imperio bonsái, orlado de un resplandor color rosa de té. El sentido común, sin embargo, pretende que finja que creo que lo soñé.

—Señor —le dije, sobresaltada apenas.

—Mi nomble sel Aligato Sensei —me recordó— y fui mejol amigo de madle tuya, pero ella no podlía lecoldalme, así que no plonuncial mi nomble ante ella, cleelá que imaginas cosas.

Lo miré sin comprender. De un tiempo a la fecha todo lo relacionado con Dama y con Lu me resultaba un galimatías.

—Estál llena de dudas, ¿veldad, Mulasaki-chan? —continuó Arigato Sensei, mirándome con ternura—. Aunque en el fondo has sabido siempre que vida tuya no

sel como demás niñas pues no conocel abulimiento ni calma y sólo al lado de Dama encontral sentido a cieltas cosas. Pol lo plonto galantizo que ella decil veldad: es tu madle. Naciste de ella. Y a ella debel lealtad pues sel más que simplemente madle tuya.

Mis inquietudes fueron en aumento y aunque suelo ser preguntona, me guardé mis dudas. Arigato Sensei pareció leerlas en mi mente pues respondió:

—Habel pleguntado pol qué conocel lo más básico soble padle, es decil, quiénes son sus padles, helmanos, dónde clialse. Mientlas que de madle ignolal todo, absolutamente todo, excepto que esclibe y dibuja bello.

"¿Conocel nomble de abuelos maternos, Mulasaki-chan? —continuó Sensei—. ¿Te ha dicho algo Dama de ellos?

—No tiene idea ni de donde nació. Sufre amnesia.

—No tiene idea o no lecuelda —sugirió Arigato Sensei. Permanecí en silencio. Él agregó—: ¿No es cielto, Murasaki-chan, que sólo conocel la histolia a paltil del momento en que padles conocelce en la China?

—Creo que a ella le duele recordar.

—O no tuvo infancia. No, mientlas no lecuelde. Y nada hay más tliste que no habel sido nunca niño.

—¿Tú sabes quién es Da…? ¿Mi madre? —pregunté con cautela.

—Te dilé pol ahola lo que debes sabel, pol tu bien, pol tu helmana y pol Dama Mulasaki. Padle no debe sabel lo que a decilte voy.

Interrumpió la frase pero lo urgí con mi tensión a proseguir.

—Tu padle sel vulnelable mucho —siguió—, después de todo, él no sel como ustedes son: es sel humano. No quielo decil con esto que ustedes no selo, lo que intento explical es que Dama, Cho y tú son híblidos.

—¿Qué cosa?

—Lo que intental decilte es que madle tuya, como tú y Cho, son mitad humano, mitad manga —aguardó mi reacción pero me limité a abrir la boca cuan grande es—. La difelencia entle ustedes y el lesto de la gente es sel cleadas por cleadores distintos, lefiliéndome al caso concleto de Cho-chan y tuyo, polque madle suya sel manga tlansfigulado, y si tiene implementos olgánicos de sel humano es polque mangas tenel también colazón, víscelas, sistema nelvioso y venas pol las que colel sangle loja, ¡incluso alma!, y eso es algo que sólo sabemos quienes habitamos mundo manga. Como velás, poca difelencia entle nuestlo cleadol y el de humanos. Ambos igualmente despiadados: el cleadol de los humanos, que es, suponel occidentales, Uno, no tocalse colazón pala paltil pol la mitad a un niño inocente, ¿veldá? Tampoco clealoles nuestlos, aunque los hay más compasivos que otlos. —Calló de súbito. Como yo lo mirara hambrienta de palabras, agregó—: El nuestlo no lo fue, no lo es tanto: alojó a su mayol cleación a un mundo que no la entiende y con ello la condenó a leploducilse como humano. Lo que no plevió fue que

descendencia selía híblida. Y en caso de helmana tuya Cho-chan, el lado manga se impone al humano. De ahí su peliglosidad.

Creo que Arigato Sensei consideró haberme dicho lo necesario por el momento, pues no recuerdo nada más, excepto que a la mañana siguiente desperté con la sensación de haber mantenido una larga y reveladora conversación con un ente de textura lechosa. Ni siquiera me atreví a dibujarlo, yo, que todo transformaba en manga. Algo me lo impedía, quizá un exceso de respeto. Por cierto, las únicas personas que no había dibujado todavía en versión manga eran mis padres pues hasta a Lu y a Kazuyo las dibujé en versión manga (Kazuyo rio histérica al ver el suyo y todavía no discierno si le gustó demasiado o no le gustó nada). Hasta a Toto lo dibujé una vez para ver si mi hermana lo reconocía y sin duda lo reconoció pues le señaló el corazón con su dedo anular, sin intentar siquiera metérselo a la boca.

PRIMER OVA[13]

—Tengo que presentarme en el sepelio de Toto.

Era sábado. Papá había salido a correr como de costumbre luego de que Dama lo convenció para reanudar la rutina suspendida desde lo ocurrido (nadie se atrevía a pronunciar la palabra *asesinato*). Le pidió, además, que hiciera el súper por lo que demoraría un buen rato en regresar. Apenas retirarse Papá, Dama se me apareció con su único kimono de color blanco, el cabello recogido en una voluminosa trenza y unas gafas oscuras. Me alarmó pues nunca se había atrevido a salir a la calle vestida de japonesa, ¡y de blanco!,[14] pero no me atreví a hacer ninguna observación al respecto.

La verdad es que ese día había amanecido sintiéndome rara, y alrededor todo parecía distinto, más absurdo que de costumbre, o no sé. Ver a mamá vestida de japonesa para salir a la calle era, en realidad, lo de menos. Ella misma lucía extraña. Su tono de piel, que solía ser de un blanco lunar, había adquirido una textura acerada, como de máscara de geisha (no se había aplicado ni una capa de polvo de arroz) y sus ojos parecían más grandes de lo normal: casi abandonados en su cara algo crispada.

Me enganché a su brazo:

—¡No, Dama, no! ¡No puedes hacer eso!

—Es necesario, Murasaki —acarició mi cabeza, sonriéndome con magnánima ternura—. Es mi obliga-

(13) Abreviación de Original Video Animation, capítulo especial de alguna serie anime realizado especialmente para su venta en video. Generalmente tienen una calidad superior a la del anime en cuestión y no se proyectan por TV.
(14) Antiguamente se estilaba tanto en China como en Japón llevar el blanco como señal de luto, aunque ante la penetración de la cultura occidental ya se emplea el negro para estos casos.

ción moral asistir a esa madre en su dolor, es lo menos que puedo hacer.

—¡Llévame contigo! —me le colgué al *obi*[15] desesperada.

—Murasaki, es demasiado triste el sepelio de un bebé.

—¡No quiero dejarte sola! ¡Por favor!

No pudo librarse de mí. Me sacó casi en volandas hasta alcanzar el taxi. Ese día no nos acechaba ningún paparazzi: todos se habían trasladado al funeral del pequeño Toto que había sido velado la madrugada anterior. Por supuesto, Papá se volvería loco si supiera que Dama había acudido a darles el pésame a quienes oficialmente eran nuestros enemigos, los que exigían cárcel para mi hermanita o para Dama.

Antes de llegar ante la triste escena, Dama adquirió un ramo de rosas blancas en un puesto que quedaba en el camino, explicándome que dichas flores simbolizan la inocencia de los niños. Nada dije, pero me estremeció la sola idea de que Dama pretendiera entregarle dicho presente a la mamá de Toto. No tenía idea de lo que podía sentir una madre a quien le matan un hijo, así fuera accidentalmente, y que de pronto encara a la madre de la supuesta asesina. Pero había prometido a Sensei que cuidaría de Dama y era precisamente lo que me disponía a hacer: si como hija no tenía derecho a cuestionar los actos de mi madre, correría su misma suerte.

El panteón estaba atiborrado. Parecía más el entierro de algún actor o actriz gloriosos. Y en cierto modo

(15) Fajilla colorida para sujetar el kimono.

lo era porque la televisión nos había bombardeado todo este tiempo con la tierna imagen de Toto, y él, hay que reconocerlo, era un niño encantador. La foto de mi hermana sólo circulaba en internet, siempre la misma: junto a Toto en su última fiesta de cumpleaños. En los periódicos aparecía esa misma, pero a Lu le cubrían el rostro con una sombra blanca. Flashes aquí y allá. Mujeres llorando por todas partes, curiosas del dolor ajeno y amantes de las telenovelas la mayoría. Conforme nos acercamos fui reconociendo a miss Melissa, a miss Rapunsel, a miss Bily y a miss Félida que brindaba ostensible consuelo a la madre huérfana de hijo a la que ya había visto también en televisión, no así al padre que continuaba siendo un desconocido para nosotros. La señora Fuertehijar lucía muy elegante, de última moda según la rubia reportera que en correctísimo luto marca Chanel realizaba la crónica del acontecimiento ante una cámara de Televisa, mientras otra que parecía su gemela hacía lo suyo ante otra cámara, sólo que de TV Azteca. El frágil cuerpo de la mamá de Toto parecía resentir descargas eléctricas pero su expresión permanecía inalterable, acaso porque la presencia de cámaras la inhibía para manifestar abiertamente su dolor. Nada de esto era raro, realmente raro, quiero decir (aunque Dama solía decir que si hubiera sido al revés, es decir, si hubiera sido Lu la muerta, ella se hubiera vuelto loca, loca de verdad, y habría corrido a todos esos metiches), excepto que, desde mi humilde opinión, quienes

deberían mantenerse alejadas del panteón, escondidas de ser necesario, eran miss Félida y sus hijas (miss Amélie no se hallaba presente) porque técnicamente eran las responsables de lo ocurrido. Y sin embargo ahí estaban, manifestando su dolor y su solidaridad sin que la mamá de Toto opusiera resistencia a ser abrazada y besada por ellas, toda la culpa recayendo sobre una inocente y tonta (insisto: tonta) niña de cuatro años.

Al que no veía por ningún lado era al señor Fuertehijar. Se supone que debería estar a un lado de su esposa, brindándole apoyo físico y emocional, y no había un sólo señor cerca de ella. Un cura de sotana negra y estola blanca hablaba: "Señor, acoge en tu seno a esta inocente criaturita que nunca conoció la vanidad, la soberbia, la lujuria ni la avaricia, inocente víctima de otra inocente, víctima a su vez de unos padres que no supieron inculcarle valores".

—Valores —Dama repitió la palabra como un eco distorsionado, sosteniendo con fuerza las rosas blancas—. *Valores*. Odio esa palabra, Murasaki. Odio las palabras maleables y por tanto equívocas.

—...padres de este mundo apocalíptico para el que la palabra de Jesucristo nada representa. Y he ahí el resultado: niños matando niños.

Dama no dijo nada más pero me pareció leer en su mente que encontraba disparatado el discurso del cura; que Lu no había tomado un fusil como en las guerras de

todos los tiempos en que los niños eran forzados a ir por delante en las matanzas.

Justo en el momento en que nos detuvimos a prudente distancia, el pequeño féretro plateado empezó a descender al foso y los llantos arreciaron hasta volverse gritos de dolor. Desde donde se encontraba, Dama empezó a arrojar las rosas, una por una, al interior del foso, no de forma mecánica como hacían muchos de los presentes, sino con ademanes ceremoniosos y bellos. No tardó en llamar la atención por su buen tino y, sobre todo, por su curiosa vestimenta: era un puntito blanco en medio del generalizado luto. Yo opté por apartarme un poco, tratando inútilmente de pasar desapercibida: todo México sabía que Luisita Monsalve tenía una hermana mayor de rasgos asiáticos. Habían hecho demasiado hincapié en ello, como si el que Dama hubiera engañado a mi padre con un chino o se me hubiera adoptado en el mercado negro (no lo decían abiertamente, pero se leía entre líneas) fueran las únicas hipótesis posibles en el caso de los padres de la asesina rubita.

—¿Cómo se atreve —gritó alguien— a venir, y en esas fachas? ¡De blanco!

Quien la increpaba ante las cámaras era la mamá de Xyanthe. Dama detestaba a esa mujer desde el día en que, yendo por la calle con rumbo a mi escuela, con audífonos en los oídos y las manos en los bolsillo de su abrigo, la mamá de Xyanthe la detuvo por un brazo y Dama,

por instinto, soltó un karatazo que hizo a la señora rodar cual balón calle abajo. En una ciudad con uno de los índices de criminalidad más altos del mundo, donde la luz del sol no inhibe a los asaltantes, era lógico que Dama reaccionara como reaccionó. Y a esa estúpida mujercita que ignoraba que quien lleva puestos unos audífonos no escucha nada fuera de la música del iPod, además de que Dama era cinta negra, se le hizo fácil tironear de su brazo. Al ver el error que había cometido, Dama corrió hacia la mamá de Xyanthe y la ayudó a incorporarse, explicándole con su natural bondad que no la había escuchado acercarse porque traía audífonos, a lo que la mujer respondió con soberbia:

—Quería decirle que he notado que la pobrecita Violeta no tiene ropa que ponerse, que asiste a la escuela con agujeros en los zapatos e iba a ofrecerle un montón de ropa seminueva que ya no le queda a mi hija porque creció demasiado.

Al escuchar aquello, según contaba Dama muerta de risa (no se había percatado de que mis zapatos tenían agujeros, ni yo se lo había dicho porque esperaba que por sí misma reparara en ese detalle), se sintió poseída de tal rabia que a duras penas se contuvo para no hacer rodar de nuevo a esa insolente mujercita:

—Mi estimada señora, no sólo ignora que los audífonos bloquean los ruidos del exterior, sino que además pretende practicar obras de caridad con quien no

las necesita. Ocúpese de los niños de la calle, por Dios, Violeta no necesita la ropa corriente de su subdesarrollada hija.

Al día siguiente acudí a la escuela con los zapatos más caros que Dama encontró y mis compañeros me envidiaron. No fue hasta entonces que descubrió que yo había padecido humillaciones por el estado de mi ropa. No entendía que algo semejante pudiera ocurrir.

"¿Cómo se atreve?", porfió la madre de Xyanthe, a la que todavía le dolían el orgullo y el trasero. Creí, en verdad creí que Dama y yo seríamos linchadas ahí mismo, pero nadie movió una ceja ni dijo nada. Nadie excepto los fotógrafos y los camarógrafos que parecieron engolosinarse con la imagen de Dama.

—Lo siento —habló al fin ante el mundo de micrófonos postrado a sus pies—. No es mi intención burlarme, al contrario, vengo a manifestar mi solidaridad con los padres de Toto, un niño al que honestamente amábamos en nuestra familia.

La actitud de Dama era de una humildad conmovedora. Permanecía con la cabeza gacha y la mirada fija en el suelo:

—Vengo con la mejor voluntad a decirles a los padres de Toto que su dolor es el mío, porque ustedes perdieron un niño y yo estoy a punto de perder a mi niña. Mejor dicho, casi he perdido a una hija y a un niño por el que sentía un afecto muy especial. Nadie aquí

comprende mejor el dolor de la madre de Toto porque su dolor es mío.

La voz no se le quebró ni un momento. Yo me protegía la cara de los flashes morbosos pero Dama hablaba serena ante la aglomeración de micrófonos y grabadoras. Hasta nuestros detractores se quedaron mudos. Dama, que hubiera preferido decirle todo esto en privado a la mamá de Toto y no por vía satélite, calló de golpe y tomándome de la mano me instó a dar media vuelta de regreso al taxi que nos esperaba. Las cámaras pretendieron seguirnos pero en algún momento las dejamos atrás —más tarde me enteraría de que habían corrido de regreso al punto de partida cuando fueron alertados de que la madre de Toto había sufrido un desmayo, escena que no podían perderse—. Dama y yo seguimos nuestro camino en absoluto silencio y de pronto el cielo que tan soleado lucía minutos antes se encapotó hasta desplomarse sobre nuestras cabezas. Dama intentó correr tomada de mi mano pero lo justo del kimono se lo impedía por lo que tuve que acoplarme a sus pasitos. Siempre llueve durante los funerales. En las películas, quiero decir. Dama no se equipó con un paraguas (en la escena del funeral una multitud de honguitos negros habían hecho acto de presencia) y la lluvia resbalaba por su pálido rostro sin que ella hiciera el menor aspaviento.

—¡Alto ahí!

Paramos en seco. Dama casi pierde el equilibrio. Creo que pensó, como yo, que sería el llamado de la Ley,

que nos llevarían a la cárcel por habernos acercado a menos de un metro a la familia Fuertehijar. Hacia nosotros avanzaba un hombre vestido de civil, elegante (gabardina color gris acero, holgada pero de suave textura y una larga corbata oscura que se balanceaba con bravuconería al caminar), cubierto con una sombrilla. Dama y yo nos quedamos inmóviles bajo la lluvia, suponiendo tontamente que el hombre aquél, todo un caballero a simple vista, nos brindaría su sombrilla o mínimo nos ofrecería guarecernos junto con él. Pero algo en su actitud no me gustó; algo que me impelió a tirar de la mano de Dama y suplicarle que siguiéramos nuestro camino, pero ella esperó a que el hombre de la gabardina se nos uniera.

En medio de la tormenta, no me fue posible mirar con claridad su rostro. Lo único visible era el brillo de odio en su mirada.

—¡Tu hija mató a mi hijo! —rugió el hombre al llegar ante nosotras—. ¡Ahora yo mataré a tu hija!

No supe en qué momento aquél que se proclamaba padre de Toto y al que no habíamos visto entre los dolientes, extrajo una pistola del interior de su gabardina y aplastó su gélido cañón contra mi frente. Jamás, mientras viva, olvidaré aquella sensación. Jamás… jamás… Me quedé inmóvil. ¡Lo sentí! Tuve el cañón de una pistola en mi frente y escuché la detonación. La escuché.

¡Y el horrible grito de Dama!

Juro por mi Dios que los escuché…

PARTE II

交各想康播意

Miro mis dibujos de aquel día tratando de entender lo que ocurrió. Sé que estoy viva porque ya cumplí veintiún años y cuando me pellizco me duele la carne. Trato de hallar una explicación acorde a la lógica del mundo real y solo veo caos, caos y más caos. No lo soñé, como tampoco soñé a Arigato Sensei. La cara de Dama llenó las pantallas de televisión y las primeras planas de los diarios con su discurso de solidaridad hacia la mamá de Toto, pero nada se dijo de la vendetta donde resulté víctima. La única razón que se me ocurre para justificar tan grave omisión es que tal cosa no ocurrió, que la soñé. Cuando desperté no estaba en el Cielo sino adentro de mi tienda, rodeada de mis aparatos y abrazada a Douglas.

Me llevé los dedos a la frente. Todavía experimentaba la horrible sensación del gélido cañón extendiéndose por todo mi sistema nervioso. Me toqué el rostro, el cuello. Nada fuera de su lugar: los huesos bajo la piel se palpaban muy suaves.

Salí de la tienda para ir al baño. Cerré con delicadeza la puerta para no despertar a nadie y encendí el foquito del botiquín. Titubeé antes de mirarme en el espejo. Divisé con toda claridad una marca rosácea justo donde sentí el cañón de la pistola del papá de Toto. Sepulté la cara en las mangas de mi kimono para no gritar. Alguien me rodeó entonces con sus brazos.

—No dalte lujo de queblalte, chan —me reprendió Sensei al oído—. No podel, Murasaki-chan, no.

Levanté la vista y lo vi reflejado en el espejo, justo detrás de mí. No era demasiado grande. Apenas unos cinco centímetros más que yo, que sólo tenía once años y era alta para mi edad.

—¿Me mató, Sensei? —gemí, coincidiendo mis ojos con los suyos en el espejo—. ¿Me mató?

—Pudo habelo hecho. Estaba decidido, pelo ignola lo esencial: ni Cho ni tú son fáciles de lastimal. No son, pol desglacia pala él, como pequeño niño.

Seguía mirándolo a través de una nube de lágrimas, reflejado en el espejo. Lo orlaba la luz rosácea de siempre, pero era perfectamente humano y tangible. Sentía el calorcito de su cuerpo del que, sin embargo, no se desprendía ningún olor, humano o inhumano.

—¡Falso! —dijo de pronto, tironeando de mi kimono.

—¿Qué cosa?

—Dama no encontlal en este país tela lemotamente adecuada pala kimono, pelo es necia. ¡Necia! La pelfección no existe ni en asimétlico mundo manga. Y Dama necia, necia, necia. ¿En qué lincón de este mundo encontal seda Chijimi? Seda tlabajada pol vílgenes en sótanos en penumblas al lojo donde ponel a secal nieve días y días hasta que adopte blanco plístino de kimonos pala velano. Sí, Mulakami, mujeles del Japón vestil nieve en el velano.

—¡Qué horror! ¿No se derriten? —en el acto me imaginé a las japonesas escurriendo helado de vainilla.

—Algún día se quitalá lo tonta, Mulasaki-chan —resopló y tras mirarme analíticamente resolvió—: Casi alcanzal edad pala confeccional kimonos de nieve. Chicas casadelas a paltil de los catolce.

—¡Ay, nunca me casaré! —gemí.

—Necia como tu madre —rio por lo bajo Sensei.

—Dama dice que está orgullosa de mi *temperancia*.

—Mmmm…

—Sensei —tiré de su manga—. ¿Conociste a Dama cuando niña?

Fijó la mirada en el infinito. Sus labios finos se extendieron en una suerte de sonrisa y la respuesta demoró en llegar.

—Debe habel sido como niñita de sus cuentos.

—¿Sensei?

—Escúchame, Mulasaki-chan, ¡atenta! No soñaste estal a punto de molil. Pelo tanto tú como Cho estal plotegidas pol fuelza supeliol, lo que no significa que sel inmunes: su palte humana podlía tlaicionalas en cualquiel momento.

—¿Tú eres nuestro protector?

—Chan, tan confuso como tú, padle de niño clee también que lo soñó. Homble plesa de posesión que nubla mente, pese a sel gente de lazón. Y Dama no lecoldal: clee que lo soñó. Chan, ¿me oyes? Padle de niñito poseído pol demonio.

—¿Qué demonio?

—Demonio de Dama Mulasaki —me dijo al oído como si alguien pudiera escucharnos—. El que alguna vez quiso poseela y no lo consiguió. Con el que mantengo dialia pelea pala mantenel a laya, ése, Mulasaki.

Me susurró el nombre al oído: *¡Izanami!*

Y desapareció…

La huella rosada de mi frente demoró dos días en borrarse completamente, pero nadie la notó. Durante ese tiempo falté a la escuela, no tanto porque me sintiera mal —me sentía perfectamente—, sino porque Dama se sentía mal. El que sus libros se vendieran como pan caliente desde su aparición en televisión, según le comentara entusiasmada su editora, no levantaba su ánimo en lo absoluto. Lucía más pálida y delgada que nunca. Papá insistía en quedarse con ella, pero las emergencias se lo impedían, así que Dama permaneció recluida en su habitación, en completo silencio, durante tres días, el periodo más largo durante el cual había dejado de jugar conmigo. Kazuyo, a su vez, se recluyó en el cuarto de juegos con Lu y sólo salió para lo indispensable. Aproveché muy bien mi soledad, sin embargo. Me confiné a mi tienda donde navegué exhaustivamente por internet. La clave estaba dada: Izanami, nada menos que el demonio de *Master Higo*.

Coloqué el nombre en el buscador de Google y tras un par de variaciones apareció la respuesta que buscaba:

Izanami, personaje creado por Jinzaburo Kunikida, a partir de otro de la mitología japonesa. En la ficción de Kunikida, el hoy legendario anime inconcluso, Tinta violeta, *Izanami es la encarnación del mal voluptuoso que, al no lograr posesionarse de Dama Murasaki —personaje inspirado en la poeta del siglo XI—, se empeña en destruir todo lo que ella ama. Posteriormente sería retomado para el exitosísimo anime del mismo creador,* Master Higo.

Releí la descripción, acompañada de una ilustración del citado personaje que, como sabemos, es caracterizado como una engañosa mujer hermosa de larga cabellera negra cuya dermis se haya sembrada de aterradoras caritas que hablan y ríen al unísono. Se cubre con una capucha cuando intenta pasar desapercibido. No logré analizarlo fríamente: experimenté un escalofrío al fijar la mirada en los pozos secos que hacían las veces de ojos por entre la mirilla que forma la negra cabellera cayendo cual tunicela desde su coronilla hasta el piso. Di clic en la liga *Tinta violeta* y se desplegó la portada de la web oficial de la histórica caricatura inconclusa —así decía: el *anime inconcluso más popular*— de mi mangaka favorito: Jinzaburo Kunikida. Era un trabajo muy anterior a *Master Higo*, databa de 1988.

—¿Por qué inconcluso? —me pregunté en voz alta.

Una a una fueron apareciendo imágenes de los personajes de *Tinta violeta*, su título en español, y la san-

gre se me heló en las venas cuando reconocí, primero, a Arigato Sensei, luego ¡a Dama! ¡A mi madre! La gente poco observadora tiende a pensar que la fisonomía de los personajes manga o anime no difiere gran cosa, pero se trata de una apreciación equívoca: el rostro del personaje de Dama Murasaki Shikibu era una copia exacta del de Dagmar Obscura, mi madre. No presté demasiada atención al resto de los personajes, entre quienes figuraba el Príncipe Genji, creación de la verdadera Murasaki Shikibu. Todo parecía indicar que se trataba de un anime didáctico que sin embargo no excluía los elementos tradicionales del anime, es decir, la aventura, el humor y su dosis de violencia.

Más adelante leí la biografía de Jinzaburo Kunikida; nunca se me había ocurrido imaginar que tendría una historia. Se prescindía de su fotografía. Al parecer se trataba de un personaje muy celoso de su intimidad; tenía que estarse mudando para escapar de una turba de fans, por lo que hacía años había dejado de fotografiarse, además de retirar de circulación, quién sabe cómo, fotografías de su persona. Su biografía redundaba en detalles apasionantes que muy poco revelaban de su carácter. Había nacido en Aichi, cerca de Nagoya, en 1952. Siendo un joven estudiante de diseño en la Escuela Superior de la Prefectura Industrial, a los veintidós años, publicó su primer manga en *Weekly Shonen Jump* que resultó todo un hit: *Wonder Thunder*, y de ahí una cadena de éxitos entre los que figura

muy particularmente *Master Higo*, que empezó como manga en la misma revista y del que existe una versión para supernintendo. Produjo y dirigió sus propios animes aunque afirmaba que desde 1989 había perdido la creatividad y *Master Higo* era en realidad un reciclaje de su primera serie exitosa, *Wonder Thunder*. Continuaba, sin embargo, haciéndose cargo de la producción y dirección de animes de autorías varias. Su multimillonario contrato con Fuji TV contenía una cláusula que estipulaba la prohibición de cualquier práctica que pusiera en riesgo su salud, como fumar, beber alcohol… ¡y viajar! Jinzaburo Kunikida estaba obligado por ley a permanecer en territorio japonés, casi en arraigo domiciliario, igual que Lu. El único vehículo que podía abordar era una limusina que la misma empresa ponía a su disposición, chofer incluido, y tanto el artefacto como quien lo conducía parecían diseñados para controlar cualquier percance. Como una sombra, le seguía un mayordomo ex campeón de judo. Asimismo, un ejército multidisciplinario de médicos se encargaba de mantener en óptimas condiciones la salud del mangaka, que eventualmente se recluía en una cámara de oxígeno instalada en su propia casa para lavar cualquier impureza en su sangre. También tenía a su servicio un chef, instruido a su vez por los nutriólogos más notables del Japón para elaborar sólo menús nutritivos. No mencionaban su estado civil, ni la existencia de hijos, pero alguien vigilado con tanto celo debía permanecer solo, muy solo.

Las creaciones de Jinzaburo Kunikida —se explicaba al final del texto, de la autoría de un experto estadounidense de nombre Gary Milton— *se caracterizan por su marcada espiritualidad, por su exaltación del sacrificio y la nobleza de tolerar el dolor físico y emocional, así como por su obsesión en el tema del honor. Su fuente de inspiración son las mitologías griega, hindú y, por supuesto, japonesa. El periodo Heian,*[16] *justo el que vivió Dama Murasaki, es el que más le atrae. Entre su decena de populares mangas y animes destaca* Tinta violeta, *serie de culto pese a ser pensada para estudiantes de secundaria, edad en que se estudia la obra de la poeta nacional de Japón. En los Estados Unidos tuvo un éxito sin precedentes no obstante su súbita salida del aire. Ésta llegó a achacársele a la indisposición de su creador cuya salud psíquica, emocional y mental se vio gravemente afectada por el rumbo que estaba tomando la historia, que de repente dejó de ser la historia de la poeta nacional de Japón para transformarse en un rollo relacionado con la reencarnación, la guerra y el espionaje practicado después de la Segunda Guerra Mundial.*

Llena de curiosidad, leí la sipnosis de la historia. Empezaba siendo una especie de biografía, adaptada al anime, de la poeta Murasaki Shikibu (¿978?-1014 d.C) que vivió en el periodo Heian. Hija de un hombre de la corte que las deja huérfanas a ella y a su hermana mayor, muriendo ésta al poco tiempo y dejando a Murasaki sola en el mundo. Su matrimonio con Fujiwara Nobutaka, un caballero de la corte de la emperatriz Akiko, de la di-

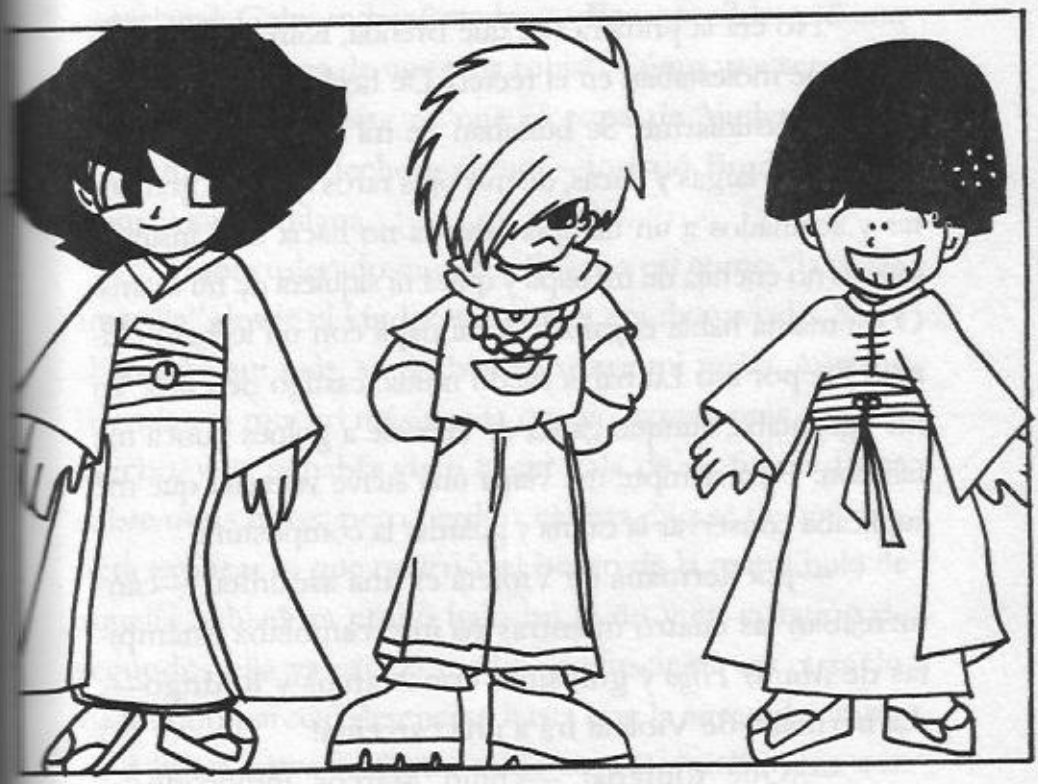
(16) Comprende de 794 a 1185, después de Cristo. Periodo conocido en la historia occidental como Edad Media. Aquel momento, para Japón, es floreciente, similar a lo que para Occidente representó el Renacimiento.

nastía Fujiwara —de la que descendía la propia Murasaki Shikibu—, la salva de mendigar en la calle. No se trata, sin embargo, de una unión por necesidad sino de un enamoramiento profundo, al grado de que, al quedar viuda de Fujiwara varios años más tarde, con dos hijas que educar, Dama Murasaki opta por recluirse en el monasterio de Ishiyama. (En ese lugar es donde siglos después se encontrarían manuscritos de la Murasaki Shikibu histórica.) A su regreso a la corte, cinco años después, empieza a redactar la que será su gran obra: *El romance de Genji* y obtiene el título de *nyogo*.[17] Todo ello se narra en el anime donde Arigato Sensei representa a un fantasma protector que se materializa a partir del ingreso de Murasaki al monasterio y la sigue hasta la corte de Akiko. Aunque de pronto, Murasaki, que sueña recurrentemente con un futuro en ruinas, queda entrampada en éste y se descubre deambulando ¡en China!, rescatada por un ministro de ese país que se hace cargo de ella. La razón por la que se entienden bien es que Murasaki, como toda persona culta de la corte de Akiko, domina el chino mandarín, lengua culta que era como el latín para los japoneses del Heian.

(En tiempos de la verdadera Dama Murasaki Shikibu, al japonés y al chino se les denominaba lengua Yamato y Ultramar, respectivamente.)

En realidad resultaba inexplicable el giro que había dado la historia. Pudiera suponerse que se debía a una escasa audiencia que no encontraba atractiva una trama tan

(17) Dama de la corte imperial.



llena de espiritualidad, pero no. La serie era un éxito sin precedentes al momento de transformarse en otra cosa, y lo siguió siendo cuando Dama Murasaki transporta su belleza, señorío y sabiduría a la China de la década de los ochenta del siglo XX.

—¡Asesina! ¡Tu hermana es una *asesinita*!

No era la primera vez que Brenda, Karen, Gaby y Jimena me molestaban en el recreo. De hecho era su deporte favorito: fastidiarme. Se burlaban de mi tez amarillenta, de mis piernas largas y flacas, de mis ojos raros que son grandotes y achinados a un tiempo. Brenda no hacía sino insinuar que yo no era hija de mi papá y quizá ni siquiera de mi mamá. O mi mamá había engañado a mi papá con un lechero chino. Que por eso Lu había salido muda: castigo de Dios. Yo me aguantaba, aunque ganas de entrarle a golpes nunca me faltaron. Pero siempre me venía una suave vocecita que me suplicaba conservar la calma y guardar la compostura.

—¡La hermana de Violeta es una asesinita! —canturreaban las cuatro mientras yo intercambiaba estampitas de *Master Higo* y golosinas con Marcos y Rodrigo—. ¡La hermana de Violeta irá a una carcelita!

—¡Qué tontería! —chilló Marcos indignado—. No existen las cárceles para niñas chiquitas.

—Además Luisita es inocente —agregó Rodrigo con tal convicción que las lágrimas empezaron a picarme en los ojos.

—Lo que pasa es que tienen envidia porque nunca saldrán en el periódico ni en la tele, bacterias —canturreó Marcos.

—¡Púdrete, Ricitos! —le dijo Brenda con desprecio y las otras celebraron la ocurrencia de la gorda con risotadas—. Nos dirigimos a la hija del lechero chino, no a ti.

—¡A lo mejor ni siquiera es hermana de la *asesinita*! —exclamó Gaby toda afectada—. ¡Es imposible que una china sea hermana de una niña rubia! ¿Cómo va a ser eso?

—Lo que pasa es que el papá de Violeta no es el doctor, sino el lechero chino —insistió Brenda—. Su mamá es una fulana.

Había tolerado que se refiriera a mí como "la peste amarilla" desde el kínder, pero esto era demasiado. Solté el sopapo sin más, sin gobierno sobre mi puño. Aunque Brenda era mucho más gorda que yo, yo era más alta, no mucho, y ya la había visto hacer gala de su fuerza física sobre otras niñas, pero perdí la cabeza. No sé de qué manera explicar lo que ocurrió: el hueso de la mandíbula de aquella habladora crujió bajo mi puño y en cuestión de segundos ella ya estaba medio inconsciente en el suelo. El mundo pareció detenerse hasta que la agredida empezó a llorar entre borbotones de sangre, mirándome con sorpresa más que con horror. Las otras comenzaron a formar barullo en torno a la caída. Marcos y Rodrigo me miraban con una mezcla de escepticismo y admiración, las bocas formando una "O" muy redonda.

—¡Brenda! —llegó gritando miss Jorjita, apresurándose a auxiliar a la ballena varada—. ¿Qué te pasó?

—¡Fue ella, maestra! —gimieron sus amigas, señalándome con dedo acusador.

—¡Ellas empezaron, maestra! —se adelantó Marcos.

—¿Tú hiciste esto, Violeta? —miss Jorjita me miró con horror desmesurado—. ¿Con qué golpeaste a tu compañera? —buscó el arma con sus ojos desorbitados.

—Con el puño, miss Jorjita.

—Brenda nos estaba molestando —exclamó Rodrigo—. Le dijo a Violeta que su hermana era una asesina y su madre una fulana.

—¡Se lo merecía! —agregó Marcos, bravucón.

—¡Marcos! —aulló la miss—. Sube inmediatamente y me haces cuatro planas de "No debo faltarles el respeto a mis compañeras".

—¿Otra vez? —pataleó el aludido.

—¡Quinientas veces! —sentenció miss Jorjita, sin saber qué hacer con la ensangrentada Brenda que había perdido piezas dentales—. Y serán mil si no subes ahora mismo.

—¡No es justo! —protestó Rodrigo—. ¡Ellas empezaron!

—Trescientas veces "No debo faltar el respeto a mis compañeros" —ordenó la miss a Rodrigo—. Y otras trescientas "No debo insultar a mis compañeras". ¡Y tú! —se dirigió a mí—. ¡A la dirección! Llévatela, Gaby.

—Puedo ir sola —exclamé zafándome de la mano

de Gaby que, no obstante el estado de su amiga, se pavoneaba con satisfacción por lo que estaba a punto de sucederme.

Al ver a la gorda con los dientes molidos, miss Melissa, acompañada por miss Félida, exclamó: "¡Ave María Purísima, la desgracia nos persigue!". También ellas creyeron que le había zambutido un tubazo, por más que Marcos y Rodrigo y hasta las amiguitas de Brenda afirmaran que había sido a puñetazo limpio. Yo misma no lo podía creer. Miraba con estupor mi propio puño que ni siquiera me dolía.

—Dicen que Brenda empezó —resopló miss Jorjita mientras tendían a Brenda en el diván de la dirección—. Que se acercó a Violeta para fastidiarla por lo del incidente de su hermana.

—Nada justifica tanta violencia —ladró miss Félida, sin saber qué hacer con la hemorragia de Brenda que ya había pringado la alfombra nueva de su oficina—. Melissa, llama a la Cruz Roja. ¿Cómo es posible, Violeta?

—Tú no eras así —gimió miss Melissa mientras marcaba el teléfono con dedo trémulo.

—No soy "así" —dije—. Pero no permitiré que nadie se meta con mi familia.

La verdad es que estaba sorprendida y asustada, como si hubiera dejado de ser yo por unos segundos. Lo peor era que llamarían a Dama, y ya bastantes mortificaciones tenía la pobre.

Llegó una ambulancia a recoger a Brenda y me mantuvieron bajo arresto en la dirección. Dama apareció al cabo de media hora, con expresión cansina, el pelo ligeramente opaco y la cinturita a punto de partirse en dos. Igual que un cartón animado.

—¿Qué pasó? —resopló con resignación. No me atreví a correr a abrazarla.

—Señora Monsalve —sollozó miss Félida—. Ha ocurrido algo espantoso.

—¿Mató Violeta a alguien?

—Lo dirá de broma, pero casi, ¡casi!

—Qué absurdo, Violeta no es capaz de matar una mosca —calló en el acto. Lo mismo decía de Lu.

—Perdone que se lo diga, señora —carraspeó miss Melissa—. Mi madre está demasiado alterada para explicárselo. Violeta acaba de mandar al hospital a Brenda Casco.

—¡Ah, Brenda! —resopló Dama—. Esa niña ha estado torturando a Violeta desde el kínder, ¿ya les dijiste, Violeta? —dirigió hacia mí su mirada desvaída—. ¿Que se la pasa diciéndote "hija del lechero chino"?

—Ay señora, son niños —sollozó miss Félida, dándose golpecitos en los lagrimales—. Violeta le zafó la mandíbula a la pobre criatura. Le aflojó los dientes delanteros.

—Nosotros correremos con los gastos de la cirugía plástica —se adelantó Dama, muy digna.

—¡Por supuesto que lo harán! —exclamó miss Melissa—. De eso no nos cabe la menor duda.

—Pero Violeta no podrá regresar a esta escuela —sentenció miss Félida.

—¿Por qué no? —Dama se agitó, avivada por la indignación—. Violeta ha sido una estudiante ejemplar. Una excelente alumna. Primer lugar en computación.

—Imposible negarle sus méritos, señora —miss Melissa me miraba con una mezcla de enojo y tristeza—. Pero, por favor, entiéndanos. Bastante hicimos con no tomar cartas en el asunto a raíz de lo ocurrido con Luisita. Las madres de familia esperaban que expulsáramos a Violeta. No lo hicimos, pero ahora… ¿con qué cara continuamos defendiendo su derecho a permanecer aquí?

Dama no protestó más. Miss Melissa tenía razón. Me habían defendido hasta de los paparazzis que no tenían empacho en molestar a otros niños con tal de arrancarles alguna declaración amarillista respecto a mi persona. Si esto trascendía, el asedio obligaría a las maestras a cerrar la escuela.

—Ve por tus cosas, Violeta —me ordenó Dama por lo bajo, sin mirarme. La obedecí sin chistar. Nada dije cuando Marcos y Rodrigo comenzaron a bombardearme con preguntas al verme retirar mis maquetas y desprender mis dibujos de la pared. No podía ni hablar. Les hice una seña de que les hablaría después. Tenía una

bola de lágrimas en la garganta. Ni siquiera cuando empezaron a llorar a dúo me atreví a decirles "adiós".

Al retornar acarreando mi mochila, la maestra Melissa se apresuró a abrazarme bajo la mirada desaprobadora de miss Félida.

—Sé que eres una buena niña —me dijo—. Mucho debe haberte herido Brenda para que actuaras con tal violencia, créeme que lo lamento, Violeta, lo lamento.

Tampoco dije nada esta vez. Me dejé llevar de la mano de Dama. Todo se había vuelto complicado, hasta salir de la escuela. Se nos permitió trepar el muro del patio trasero que comunicaba con una papelería para burlar a los paparazzis que se amotinaban ya en la entrada. Transcurrió un rato antes de que Dama me dirigiera la palabra. No lo hizo hasta que abordamos un taxi.

—Vamos al cine —dijo de pronto, sin mirarme.

—¿Al cine? —pregunté desconcertada.

—Sí, al cine —me miró de reojo—. No te estoy premiado ni mucho menos, que quede claro. Lo que hiciste fue horrible. Yo hubiera hecho lo mismo, así que no podría censurarte. Aunque eso no quita que lo que hiciste haya sido espantoso.

Al día siguiente se leía en los encabezados de los diarios:

HERMANA MAYOR DE LUISITA MONSALVE ATACA A COMPAÑERITA

HERMANA DE NIÑA HOMICIDA DENOTA MISMAS INCLINACIONES

Aquella foto que a juzgar por su pésima calidad fue tomada con la cámara de un móvil, daría vuelta al mundo: éramos Dama y yo asaltando la dulcería de un cine, atiborrándonos de palomitas acarameladas, galletas de helado y vasos gigantes de refresco para entrar a la segunda función de *Scary movie*. Los pies de foto hacían hincapié en que, en vez de castigarme, Dama había premiado mi canallada.

En uno de esos diarios, aparecía una nota firmada por un tal Henry Pesado Castro en la que aseguraba que tanto Lu como yo estábamos influidas por los animes que, según el autor, eran cosa del demonio:

Está más que demostrado que el manga o anime no es tan sólo una serie de inocentes monitos ojones para niños, no para niños mexicanos al menos. Los mismos japoneses han protestado por su violento contenido, llegándose a demostrar a través de estudios de laboratorio que algunas de estas series, concretamente Pokemon, *producen en los pequeños televidentes una sintomatología que incluye vahídos, mareos, náusea, aumento de presión sanguínea e hiperglucemia. Se registraron también casos de suicidio, tres hasta donde se sabe, entre los fanáticos de la serie* Dragon Ball Z *cuando se transmitió el último episodio en aquel país oriental.*

Papá no nos regañó por la foto del cine, mucho menos por lo de Brenda, si acaso juró retorcerle el pescuezo a miss Félida y cosas por el estilo, pero no tuvo demasiado tiempo para ocuparse de ello. Tuvo mucho trabajo en esos días y para cuando volvimos a vernos ya se le había bajado el coraje. Supuse que se había puesto de acuerdo con Dama para no prestar excesiva atención a los medios. Una noche me pareció escuchar a Dama decir: "La salud mental de las niñas ante todo, Luís".

No hubo represalia por parte de la familia Casco, no porque fueran muy buenos y comprensivos, sino porque Papá prometió que su niña quedaría todavía más bonita que como estaba. Resultó que le había hecho un favor a la gorda, pues además adelgazó porque no podía comer.

Naturalmente, la situación empeoró. La prensa redobló su asedio hacia mí y tanto Dama como Papá consideraron prudente que no saliera durante un tiempo.

Esa noche Papá se quedó en el hospital porque tenía guardia y Dama se encerró en el estudio para darle los últimos toques al que sería su nuevo libro, *Honor de pato mandarín*. En éste, a través de Murasaki, recrea la leyenda de una patita que se clava el pico en el pecho tras perder a su pareja a manos de un cazador irresponsable que termina en un monasterio después de que la patita, transfigurada en hermosa doncella, le hace ver la desgracia que

ha provocado su glotonería. Dama también tenía casi terminado su primer cuento moderno sobre una pandilla de niños marginados en su salón de clase: una chinita genial para la computación, un niño casi albino que era el más burro de su salón y otro algo afeminado que soñaba con ser princesa.

Me quedé sola en la tienda, esperando que Dama acudiera a leerme un cuento; que apareciera Sensei o simplemente me dominara el sueño. Se suponía que Kazuyo y Lu dormían tranquilas mientras Dama tecleaba en su ordenador, levantándose de vez en cuando a servirse café cargado (escuchaba rechinar dulcemente el parqué del estudio y la oía repetir en voz alta algunos parlamentos). Empezaban a cerrárseme los ojos cuando me pareció escuchar un ruido en la habitación de Lu. Una especie de tamborileo leve. No sería la primera vez que esa niña despertara de madrugada y deambulara por el cuarto. Nadie dejaba al alcance de su mano objetos punzocortantes o cerillos. El tamborileo se incrementó. Me hizo pensar en un murciélago aleteando contra el cristal de la ventana y se me heló la sangre. Se me ocurrió que Lu pudiera intentar abrir la ventana, y Kazuyo era de sueño pesado.

Abrí la cremallera de la tienda y avancé con cautela hacia la puerta de mi hermana. El sonido del aleteo se volvió asombrosamente nítido. Giré el picaporte y abrí de golpe. Una luz blanca como de leche bañó mi rostro. No era una circunstancia normal y sin embargo no sentí

miedo. Kazuyo dormía haciendo honor a su nombre, Plácida, del todo ajena a aquella luz que no la tocaba. Desde el umbral vi a mi hermanita trepada con auxilio de un gran perro de peluche en la ventana abierta de par en par, apoyada de codos sobre el antepecho mientras una especie de luciérnagas revoloteaban en torno suyo. Tuve el impulso de adelantarme y retirarla de ahí antes de que se fuera de cabeza, pero al avanzar y cruzar un plasma noté que mi pierna derecha, lo mismo que mis manos, se transformaba en dibujos animados. Retrocedí asustada y me cercioré de que hubieran regresado a mi forma humana. Al comprobar que era fácil entrar y salir, me armé de valor y penetré de lleno, avanzando hacia Lu. Lejos de experimentar molestia alguna, me sentí invadida de un vigor y de un bienestar que nunca había sentido, pero superé el asombro para retirar a esa niña tonta de la ventana. "¡Hey tú!, ¿qué te crees que haces?", le reclamé, alzándola en vilo. Lu dirigió hacia mí una mirada enternecedora de sus grandes, muy grandes, enormes ojos de miel.

¡Se había convertido en anime!

Mi terror debió parecerle ridículo pues yo misma me había convertido en anime. Una enorme sonrisa marcó hoyuelos en las regordetas mejillas de mi hermana cuya melenita le caía en caireles de alta definición alrededor del rostro.

—¿Qué te pasó? —le pregunté en involuntario japonés, como si no ignorara este idioma.

—Lo mismo que a ti —respondió.

Una vez más trastabillé y caí por la sorpresa. El suelo se sentía blando, como uno de esos colchones inflados que instalan en las fiestas.

—¡Hablaste! —aullé, derramada por el piso—. ¡Hablaste, Lu! ¡Dama tiene que saber!

—Siempre he hablado, tonta —me dijo con vocecita de duende, tripluda—. Pero mi lenguaje no es comprensible fuera de este espacio.

—Pe pero… —me toqué los brazos y la cara. Mi piel se había tornado sumamente flexible. Los huesos habían adquirido una textura blanda, como de goma. Temí haberme convertido en una especie de monstruo aunque Lu se veía preciosa—. ¿Qué me ha sucedido?

—No intentes mirarte en un espejo —me advirtió Lu—. Un espejo del mundo material solo reflejará una luz desvanecida. Mírate en éste.

Lu me extendió un cuenco de cobre. Lo aproximé con lentitud a mi rostro y lo que vi fue una carita pálida con inmensos ojos, naricilla que era apenas un raigón y por boca una tajada diminuta.

—¡Cielos, estoy soñando! —y al intentar pellizcarme para corroborarlo experimenté un dolor que me hizo soltar un gritito.

—¡Tú sí que eres tonta! —rio Lu—. Los anime también sentimos dolor, la diferencia es que desaparece al instante sin dejar marca.

En efecto, el dolor había pasado en un pestañeo, como si nunca me hubiera pellizcado.

—Dama tiene que saber.

—*Akaasan* no. Ella no, no puede enterarse, no todavía. Es muy posible que, al igual que Kazuyo, no vea nada si se asoma. Sólo verá a Lu de pie en camisón, como siempre. ¡No percibiría, como tú percibes, la presencia de mis amigos! —y una de aquellas luciérnagas que resultaron ser mariposas luminosas se posó en el hombro derecho de Lu, que ahora era Cho, mirándome a los ojos como una persona mira a otra—. Ella sólo te vería a ti hablándole a mi hombro, ¿me entiendes? *Akaasan* no es consciente de que estamos hechas de una sustancia algo distinta. Por eso tú y yo gozamos de poderes sobrenaturales, porque no somos del todo humanas sino *kon–ketsu*.

—¿Qué es eso?

—¿Cómo es posible que estemos hablando en nuestro idioma de origen y no comprendas esa palabra tan simple? *Mestizas*, Murasaki-chan, mitad humano mitad anime. ¿Acaso Mamá no te ha enseñado suficiente japonés? —gruñó sin disimular sus celos.

Pero yo seguía sin entender, observada por una mariposa luminosa de expresivas alas negras y blancas, y el mundo de afuera transformado en pantalla de plasma.

—El mundo anime es casi idéntico al mundo material —continuó explicándome la dizque mudita con tono doctoral—. Dama es igual a nosotras pero no lo

recuerda, y mientras no lo recuerde no podrá ingresar a este mundo.

—Dama mulió pala mundo anime —habló de pronto la mariposa sobre el hombro de Lu con la voz de…

—¿Sensei? —chillé.

—Jinzaburo-san casi molil junto con ella —continuó bajo su forma de mariposa, moviendo las antenas al compás de sus palabras—. Habel violado leglas del manga, habel inyectado a su cleación espílitu y sentimientos humanos y con ello altelal olden univelsal. Dejó molil a Dama Murasaki. Molil pala anime, pelo consiguió que tlaspasala mundo matelial y adquiliera folma humana.

—¿Por qué Cho no habla bajo su apariencia humana? —pregunté.

—Cho sel otla cosa. Ésta es Cho —dirigió sus antenas hacia la versión anime de mi hermana quien sonrió entre guiños—. Cho sel sueño de Lu. Mulasaki sel sueño de Violeta. Dama sel… Dama clee soñal Dama Mulasaki. Cho no ha quelido intloducilse en sueños tuyos pala hablalte, no hasta que llegala momento de explicalte lo que nadie sino ella entiende. Se ha apalecido en sueños a madle suya, pol eso Dama sabe pelfectamente lo que le ocule aunque no lo atlibuya a sueño sino a instinto matelnal. Dama habel peldido memolia anime. Sigue cleyendo que sólo sueños son.

Dama tenía muchas pesadillas, recordé. Unas tres o cuatro veces la había escuchado gemir lastimeramente

mientras dormía y luego echarse a llorar. Eso me hacía suponer que habría sufrido alguna especie de trauma que sería causa directa de su amnesia (también había leído en internet sobre la amnesia).

—¿Cho mató a Toto? —pregunté sin mayores rodeos.

—Cho sel inocente. Toto amigo colazón —explicó la mariposa.

—Lo único que hice fue abrazarlo fuerte para… para protegerlo de… del demonio —tembló Cho, entristecida de súbito. Sus enormes ojos se licuaron como ocurre con los personajes anime que cuando lloran parecen perder las pupilas en una inundación.

—¿Entonces, sí?

—¡No! —se apresuró a decir Sensei sacudiendo las antenas—. Toto habel muelto de todas manelas. Su colazón ela enfelmo. Él vel misma visión que Cho.

—¿Visión?, ¿cuál visión?

La mariposa me indicó con un ademán que me acercara para decirme al oído:

—*Izanami.*

Con todo y las precauciones Cho rompió en llanto apenas oír murmurado el nombre. Por fortuna nadie podía escucharla del otro lado del plasma.

—Demonio que pelseguil Dama —reveló Sensei inclinando las antenas—. La ha pelseguido siemple, desde niñita. Ella no lecuelda, no podlía, aunque a menudo sueñe demonio no tenel idea de dónde plocedel tan es-

pantosa imagen y sin embalgo instinto llevala a lodealse de dulaznos muchos. Demonio odial dulaznos.

—¿Y por qué *esa cosa* quiere dañar a Dama? —pregunté envalentonada. Dentro de esa burbuja uno se envalentona.

—Demonio suelto desde inmemoliales tiempos, Mulasaki-chan —explicó la mariposa —, y su especialidad es posesionalse de cuelpos bellos inocentes pala selvilse de ellos en su labol destluctiva de la humanidad. Pero con Dama Mulasaki no podel nunca pues la encontló celada a toda maldad y estulticia. Cuando ella coblal conciencia de sel acosada pol demonio, que fue quien mató a esposo al apalecélsele mientlas esclibil, se lecluyó en monastelio (los demonios tenel avelsión a telitolios de Buda, tanto como a dulaznos). Ahí se entlenó contla su nefasto podel. Desglaciadamente "esa cosa", como llamal a demonio hediondo pala no hacel beleal a helmana, adquilió conciencia de que Dama Mulasaki sel guiada pol supeliol espílitu y ploponel coblal venganza, a tlavés suyo, de Jinzabulo–san, quien plácticamente destluil cleación plopia. Lo que demonio no plevel, fue que Kunikida no matal Dama sino que dejala pendiendo en limbo, y Kunikida nunca plevel que con ello violaba leglas elementales del manga: un pelsonaje cuyo destino no es lesuelto quedal a deliva en mundo calnal. Especie de leencalnación.

—¿De reen…? ¡Esa palabra parece un estornudo!

—*¡Setsu!* —repitió Arigato Sensei—. Humanos

cleel que espílitu de muelto vagal cualenta y nueve días pol etel hasta elegil nueva leencalnación. Casi lo mismo es pala mangas, Mulasaki: pelsonaje inconcluso estál condenado a vagal hasta encontlal cuelpo habitable, aunque no necesaliamente tlansculil cualenta y nueve...

—¡Ahhhh! —en realidad no comprendía mucho, excepto quizá que Dama contenía el alma de un personaje manga perseguido por el mismo demonio que le jugaba trastadas a Higo.

—*Esa cosa* nos asustó a Toto y a mí —explicó Cho—. No sé como pero él pudo verlo también.

—Debel tenel cuidado mucho —se adelantó Sensei, cuyas preciosas alas cromadas arrojaban destellos plateados—. Dama no tenel menol idea de que alguien acechala. No son ustedes soble quien va individuo, sino soble Dama: todo su odio centlal en ella. A ella considelala culpable de la muelte de niñito pol sel madle de supuesta asesina, lo que no significa que no intente dañala a tlavés de ustedes. Mientlas Dama no lecoble memolia manga es flágil y vulnelable como cualquiel humano. Es debel de ustedes cuidala.

—¡Mataré a quien se le acerque! —chilló Cho alzando los puñitos. No pude evitar burlarme.

—¿Tú? No me hagas reír, tonta. Si requieres de una correa para salir a la calle y no perderte de vista, ¿cómo vas a defender a Dama con una correa atada a la cintura?

—¿Quieres ver cómo, tonta? —me desafió Cho y empezamos a discutir.

—¡No subestimal helmana! —me reprendió Sensei, frunciendo el ceño—. Ése ha sido elol de todos ustedes: cleel que Cho sel tonta. Ella no flolecita. ¡Sel dlagón!, pero no dejal de sel pequeña, pol tanto te lesponsabilizo, Mulasaki-chan.

—¿A mí? —grazné—. Ay, ¿por qué yo?

—Sel la más fuelte —Sensei me rozó con su ala derecha—, tenel a favol no ignolal condición como sí ignólala Dama. Además gozal libeltad de acción, algo que pol el momento Cho no podel.

Dama había aceptado ser entrevistada para la televisión por Sarah Michel, afamada periodista de mirada leonina que tenía a su cargo el noticiario de la medianoche. La citaron temprano para transmitirla videograbada. Yo la acompañé pero permanecí fuera de cámara, tal y como Dama dispuso. Papá, obvio, se puso furioso en tiempo real. Sus rugidos apenas nos permitieron entender a Kazuyo y a mí (y Lu brincando emocionada ante la imagen de su mamá en TV) lo que hablaba Dama con la inquisitorial señorita Michel. Escuchamos toda la discusión desde el cuarto de niñas.

—¿Qué pretendes, Dagmar?, ¿arruinar la poca intimidad que nos queda?

—Pretendo, Luís, reparar el honor de nuestras hijas.

—¡Por Dios, hablando otra vez como samurái del siglo XVIII!

—Las mujeres no pueden ser samuráis, Luís…

—¿Tienes idea —seguía Papá— de lo que siento de tener que escabullirme como ratero de mi lugar de trabajo? ¿Te dije ya que ayer uno de esos tipos, quién sabe cómo, me salió al paso justo cuando salía de una cirugía sumamente delicada para fotografiarme? ¡Y encima de todo mis pacientes me empiezan a pedir autógrafo, como si fuera Johnny Depp!

—¡Te pareces a Johnny Depp, viéndolo bien! —rio Dama.

—No te rías, Dagmar, no es gracioso.

—¡Claro que lo es! —continuaba—. Es preferible verle el lado cómico.

—Tú estarás hecha para la vida pública, yo no, *¡yo no!* —respondía Papá, cada vez más alterado—, ni cuando implanté la primera prótesis con chip me asediaron de esta forma.

—Luís, es necesario demostrar la inocencia de Lu…

—¿La inocencia de una criatura de cuatro años, dices? Sólo un imbécil puede dudar de su inocencia.

—Pero tú dices que vivimos entre imbéciles, Luís, lo dices a cada rato.

—¡Sí, Dagmar, hay tarados que piensan que Luisa es una especie de Ted Bundy, claro que sí! ¿Qué nos importa si confiamos en la inocencia de nuestra hija?, ¿qué más te da que crean en su inocencia en Japón, en Australia y en…? ¿A dónde más llega la señal de ese estúpido noticiario sensacionalista?

—Luís, el otro día nos arrojaron un huevo podrido en la calle…

—Ya se les pasará —respondía Papá—, pero no mientras sigas hablando de lo maravillosas que son nuestras hijas en cadena nacional.

Permanecí recluida en mi tienda, dibujando fabulosas mariposas con rasgos humanos. Dibujé a Arigato Sensei como mariposa y luego a Dama, que me quedó sensacional: una inmensa mariposa castaña de terso pelaje tricolor (negro, rosa y violeta) y antenas espigadas.

—Mi hija tiene síndrome de Asperger —me pareció escuchar a Dama otra vez en TV mientras contemplaba su transformación en mariposa, lograda con una gama de setenta crayolas—. En Estados Unidos este síndrome está bien tipificado y los niños Asperger son sencillamente llamados AS. Nadie tiene que estar explicando todo el tiempo qué es eso porque la gente está informada de lo que se trata. Ya saben que no es una tara, ni una enfermedad. Lo he explicado incansablemente para otros medios.

—Señora Monsalve, aquí tengo unas notas que mi equipo me hizo el favor de extraer de webs autorizadas, a propósito del problema de su hija. Permítame leerle estas líneas que subrayé: "El síndrome Asperger es una clase de autismo que se caracteriza por una deficiencia de neuronas espejo, lo que obstaculiza el sentimiento de empatía con respecto a los demás. En sujetos neurotípicos, es

decir, *normales*, las llamadas Ondas Mu, ondas en la corteza premotora del cerebro, que es donde se localizan las neuronas espejo, caen tanto cuando realizan una acción como abrir y cerrar una mano, como cuando otra persona hace lo mismo. En los sujetos con este tipo de autismo, dichas ondas caen sólo cuando ellos la realizan. Las neuronas espejo, por consiguiente, son las que permiten al individuo interpretar efectivamente las acciones de los otros." ¿No le parece esta una descripción muy cercana a la psicopatología, señora Monsalve? —y la conductora apoyó con elegancia su quijada en los nudillos cubiertos de sortijas, mientras apreciaba las reacciones de Dama.

—Existe una diferencia fundamental, señorita Michel. El problema de los AS consiste en una anomalía de percepción con respecto a los demás, para decirlo coloquialmente, les resulta muy difícil ponerse en los zapatos del otro. Los psicópatas perciben con toda claridad la empatía pero no la sienten. En pocas palabras, un AS es justo lo contrario de un psicópata porque éstos, precisamente por su gran capacidad de percepción, son maestros en el arte de la manipulación mientras que el autista AS sufre la dificultad de no saber interpretar y menos aún manipular los estados emocionales de los demás debido a su ensimismamiento. Como verá, es mucho más complejo que todas esas absurdas afirmaciones de que mis hijas son malas porque son adictas a las caricaturas violentas. A Lu ni siquiera le gustan, no ve televisión.

—Pero a Violeta, su hija mayor, sí —la interrumpió Sarah Michel, abriendo mucho sus ojos dramáticamente maquillados—. Ha trascendido que Violeta le rinde verdadero culto a las caricaturas japonesas, que su casa es una especie de santuario manga. Existe la posibilidad de que Violeta haya ejercido violencia sobre Luisa y ésta a su vez haya reproducido esos patrones en la escuela.

—¡Jamás! —respondió Dama con calma, mirándola a los ojos con la transparencia de una joya no obstante la insondable oscuridad de sus pupilas—. ¡Jamás, señorita Michel! En mi casa no hay el mínimo indicio de violencia. Murasa… Violeta sabe que no puede ponerle una mano a Lu y está bien instruida respecto al problema de su hermana, incluso nos acompaña a las terapias. La doctora Perla Domínguez las ve juntas. En efecto, Violeta es aficionada a los animes como millones de niños y jóvenes en todo el mundo, eso no la convierte en psicópata.

—Tengo entendido que mandó a la niña Brenda Casco al hospital.

—¿Usted se hubiera quedado impasible si vienen a decirle que su hermana es una asesina y su madre una… una… una furcia? —contraatacó Dama poniendo visiblemente nerviosa a la agresiva entrevistadora—. A Violeta se le ha agredido desde pequeña por sus rasgos asiáticos, incluso los diarios han maliciado al respecto. Eso, señorita Michel, se llama *racismo*… ¡Aquí y en China! Ya arma-

ron su propio thriller: Luisa, una niña AS de cuatro años mata a un amiguito porque su hermana mayor es aficionada a los animes. Ni Luisa es una asesina ni Violeta una loca. Los padres de Brenda ni siquiera han interpuesto una denuncia, ni lo harán. Y sobre los padres de Toto no he tenido noticia alguna. La única certeza que tengo es que han encarcelado a mi hija menor en su propia casa, que no puede salir a menos que sean visitas de rigor con su médico y su terapeuta, y siempre escoltada por un policía; ya no tiene derecho ni de ir al parque hasta que las leyes mexicanas decidan cómo castigar el "crimen" de una niñita de kínder.

Al día siguiente los diarios debatieron nuevamente sobre los efectos negativos de los animes, empeñados en demostrar mi supuesta enfermedad mental. Esta vez fueron directo sobre *Master Higo* y supe entonces que había sido muy tonta al revelar mi afición por él pues, como dicen en las series policiacas: "Todo lo que diga será usado en su contra".

Todos coincidían en que *Master Higo* era una caricatura violentísima (ja, no han visto nada, pensé), empezando por el hecho de que el personaje era hijo de un delincuente. Aunque no era exactamente así. Chojiro, el padre de Higo, fue un samurái respetabilísimo, acusado de forma injusta por haber matado a su mejor amigo, otro samurái de nombre Bokkai cuyo espíritu se convierte en instructor y mentor de Higo. Quien lo acusa, por cierto,

es el verdadero asesino, Bussho, su hombre de confianza quien lo envidia y, sobre todo, quiere quedarse con Eriko, la esposa de Chojiro. Este traidor había invocado las fuerzas de Izanami, también llamado "deidad de ocho cantos", quien planea la muerte de Bokkai y la inculpación de Chojiro. Nunca contó Bussho con que la bella Eriko preferiría vivir la vida de proscrito de su amado esposo antes que abandonarlo a su suerte, así que ella y su pequeño Higo, un bebé entonces, se internan en un claro del bosque. Ahí los recibe de puertas abiertas un monasterio fantasma donde Higo se entrana como samurái con su padre que era un ronin, esto es, un samurái degradado, y también con el honorable Bokkai y un bonzo guerrero llamado Jin, un poco parecido a Sensei. Izanami trata de apoderarse del alma de Higo, ofreciéndole tesoros, riquezas y el reconocimiento que su padre había perdido, pero Higo desprecia todo convencido como está de que su misión es hacer el bien y demostrar la inocencia de su padre, lo cual lo llevará a enfrentarse a Bussho. Éste último tiene una hija *muy tonta* llamada Juri, de quien Higo se enamora.

¿Acaso la historia que les acabamos de contar es adecuada para la comprensión de un niño? —escribía una tal Amanda Burke—. *En otras series japonesas como* Dragon Ball *o* Pokemon *la presencia del demonio es sugerida apenas, aunque no con la sutileza suficiente para que los niños no adviertan un*

trasfondo demoniaco. Pero Master Higo *alude directamente al diablo, encarnado en Izanami, una entidad con cuernos que arrastra una larga cabellera negra que le da cierto toque de perversión. Lo que el televidente mexicano ignora es que hay otros cartones japoneses mucho más explícitos en este sentido que todavía no llegan (y dudo que lleguen) a nuestro país, como* Trinity Blood *donde curas católicos aparecen como samuráis descabezando vampiros, o* Elfen Lied, *en la que una tierna niñita de pelo rosa con amnesia se transforma en máquina de matar, por no mencionar los animes pornográficos, llamados hentai, que circulan clandestinamente en el mercado pirata.*

La Asociación de Padres de Familia ha iniciado una campaña en contra de la transmisión de las nocivas caricaturas japonesas, en particular Master Higo, *a la que consideran causante directa de la muerte del pequeño Tomás Fuertehijar Campoy. Encabeza este esfuerzo la madre de la víctima, Neira Campoy de Fuertehijar, quien haciendo gala de bondad y generosidad declara no guardarle un mínimo rencor a la pequeña Luisa, mucho menos a su hermana Violeta, pues es consciente de que son víctimas igual que su inocente hijo: "Véanme, señoras, soy prueba viviente de lo que puede ocurrirles a sus hijos si ustedes insisten en salir a trabajar y dejarlos con esa nociva niñera que es la televisión. Es a través de esas caricaturas que creen inofensivas y tiernas que nuestros niños están aprendiendo a matar, a matarse entre ellos. Si existe un responsable por la muerte de mi hijo y de tantos niños asesinados por otros niños en Estados Unidos, país donde el consumo de este producto es superior al nuestro, no son los*

pequeños que enarbolaron el arma asesina, ni las maestras que ponen su mejor empeño para sacar adelante a nuestros hijos, no. La culpa es de nosotros, los padres, y de los ejecutivos del duopolio televisivo que han permitido la invasión de este cáncer en nuestros sacrosantos hogares mexicanos. ¿Dónde queda la inocencia de un Mickey Mouse y de un Winnie Pooh? Ahora hasta las niñitas saben asfixiar a un bebé con sus propias manos."

Corrí a mostrarle aquello a Dama, desesperada. ¡Querían hacer que *Master Higo* dejara de transmitirse! Lo culpaban de lo ocurrido a Toto.

Para variar, Dama me sonrió como si nada tuviera importancia:

—Vamos Murasaki, no es el fin del mundo.

—¿Te parece poco que cancelen mi caricatura favorita? —sollocé.

—No. Lo que me parece improcedente es lo que dice esa pobre señora, que a leguas se nota que está atontada por la pena, pobre mujer. Necesita culpar a alguien de lo que le ocurrió a su pequeño.

—¿Qué hacemos Dama, qué hacemos?

—¿Qué te parece si la invitamos a cenar?

Por supuesto, Papá deploró la idea y yo también, porque invitar a esa señora a casa implicaba invitar a su esposo, y no había forma de explicarle a Dama que ese hombre la quería matar pues estaba poseído por Izanami.

No estábamos habituados a invitar extraños a cenar, excepto a Rodrigo y a Marcos, los únicos convidados a mis cumpleaños donde comíamos pizza y pastel, tomábamos refrescos y veíamos películas. Cada uno tenía disponible en mi casa un kimono, Rodrigo de hombre y Marcos de mujer. A nosotros nos invitaban algunas personas, Perla, Oriana (la editora de Dama) y el doctor Mendieta, amigo de Papá, pero nunca venían a nuestra casa. Papá lo evitaba, como si le avergonzara que vieran nuestro estilo de vida japonés que había consentido para darle gusto a Dama, empezando por las zapatillas de tatami y suela de goma, terminando por el *ofuro*[18] que quizá nadie más en México tenía. Pero Dama le hizo ver que intentar un acercamiento con nuestra contraparte sería la mejor manera de aterrizar las cosas y llegar a un acuerdo. Papá siempre terminaba haciendo lo que Dama quería, incluso eso. La voz de la razón me dijo entonces que no había nada que temer: ese hombre no mataría a Dama enfrente de su esposa, de mi padre, de mi hermana y de mí. Propuse invitar también a Rodrigo y a Marcos. Aunque Papá hizo mil aspavientos, Dama lo volvió a aplacar. Sólo era cuestión de advertirles a mis amigos que no podían ponerse los kimonos hasta que los papás de Toto se hubieran marchado.

Pero tanta precaución fue inútil, ya que la mamá de Toto acudió sola. Era, igual que Dama, delgada en

(18) Bañera estrecha pero profunda.

extremo, quizá a consecuencia de la tragedia. Se teñía el cabello de hermosas tonalidades cobrizas y su maquillaje era tan impecable como el de una geisha. Vestía ropa de panilla de excelente calidad, rigurosamente negra: un conjunto de terciopelo, el saco ajustado a su talle casi infantil y rematado por botones dorados. El bolso también de terciopelo hacía juego con el atuendo. Dama no se vistió formal, tan sólo con un caftán negro y la cabellera sujeta en peinetas de carey, despejado el rostro.

Papá tuvo oportunidad de estar presente para apoyar a Dama en cualquier cosa que se pudiera suscitar. No era una situación nada fácil, menos cuando llegó el momento en que Kazuyo, de riguroso delantal y cofia, apareció con Lu de la mano. Al enfrentar la cara maquilladísima de la madre de su mejor amigo, Lu dejó escapar un grito espeluznante, no átono como los que solía dar, sino aterrorizado. Como si en vez de la señora Fuertehijar hubiera visto al mismísimo Izanami. Kazuyo tuvo que retroceder a la habitación junto con la aterrada Lu entre venias muy japonesas.

—Le suplico que disculpe a Luisa —pidió Dama a Neira, también entre reverencias que la otra miraba sin entender—. Casi nunca tenemos invitados a cenar.

—Supongo —dijo Neira, inexpresiva como las máscaras de teatro Noh que decoraban las paredes y que al devolverle su propia expresión la aterraban, repartiendo su mirada desconfiada entre éstas y la colección de Budas, abanicos y gatitos de la suerte que poblaban las vitrinas.

—Tome asiento, por favor.

—¿Dónde? —sonrió nerviosamente la invitada.

—En los cojines, por supuesto.

Neira se dejó caer con gesto impenetrable, haciendo malabares para no maltratar el fino vestuario, aunque sus ojos rasgados continuaban siendo temerosos más que desconfiados o rencorosos. Dama derrochaba cortesía y dulzura al escanciar licor de ciruela, mientras aquella mujer actuaba con temor de que le hubiéramos preparado una trampa, incluyendo a Rodrigo y a Marcos quienes, igual que yo, bebían limonada. Por un momento Neira fijó la vista en el alegre arreglo de ikebana, el cual acababa de instalar Dama justo en el centro de la sala.

—¿Sabes para qué sirve el arte del ikebana, Neira? —le preguntó Mamá. Cuando Neira negó con seco ademán, Dama agregó—: No es un simple adorno, está ahí para que el anfitrión o su invitado dispongan de un punto donde dirigir su mirada en caso de que se sientan avergonzados o no tengan nada que decirse.

—Escúcheme, señora.

—Dagmar, por favor. Ya nos tuteábamos.

—Eso era antes.

—Preparamos una cena japonesa, ¿sabes usar palitos? Oh, no importa, puedes emplear cubiertos. Plácida, no olvides incluir un tenedor para Neira.

—En realidad —Neira carraspeó con energía, mirándonos como si fuéramos los Locos Addams—,

no he venido a cenar. No podría hacerlo, no aquí —y volvió a mirar con horror las máscaras de Noh. Mis favoritas, lo recuerdo, eran la del zorrito y la del *Shodo*, el borracho al que caracterizan con el pelo rojo como el del oficial Garduño.

—Las máscaras son hermosas y más significativas de lo que crees —le dijo Dama con dulzura al captar su espeluzno—. ¿Has leído a Kobo Abe? "La belleza es algo así como la fuerza con que los sentimientos humanos rechazan la posibilidad de destrucción y se oponen a ella." Su novela *Tanin no Kao*, cuyo protagonista es un hombre que ha perdido el rostro en un paradójico accidente, ofrece toda una cátedra al respecto. Estas máscaras son lo más próximo a una calavera porque es la única forma de que el actor interprete no un personaje sino una emoción.

—Muy interesante… y abrumador su conocimiento en literatura china, señora Monsalve, pero no considero que sea la ocasión para mantener charlas sobre culturas *extranjeras*.

—Vamos Neira —habló Dagmar con tono aterciopelado, pasando por alto el error de su interlocutora—. Tú estás tan convencida, como lo estamos todos, de que Lu no pudo matar a Toto.

—¿Cómo puede decirlo así, como si nada? —se exaltó la mujer.

—Yo lo siento, lo siento —Dama palideció.

—¿Acaso cree que porque ha transcurrido tiempo ya no me agobia la pena de haber perdido a mi *único hijo*? ¿A mi chiquito?

—Por supuesto que no… ¡*Sé que no*! —Dama casi tocó el suelo con la frente, ademán que consternó aún más a la invitada—. Yo misma no he tenido un minuto de paz. Supongo que sabes que mi hija permanece bajo arraigo domiciliario porque la ley no contempla un procedimiento en *accidentes* que involucren a niños de kínder, así que estamos siendo vigilados las veinticuatro horas.

—Pero usted tiene a su hija con usted, puede abrazarla.

—Sólo puedo sacarla cuando llega el día de su terapia —continuó Dama— y siempre, siempre escoltada por un policía. Mi hija no ha vuelto a salir al parque, no ha tenido oportunidad de corretear mariposas y su único consuelo es asomarse a la ventana. Quién sabe hasta cuándo.

—Insisto, es usted afortunada. Estoy segura de que su hija será absuelta de toda culpa.

—¡Por supuesto! —los enormes ojos de Dama relumbraron como carbones—. ¡Es inocente!

—Permítame que la contradiga, señora Monsalve. Estoy plenamente convencida de que su hija provocó la muerte de mi hijo.

—¿A qué vino entonces? —la increpó Papá y Dama le tocó un brazo para tranquilizarlo. Neira prosiguió inalterable:

—Usted necesitaba hablar conmigo y no se lo iba a negar. Supongo que el sentimiento de culpa es agobiante.

—¿Culpa? —la sonrisa se borró del rostro de Dama como si nunca hubiera existido, pero su voz continuó siendo dulce—. Perdona Neira, pero no recuerdo haber hecho nada que amerite un sentimiento semejante.

—¿Le parece poco?

—¡Mi hija no mató a tu hijo! Por el amor de Dios Neira, la sola idea es estúpida.

—No, no lo es. Varios padres de familia habían reportado ya a esa niña, incluyéndome. Su hija ya había lastimado a mi hijo y usted debería saberlo.

—Fue mientras jugaban.

—¡Señora! ¡Toto me llegó un día con una mordida espantosa en la mano! Creí que había sido un perro.

—Pero siguió siendo amigo de Lu porque sólo estaban jugando. También ella llegó con una mordida en la mano, no demasiado profunda.

—A Toto tuvimos que realizarle una curación.

—¿Por qué exageras Neira? —ladró Dagmar, azorada.

—¡Su hija mató a mi hijo! —porfió Neira, apretando los dientes. Su rostro cada minuto más similar a una máscara Noh—. Podrá haberlo hecho sin proponérselo, pero… ¡Basta mirar esta casa! ¡Es un santuario demoniaco! ¡Ustedes han consentido el fanatismo de su hija mayor por esos demonios!

—¿Has venido solo a criticar la decoración de nuestro hogar? —rumió Dama muy ofendida. Papá apretaba las mandíbulas hasta ponerse del color de mi tienda.

—Vine porque creí que querían pedirme perdón por el daño que me hizo su hija —respondió Neira al tiempo que se ponía de pie—. No es fácil enfrentar a los padres de *la asesina* de mi hijo, pero mi educación cristiana…

—¡No me hagas reír! —exclamó Dama, trémula de ira, levantándose también. Ahora era Papá quien le tocaba el hombro—. Acusas a mi hija a sabiendas de que ella no pudo haber matado a tu hijo, y lo llamas "educación cristiana".

—¡Cualquier otra madre que no tuviera mis convicciones estaría ahora mismo moviendo cielo, mar y tierra para que alejaran a tu hija de la sociedad! —continuó Neira, imperturbable—. ¡Y no he movido un dedo! ¡*Un sólo dedo no he movido*!, al contrario, he disuadido a mi esposo para que no venga a matar a sus hijas.

—¡Salga ahora mismo de mi casa! —rugió Papá, provocando que Rodrigo, Marcos y yo nos hiciéramos bolita en un rincón. Dama intentó hacerlo entrar en razón pero él insistió a punto de reventar su elegante camisa celeste—. ¡Y si su esposo le toca un pelo a una de mis hijas...!

—¿Lo ve? —Neira sonrió con amargura—. ¿Qué no haría por ellas, verdad? Intente ponerse en mi lugar, doctor Monsalve —dicho lo cual corrió hacia la puerta, rechazando la asistencia de Kazuyo.

Cenamos en completo silencio, ya sin Neira y también sin Lu que echaba a llorar cada tanto en el regazo de Kazuyo. Dama y Papá estaban sumidos en un silencio incómodo, terrible. Fue entonces que se me salió decir:

—Lu no mató a Toto.

Tras un silencio casi sepulcral quebrantado apenas por una tenue musiquita del flautista Hidekazu Katoh, Dama agregó:

—Eso lo sabemos todos, ¿verdad niños? —Marcos y Rodrigo asintieron con entusiastas cabeceadas.

—No, no lo saben. Toto se asustó porque vio un demonio y Lu lo abrazó para defenderlo.

—¿Qué dices? —Dama dejó caer sus palillos, azorada—. ¿Cómo sabes?

—Lu me lo dijo.

Se hizo un silencio peor, denso, cargado, hasta que Papá se incorporó sin haber tocado su cena:

—¡Basta ya, Violeta! —rugió, acalorado, amoratado—. ¡Sabes que no tolero que te dejes llevar por tu imaginación, y menos en asuntos tan delicados como éste! Todos aquí sabemos que Luisa no habla, ¡nunca ha pronunciado *una-sola-maldita-palabra*!

Dama se cubrió el rostro. Papá estaba tan furioso que no tuve valor para contradecirlo. Lo vimos entrar en la recámara y encerrarse. Transcurrieron varios minutos antes de que Dama me dijera en voz baja:

—Sé que lo hiciste con la mejor intención, Murasaki, porque intuyes que en el fondo tu padre está lleno de dudas respecto a tu hermana. Ha sido un hermoso detalle de tu parte, en verdad, no te sientas mal.

Me limité a asentir con la cabeza, admitiendo con esto que había mentido en favor de mi hermana. Ni siquiera Marcos y Rodrigo me creerían si les hubiera dicho que Lu y yo éramos *kon-ketsu* y que se había establecido un puente psíquico entre nosotras desde el momento en que Sensei, vuelto mariposa, nos había revelado la verdad de nuestro origen.

¡DAGMAR OBSCURA NO EXISTE!

Tal era el encabezado de los periódicos dos días después de la malograda cena japonesa.

Cuando Dama y yo salimos a surtir pan para el desayuno, aquel encabezado nos asaltó como un nido de arañas voladoras desde el quiosco de la esquina.

—¿Asté cree, seño? —le dijo la señora Solecito, la encargada del quiosco, mientras nos extendía aquel ejemplar de *Excélsior* con su sonrisa como tajada de sandía—. ¡Ya no hallan que inventar pa' vender periódicos estos jijos de su…! Pero al ratito Lupita D'Alessio cambia de marido y se olvidan de asté, ni se preocupe.

Dama cogió el diario y contempló aquellas enormes letras negras con el desconcierto pintado en el rostro. Leí por encima de su hombro: "Al parecer Dagmar Obscura no es sólo el nombre de pluma de la madre de Luisita Monsalve, sino también un alias tras el cual se escuda desde hace doce años. Aunque cuenta con documentos con este nombre, no existe registro en el padrón electoral. Es posible que su pasaporte sea falso y ni siquiera sea mexicana. Para cobrar regalías en Editorial Tulipán se sirve de los recibos de honorarios de su esposo, el prestigiado traumatólogo Luís Monsalve Serrano".

—¿Qué tontería es ésta? ¿Pasaporte falso? —Dama rio pero era evidente que estaba más irritada que nun-

ca—. Ay Solecito, le pago el periódico pero no me lo llevo.

—¿Dónde está su sentido del humor, seño? —reía doña Solecito.

—¡Esto se llama difamación! ¿Cómo reírme de algo semejante? Violeta, ven.

Regresamos al departamento sin haber comprado el periódico. Dama temblaba como una hojita. La hice que se sentara y le acarreé un vaso de agua. Lu salió a verla pero se limitó a contemplarnos con expresión interrogante para después llevarle más agua a su mamá.

—*Akaasan* —la llamé con el nombre que usábamos para nuestras charlas más serias—, tienes que denunciar a esas personas, ve y muéstrales tus documentos oficiales para que dejen de fastidiarte.

Transcurrió largo rato antes de que Dama recuperara su sonrisa y su alegría de siempre, fue una transformación que se operó ante los azorados ojos de Lu y los míos.

—Solecito tiene razón, debo tomármelo con sentido del humor. DAGMAR OBSCURA NO EXISTE —repitió engolando la voz—. DAGMAR OBSCURA NO EXISTE. ¿Qué tal?, ¿y qué soy yo? ¿Un dinosaurio o qué? ¡Que se vayan al diablo esos amarillistas! Haré caso omiso, eso es lo que haré. ¡Kazuyo, cuida de Cho, que Murasaki y yo vamos ahora sí por el pan! Con el cuento de que no existo a lo mejor no me ven si me robo un pastel, ¡ja!

Pero nuestras amistades, muy alarmadas, se encargaron de recordarnos una y otra vez lo que decían los periódicos. Cada que contestábamos el teléfono alguien aportaba consejos no solicitados: "Dagmar, tienes que demostrar públicamente que están mintiendo. ¿Te das cuenta de que te están acusando de un *delito*?". "Dagmar, ésta es una campaña de desprestigio contra ti y tus hijas."

—¡Qué absurdo! —reía Dama al teléfono—. Ni que fuera la esposa del presidente de la república para que me quieran desprestigiar. Esa gente quiere vender periódicos, ¡que los venda!

Al día siguiente despertaron temprano a Lu porque tenía cita con el doctor Mendieta y debía ser escoltada por Dama y el oficial Moreno. Salió abrigada y con un gorrito, tirada de su correa de colores por Dama. Se le veía tranquila, a diferencia de Mamá, que intuía que los paparazzis la acechaban en todas las esquinas, razón por la cual el oficial Moreno sugirió que salieran por la puerta de emergencia del edificio. Me quedé con Kazuyo. A Papá no lo veía desde hacía dos días porque había tenido que atender varias emergencias, así que me recluí en mi tienda y procedí a meterme en internet, directamente a la web de Jinzaburo Kunikida mientras Kazuyo instalaba el burrito de planchar frente al televisor de la sala. En esa página web encontré el siguiente texto, escrito por un experto en el arte manga.

Dama Murasaki tiene el poder de materializar sus sueños, por lo que ha de ser muy cuidadosa con lo que sueña. Es en sueños donde atestigua la historia del príncipe Genji, quien viviera doscientos años antes que ella, eternamente acompañado por su laúd y amante de estar en el Ummeiden,[19] *más por sensibilidad que por libidinosidad. Gracias a ello, la dama escribió el* Genji Monogatari *con increíble fidelidad y lucidez. Viéndose en la necesidad de controlar sus propios sueños, Murasaki se entrena en el monasterio de Ishiyama donde conoce a Arigato Sensei, amigable fantasma de un sabio bonzo de tiempos de Genji que habrá de convertirse en su ángel guardián y algo así como moderador de sus sueños. Ésa es la principal razón por la que Izanami no consigue hacerla caer en las trampas que le tiende para apoderarse de su belleza y talento.*

Izanami es una especie de ángel caído de la mitología japonesa, que en sí mismo fusiona a la Eva y a la serpiente de la tradición occidental. Según el shintoi, los dioses crearon un hombre y una mujer para que habitaran el Paraíso, del mismo modo que el Dios de Occidente creó a Adán y a Eva. La variante de la leyenda oriental es que, tras ser conminados a nunca probar los frutos del árbol del conocimiento, que no eran manzanas sino duraznos, Izanami, que se sabía en desventaja con Izanagui, el varón, lo convenció de quebrantar la ley superior, por lo que comieron hasta hartarse. La desobediente Izanami fue arrojada del Paraíso, transformada en un horrible demonio que lleva incrustados otros ocho pequeños demonios que representan a los hijos que dejó en el Paraíso. Fue perdiendo su esencia femenina

(19) Lugar de las damas.

para recoger lo peor de la naturaleza humana, mientras que Izanagui fue condenado a repudiar a la mujer que amaba sin dejar de amarla (lo que remite un poco al caso de Francesca y Paolo en La divina comedia *de Dante), y a ser mortal, siendo de origen un dios.*

La única forma de ahuyentar a la mujer que amaba transformada en demonio (Izanami acechaba a sus propios hijos con la intención de devorarlos e Izanagui se veía forzado a vivir en guardia para impedirlo) era arrojándole duraznos a la cara. A nada es inmune Izanami salvo a los duraznos, fruto que ocasionó su destierro eterno del paraíso.

La intención original de Jinzaburo Kunikida era introducir a los niños nipones al fascinante mundo de la literatura japonesa a través de Dama Murasaki Shikibu, personaje emblemático de la poesía de su país, y todo parecía indicar que había logrado su cometido pues, pese a considerársele un anime educativo, acaparó tanta audiencia como un shonen. Sin embargo, por alguna extraña razón, el autor del concepto dio un brusco giro dejando a Dama Murasaki atrapada en un sueño del futuro donde Arigato Sensei se siente incompetente para ayudarla en vista de que no comprende nada de lo que está ocurriendo. Durante ese sueño Dama Murasaki se encuentra en la China del año 1989, a punto de ocurrir la tragedia de Tiananmenn, donde el 4 de junio fueron masacrados miles de universitarios y civiles que se manifestaron contra las políticas de mercado del presidente comunista Deng Xiaoping que afectaban directamente a los granjeros y a los trabajadores de fábricas. Se ignora la

razón por la que Kunikida dio tan radical giro a la historia que iba por tan buen camino, aunque esta nueva e inesperada faceta de Dama Murasaki convertida en heroína poética, admiradora de la cultura china y que se convierte en la protegida y posteriormente prometida del ministro Chen Xingcun, simpatizante del movimiento estudiantil, sólo dio para diez episodios, sentando precedente como la primer serie anime sacada del aire sin previo aviso, lo que provocó una multitudinaria manifestación de niños y adolescentes ante las instalaciones de la televisora.

Todo empezó a darme vueltas: China, la plaza Tiananmenn, el ministro chino protector de Dama. Papá hizo sus prácticas médicas en un lugar llamado Nanjing. A Dama la conoció en China donde ella, al parecer, vacacionaba. Ella tuvo un accidente y él la curó, eso decían. Todo parecía tan maravillosamente simple pero Papá decía haber atendido al menos a un centenar de lesionados durante la masacre.

—¡Kazuyo! —salí gritando de mi tienda—. Kazuyo, llévame a ver a papá. Necesito hablar con él de inmediato, por favor.

Siempre me llamó la atención que a pesar de haberse conocido en la China y de que Papá cursó allá más de cuatro años de prácticas médicas, los afectos de Dama estuvieran en el Japón. Papá platicaba sobre su experiencia china sin la quinta parte de la emoción manifestada

por Dama cuando se refería a un Japón que ni siquiera recordaba. De hecho, Papá no fue feliz en China y de su estancia allá sólo valoraba dos cosas: su encuentro con Dama y haber conocido al doctor Xuang Caiwei, una eminencia en cirugía de espina dorsal, quien había sido su tutor en la escuela de medicina de la Universidad de Nanking. De cualquier forma, platicaba su experiencia de buen grado, siempre a petición mía pues también me interesaba en China.

"Mi llegada fue desastrosa, presiento que como para cualquier occidental —reía al recordar—. La habitación que me había sido asignada en la zona para estudiantes extranjeros era una celda con suelo de cemento, paredes agrietadas de un verde nauseoso y pintas de todo tipo, hasta una jugada de ajedrez. ¡Genial! Mosquiteros agujerados y el baño hasta el fondo del pasillo (en vez de excusado, un agujero en el suelo). Contraje hepatitis al tercer día de haber llegado por comer con palillos (es mucho más difícil desinfectar la madera que el metal). Lo que nunca olvidaré es la ocasión en que salí a cenar con un estudiante etíope y otro irlandés con los que al menos podía entenderme en inglés; esa vez me sirvieron un pescado… ¡que coleteaba sobre el plato! Lo bueno es que me eché abajo los siete kilos de más que llevaba y me acostumbré a comer arroz cocido.

"China es como otro planeta para los occidentales, sin mencionar que los funcionarios y algunos ciudadanos

suelen ser hostiles con los extranjeros. Los chinos escriben de derecha a izquierda y de arriba hacia abajo; toman el vino caliente, dejan la sopa para el final, endulzan los frijoles, las novias se visten de rojo porque el blanco es signo de luto; en las cartas hay que escribir primero el código postal y hasta abajo el nombre del destinatario; las notas al pie de una tesis se colocan arriba y no abajo."

Se advertía gran actividad en el Hospital Inglés aquella mañana. Kazuyo y yo vimos arribar una ambulancia que acarreaba a dos heridos con collarín. Para variar, llevábamos detrás una nube de moscardones que asemejaban un arbolito de navidad horizontal por las lucecitas. Noté que Maty, la enfermera de recepción, se apresuraba a repintarse los labios al advertir la nube de flashes acercándose.

—¡Violeta, linda! —me saludó con la cortesía de costumbre, mostrando a las cámaras su mejor sonrisa—. ¿Qué haces por acá? ¿Y ese milagro? ¿Sucede algo?

—Necesito urgentemente hablar con papá.

—¿Le ocurre algo a tu hermanita? —Maty se olvidó de los flashes por un segundo.

—No, nada, pero a mí sí.

—¿Estás herida, cariño?

—Algo así —no se me ocurrió qué otra cosa decir. Maty se apresuró a vocear al doctor Monsalve que fue aguardado con gran expectación por los paparazzi. Cuando hizo su aparición, enfundado en su impecable

bata blanca, lograron captarlo antes de que él los echara a gritos, dándoles un discurso sobre el respeto debido al recinto que violaban en su afán por el chisme barato. Apenas los guardias de seguridad desalojaron a los paparazzi, Papá se volvió alarmado hacia mí.

—¿Qué pasa Violeta? Tengo cirugía en una hora.

—Diez minutos, papá —le supliqué—. ¡Sólo diez minutos!

Me tomó de los hombros y me condujo hasta la cafetería, no sin antes indicarle a Kazuyo que tomara algo ahí mismo mientras hablábamos. Elegimos una de las mesas más recónditas, tan lejos como fue posible de un grupito de enfermeras ñoñas que se emocionaron al ver entrar a Papá (era guapo, debo reconocerlo). Pidió un americano y para mí una malteada de vainilla.

—¿Qué es eso tan grave que tienes que decirme?

—Más bien vengo a que tú me lo digas, Papá.

Por algún motivo supo a qué me refería pues no necesitó mayor explicación. Sus ojos, a simple vista marrones, adquirieron la misma tonalidad ambarina de los de Lu.

—Esperaba que me lo preguntaras mientras jugábamos béisbol o ajedrez, o durante nuestras excursiones, o cuando te llevaba a la escuela por las mañanas. Siempre propicié la intimidad necesaria para atender cualquier duda y había llegado a creer que sabías...

—Siempre sospeché que algo no encajaba y se lo pregunté a Dama. Ella afirma ser mi madre biológica,

pero nunca ha sido contundente al afirmar que tú seas mi padre biológico porque dice que no se acuerda, y ella te ama demasiado para haberte engañado.

—En efecto, tu madre no te ha dicho más que la verdad: ella es tu madre biológica. De hecho yo asistí el parto —declaró orgulloso—. Yo fui la primera persona que te tuvo en sus manos, yo corté tu cordón umbilical. Creo que en cierto modo eso me convierte en tu padre, ¿no?

—Pero no lo eres, ¿cierto? —lo miré con enorme seriedad.

—Es mentira que tu madre y yo nos conocimos durante unas vacaciones en China. No sabíamos cómo explicarte la verdad porque es demasiado complicada para una niña. Incluso para nosotros. Pero presiento que te he estado subestimando; hablo en particular de mi persona porque Dagmar sugirió decírtelo todo desde que tenías seis años y yo me opuse. Consideré que podría afectarte psicológicamente, pero ahora me exiges que te diga la verdad y estás en tu derecho de conocerla.

—Tu madre estaba entre los heridos de Tiananmenn —empezó a narrar con voz pausada—. Ella era de esos que parecían títeres hechos pulpa. Es un verdadero milagro que esté viva. Más aún, que pueda caminar, brincar, correr y jugar. Dagmar hace que me sienta un poco dios porque prácticamente la reconstruí... Claro, bajo la supervisión del doctor Caiwei. Había recibido impactos de bala; presentaba contusiones, fracturas…

Al notar que no me alteraba un ápice, prosiguió:

—Pero el milagro no termina ahí, Violeta. Dagmar estaba embarazada. Era algo insólito. Ninguno de los médicos, ni el más viejo y experimentado que era precisamente el doctor Caiwei, daba crédito a aquel prodigio. Había sido brutalmente tratada y sin embargo había retenido al embrión. Quizá ni ella misma se había percatado de que estaba embarazada: tenía cerca de ocho semanas de gestación. Decidimos que si la naturaleza había decidido que el embarazo de aquella moribunda siguiera su curso, no teníamos por qué no procurarle lo que estuviera a nuestro alcance para llevarlo a término, aún cuando todo parecía indicar que, en caso de sobrevivir, algo que creíamos altamente improbable, sería en condición vegetal. Caiwei me hizo ver entonces que sólo era posible justificar el trato especial a un particular alegando en una carta que nuestro interés se centraba en procurar la gloria de la medicina china, de otra manera no nos hubieran proporcionado el equipo necesario para mantenerla con vida artificial.

"Pero había otro problema: se trataba de una persona no identificada. La policía estaba presionándonos para aportar información respecto a cada herido que atendíamos. ¡Y eran cientos, miles! En la justificación debíamos incluir los datos de la paciente y fue entonces que el doctor Caiwei sugirió… —bajó el volumen de su voz como si temiera ser escuchado—. Sugirió que le adjudi-

cáramos la identidad de una joven de nacionalidad costarricense que se nos había muerto en la plancha tres días antes a consecuencia de una lesión cerebral y por la que nadie había indagado hasta el momento. Era un riesgo enorme el que corríamos, pero tanto el doctor Caiwei como yo contentamos nuestro sentimiento de culpa convenciéndonos de que era en nombre de la ciencia. La joven que nos llegó con la cabeza rajada se llamaba Dagmar Obscura Ingvarsson, tenía veintidós años y estaba acreditando un máster en Economía. Guardaba ciertas semejanzas con tu madre, por lo menos las generalidades que se especifican en un pasaporte: color de pelo, color de tez, complexión y estatura aproximada. También esta muchacha usaba el cabello largo, era alta y delgada. Fueron días en los que contuvimos el aliento temiendo que, una de dos, o se presentara alguien reclamando los restos de la verdadera Dagmar, o que se nos negara el mantenimiento de la paciente y en cambio se nos exigiera desentubarla y entregarla a las autoridades. Por fortuna no ocurrió ninguna de las dos cosas.

"Creo que me enamoré de ella durante el proceso. Nunca imaginé que enfrentaría algo semejante y me maravillé de hasta qué punto Dios nos había dotado a los seres humanos de su infinito poder para dar y regresar la vida. Aquel fue mi primer gran acierto como médico, a pesar de haber contribuido al restablecimiento total o parcial de muchas de aquellas vidas (otros

tantos se quedaron en la tabla de operaciones, algunos ni con la mitad de daños que presentaba Dagmar), pues no sólo conseguí restablecer el estado original de tu madre y ayudarle mediante injertos, tornillos y prótesis (tanto el brazo izquierdo como la pierna izquierda de tu madre son hechizas) a recobrar la movilidad de sus extremidades, sino que además pude traerte al mundo en estado óptimo. Aunque esto último se lo debo a la doctora Qiaozchi, la ginecóloga que llevó el seguimiento del embarazo de Dagmar y practicó la cesárea. El día que naciste hubieron fuegos artificiales, Violeta. Fuiste noticia en todo el mundo. El bebé de la muchacha destrozada de Tiananmenn no sólo había sobrevivido a la cirugía (para entonces tu madre seguía inconciente), sino que había nacido en perfecto estado de salud, pesando cuatro kilos y produciendo el llanto más vigoroso y triunfal de cuantos se habían escuchado en el Hospital de la Universidad de Nanjing.

—¿Qué pasó después? ¿Cuánto tiempo transcurrió antes de que Dama despertara?

—Ahí viene lo más insólito —continuó Papá apartándose una lágrima con disimulo y con una pizca de arrogancia, pues se sabía contemplado por las enfermeritas—. Hacía apenas tres o cuatro días de tu nacimiento. Cualquier mujer a la que le sea practicada una cesárea no está lista para levantarse al tercer día de la intervención; ha de transcurrir, mínimo, una semana, a

veces hasta dos. El doctor Caiwei y yo nos encontrábamos en la disyuntiva de qué debíamos hacer con la bebé que estaba siendo alimentada con leche de fórmula. No podría permanecer allí más de cinco meses, el gobierno la reclamaría. Lo único que tenía claro es que la madre era una estudiante extranjera, española, rusa o francesa, que posiblemente estuviera incluida en la lista negra del gobierno, lo cual no parecía ser el caso de la persona cuya identidad usurpaba, quien había sido alcanzada por una bala perdida, mientras que tu madre presentaba toda la traza de haber estado en la Plaza de los Héroes, es decir, como manifestante. Se trataba de una situación harto delicada y yo me había encariñado contigo y con tu madre lo suficiente como para permitir que te llevaran a un orfanato. Justo ese día trataba de explicarle al doctor Caiwei que yo podía hacerme cargo de ti. Bueno, no yo personalmente porque era un pasante de veintiocho años, comprometido con una muchacha de Sonora que esperaba mi regreso para casarnos, pero estaba seguro de que cualquier mujer de mi familia, incluida mi madre, se haría cargo del bultito de mil amores. Tan empecinado estaba en quedarme contigo que casi derribaba las barreras del doctor Caiwei. La única solución para que la niña pudiera salir del país era que la reconociera como mi hija, lo que, como todo en China, implicaría un complejo e interminable trámite burocrático que podía a llegar a ser humillante. No bastaría con

presentarme en un juzgado y decir que yo era el padre; nos veríamos en la necesidad de recurrir a tretas más drásticas que implicaban falsificar documentos y mentir y mentir y mentir. Y aunque mi maestro pretendió disuadirme, al verme tan resuelto no le quedó más remedio que apoyarme. En vista de que estábamos bajo un estado policial y de que cualquiera era potencialmente sospechoso, el doctor Caiwei me brindó un consejo invaluable: "Actúe con total convencimiento de que usted es el padre de esa criatura. Sienta hacia ella todo el amor que sólo un padre responsable es capaz de experimentar porque necesitará dos cosas muy importantes para conseguir el permiso: fe absoluta en su paternidad y amor profundo por su hija. Recuerde, usted es el padre, de eso no cabe la menor duda, y todo cuanto hagamos, convénzase de ello, está dentro de la legalidad y la normalidad, así que no tema. Es eso o el orfanato".

"Y en eso estábamos cuando se me ocurrió hacerle una visita de rutina a tu madre, aunque a esas alturas ya no se trataba de una simple rutina médico–paciente, porque Dagmar se había instalado en mi corazón y en mi pensamiento, y podía pasar horas contemplándola, al acecho de alguna señal de vida, de algún leve pestañeo.

"Poco antes de entrar al cuarto donde reposaba Dagmar en medio de la sofisticada tubería que la mantenía con vida y la hacía parecer una fantástica medusa, escuché un grito y el estrépito de una bandeja al caer.

Al asomarme descubrí a la señorita Yuan, la enfermera, arrodillada ante el lecho como si acabara de presenciar un milagro y a tu madre a medio sentar con expresión de terror y confusión. Un sol espléndido inundaba aquella habitación sin muebles, dando de lleno en la espalda de tu madre. Casi caigo de rodillas también. No se había liberado de los tubos pero hacía un débil intento por zafárselos. Fui hasta ella y le supliqué en mandarín que me dejara hacerlo yo. Ella debió entenderme, así que esperó con paciencia mi intervención. Mis manos temblaban como si tuviera Parkinson. Estoy seguro de que la tensión arterial me subió por las nubes. Ella me miraba con ojos desorbitados y la cabellera cayéndole sobre los hombros igual que una cascada de tinta china contrastando con su tez, del tono exacto de la nieve.

Papá guardó silencio largo rato, pero esperé paciente a que concluyera su historia:

—Aunque pareció haber entendido que la ayudaría a zafarse de los tubos, resultó que su idioma nativo no era el mandarín sino el japonés, cosa que nos asombró muchísimo. Tenía conocimiento de una variante del chino, un chino antiguo que ella escribía y comprendía a la perfección pero que pronunciaba mal. Supusimos que sería japonesa. Quizá su madre haya sido francesa o rusa, o su padre, o sus padres, franceses, españoles o rusos arraigados en el Japón, lo que representaría un problema si se presentaba algún emisario del gobierno

para entrevistar a la supuesta estudiante latinoamericana. No había nada de japonesa en ella, no en su fisonomía caucásica, pero sí en su educación, en sus gestos. Sin embargo, nunca pudimos resolver ese misterio porque cuando despertó no tenía idea de quién era, ni de dónde venía, ni qué le había sucedido y por qué estaba inmovilizada. En efecto, habíamos retirado un coágulo del cerebro, el cual, por cierto, estaba en mucho mejor estado que el resto de su cuerpo. Volvieron a realizársele electros a los que se prestó sin la menor objeción, pero los neurólogos no localizaban lesión alguna por lo que se llegó a la conclusión de que se trataba de una amnesia postraumática, aunque un psiquiatra la denominó "estado de fuga", que suele ser temporal. El mecanismo del cerebro es tan complejo, ¡tan maravilloso!, que no es raro que bloquee o transforme los recuerdos de hechos intolerables. Pero raras veces el bloqueo tiende a ser tan radical como en el caso de tu madre, cuya memoria estaba igual que cuando formateas un ordenador. Y no requirió ser reprogramada para entender ciertas funciones básicas: comer, dormir e incluso leer y escribir. Llegó en el momento en que los médicos establecieron que ella sencillamente no quería acordarse de nada y que quizá eso fuera lo mejor pues, a juzgar por el estado en el que llegó al hospital, debe haber padecido cosas terribles. Todo ello lo detallamos en el informe con que debíamos notificar al gobierno sobre

los avances con la paciente. Aunque la circunstancia era trágica para ella, nos sería de suma utilidad para justificar la indisposición de la paciente para someterse a un interrogatorio. Y es que otro de nuestros temores era que su rostro coincidiera con el de alguien sobre quien pesara una orden de arresto. Con el tiempo aprendió a hablar el español. Yo se lo enseñé y su capacidad de asimilación era admirable. Decidí casarme con ella mucho antes de que lograra caminar por sí misma, aunque para hacerlo hubo que falsificar un papeleo interminable, pues en primer lugar no podíamos casarnos en China y en segundo, habría que regresar a mi país, para lo cual faltaban sólo tres meses. Ella era algo así como un conejillo de indias con sello de propiedad del gobierno. Tú tenías cerca de tres años cuando logramos salir, justo a tiempo para que se venciera mi plazo de estancia en China, y todo gracias a las influencias del doctor Caiwei a quien ciertos funcionarios le debían muchos favores.

—Entonces —murmuré—, ¿es verdad lo que andan diciendo de que ella no existe?

—No existe en términos legales —me corrigió con suavidad—. Pero ignoro cómo fue que descubrieron eso... ¿Quién pudo haberse tomado tiempo para rastrearnos?

Aunque yo tenía la respuesta sabía que él no me creería, así pasé saliva antes de ir directo al grano:

—Mi padre biológico, entonces, ¿es un chino?

—Todo parece indicar eso, querida.

Me llené de estupor. ¡Nunca se había referido a mí como *querida*! Era una palabrita muy de Dama.

—Por supuesto —continué con los labios resecos a pesar de la vainilla—, no tienen la menor idea de quién pudo haber sido, ¿verdad?

—Correcto —inclinó la cabeza y sus largas y oscuras pestañas le sombrearon los afilados pómulos. Sentí deseos de dibujarlo en versión manga ahí mismo.

—Bah, no importa —me encogí de hombros y di un entusiasta sorbo a mi popote—. Es imposible que sea mejor que tú. Nadie en este mundo merece ser mi padre más que tú.

Nunca habíamos hablado con tal intimidad. Papá siempre estaba entrando y saliendo, vivía con el saco o la gabardina al alcance de la mano, apenas si se retiraba la bata blanca, podían pasar días y hasta semanas sin pararse por casa, pero había cumplido como padre dentro de sus posibilidades, eso lo entendíamos perfectamente tanto Dama como yo. Pero nunca me había mirado con esa ternura que desgajaba el corazón como una naranja. (A Dama solía mirarla de forma parecida.)

—No he sido lo suficientemente bueno, Violeta. Ni para ti ni para Luisa. Mucho menos para Luisa.

—No vuelvas a decir eso, Papá —tomé sus manos con fervor—. Lu y yo somos las hijas más afortunadas

del mundo, en serio. Estoy muy orgullosa de ustedes, de mi madre y de ti, y ahora con mucha mayor razón.

¿DAGMAR OBSCURA TERRORISTA?

Mis ojos no daban crédito a los titulares del día siguiente, en los que Dama continuaba siendo la comidilla a falta de videoescándalos de políticos cogidos in fraganti al momento de guardarse fajos de billetes en el forro del saco.

A raíz de los últimos y misteriosos acontecimientos que han mantenido en vilo a la opinión pública, se ha investigado a los padres de las hermanas Monsalve Obscura. El padre, como sabemos, es un connotado traumatólogo que, pese a su juventud, califica entre los mejores a nivel mundial. No hace mucho, el doctor Luís Monsalve Serrano protagonizó una nota mucho más positiva al ser el primero en el mundo en transplantar una pierna mecánica que en apariencia, e incluso al tacto, es casi idéntica a una humana. Dicha operación se llevó a cabo en el Hospital General de la Ciudad de México a un empleado del Gobierno del D.F. que había perdido la suya durante las obras de construcción del que será el Distribuidor Vial San Antonio.

Por su parte, Dagmar Obscura, la madre, autora de cuentos para niños, ha destacado por algo más que su ingenio literario. Para empezar, sus muy comentadas extravagancias de haber transformado su hogar en una especie de templo budista o, más exactamente, templo del manga, ya que ha consentido la afición enfermiza de su hija mayor por las caricaturas japonesas. Sus vecinos dan las mejores referencias sobre ella, destacan que es una persona particularmente sensible en su trato con los niños,

pero las madres de familia del colegio al que hasta hace poco asistían sus hijas no opinan lo mismo:

"Esa mujer está loca —comenta una madre que pide no ser identificada—. En una ocasión sufrí una agresión física y verbal de su parte sólo porque le ofrecí ropa de segunda mano para su hija mayor. Daba pena ver a esa niña tan desaliñada, con los zapatos rotos y la ropa vieja, como si no fuera hija de un médico de prestigio. Lo hice con la mejor intención pero ella me empujó y me dijo que no necesitaba mi limosna."

"La señora Monsalve es una persona sumamente rara, la más rara que he conocido —comenta otro testigo que pide guardar su identidad—. No quiero decir con esto que sea mala, sino justamente eso: que es rara, ¿me entiende? Para empezar, considera que la homosexualidad es algo normal y en cambio consideraba 'indecente' que las niñas fungieran como porristas o edecanes en eventos escolares. Como que le hace al feminismo, *pero es muy raro que por un lado consienta el amaneramiento de un niño y por otro censure que las niñas participen en actividades inocentes."*

Pero lo peor no es eso, ni siquiera que no existan rastros de su existencia como Dagmar Obscura, sino que se han recibido llamadas de alerta advirtiendo que quien se parapeta tras dicha identidad corresponde en realidad al nombre de Danae Fujita, hija de un agente terrorista japonés de la Segunda Guerra Mundial y de una prostituta colombiana. Según estas versiones, Fujita se desempeñaba como agente especial de la Kenpeitai, *la policía secreta de Japón, desde los diecisiete*

años, y fue dada por muerta durante la emboscada en la plaza Tiananmenn en 1989, donde se confundió con los estudiantes. En ese momento, Fujita empleaba el alias de Valentina Nóvgoroda, impartía clases de historia y cultura del Japón en la universidad y estaba comprometida con el ministro de educación, C. Xingcun, que simpatizaba con las demandas estudiantiles. Él fue ejecutado después de ser acusado de alta traición. De ella no volvió a saberse nada pero se conjeturó que habría sido asesinada junto con su hasta hacía muy poco influyentísimo novio. No sería la primera vez que la peligrosa y hoy legendaria agente Fujita hubiera recurrido a esta estrategia para obtener información de primera mano de una fuente privilegiada, pues era una especie de Mata Hari ultrasofisticada, políglota y educada como geisha desde la más tierna infancia. Llegó a realizar misiones coordinada con la NKVD de Rusia (que le facilitó la identidad que tenía al momento de morir). Como sabemos, la policía secreta de cualquier país se caracteriza por recurrir a métodos terroristas para suprimir la sedición, la disensión y la oposición política y para reforzar el estado policial. En apariencia la Kenpeitai *es cosa del pasado pero es un hecho que han mantenido su labor de espionaje, en particular en China, Corea y los Estados Unidos. Una fotografía que se nos proporcionó de aquella mujer que contaba alrededor de veinticinco años al momento de su desaparición, casi confirma que ella y Dagmar Obscura son la misma persona.*

La mujer de la foto que acompañaba al texto, en efecto, era muy parecida a Dama, pero no lo suficiente para afirmar categóricamente que fuese ella. En ese momento no supe discernir cuáles eran las diferencias, pero ahora que analizo de nuevo esa foto que recorté con unas tijeritas de Lu, noto que las diferencias básicas estriban en el tipo de ropa, la expresión y la sonrisa. Dama nunca ha sonreído mostrando todos los dientes y no podía imaginármela siquiera tan acicalada y con joyas tan ostentosas.

Pero no fue por la mujer que recorté la foto, sino por el personaje que la acompañaba y que el pie de foto identificaba como el ministro de educación y mártir de Tiananmenn C. Xingcun, cuyo nombre coincidía con el del protector chino de la Dama Murasaki de *Tinta violeta*. No era guapo ni muy joven. Sí muy delgado y de porte militar. Su mirada, sin embargo, reflejaba bondad y sabiduría.

(Es curioso, dudaba que aquella hermosa mujer ataviada con un traje de noche blanco de cuello halter y aretes de brillantes fuera mi madre, pero ni por un minuto dudé que ese hombre fuera mi padre.)

Más tarde colocaría su nombre en el buscador Google obteniendo por resultado lo siguiente:

Chiang Xingcun (1954-1989). General y ministro de educación durante el gobierno de Deng Xiaoping y uno de sus hombres de confianza que sin embargo alentó y apoyó las protestas

estudiantiles en Tiananmenn en 1989. Fue ejecutado por alta traición junto con el secretario general Zhao Ziyang, el 9 de febrero de 1990.

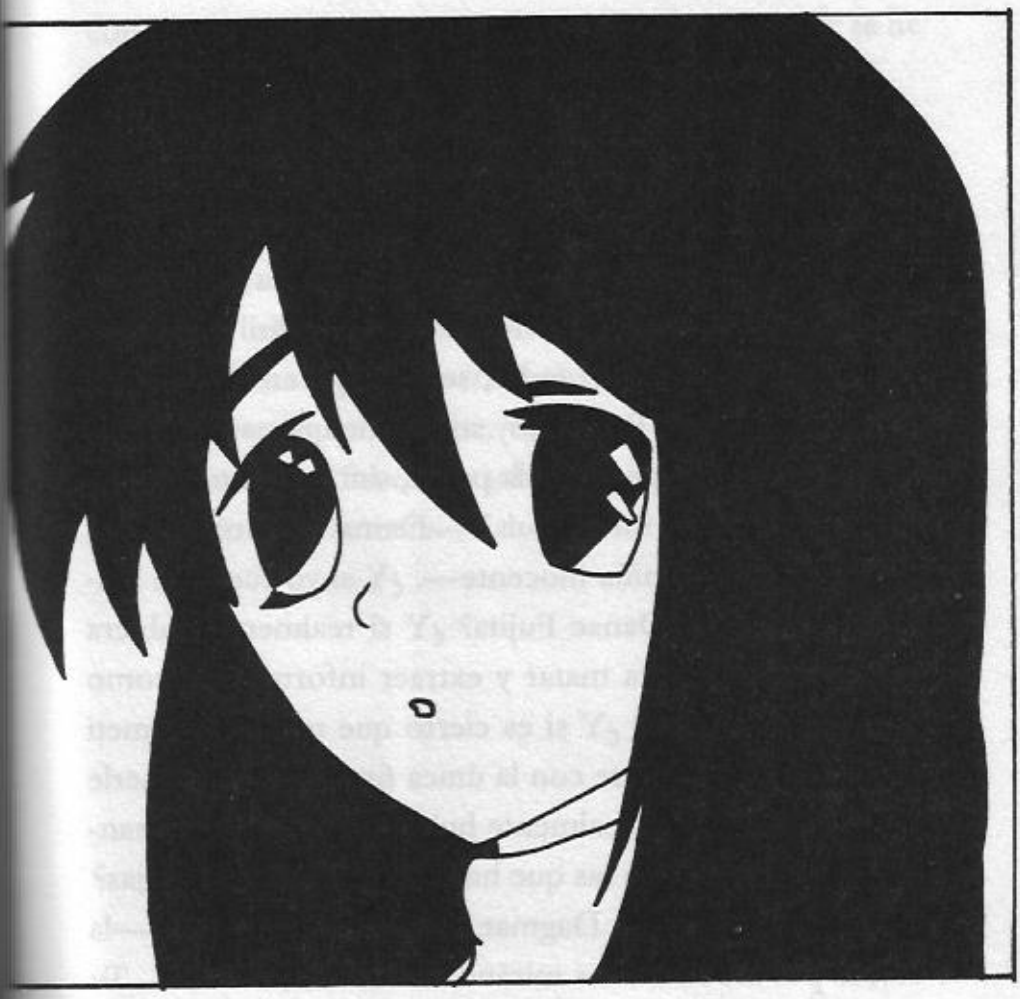
Nada dijo Dama al ver aquello, simplemente soltó el diario como si le quemara y se desmayó ante nuestros ojos. Se encontraba preparando unas galletitas de jengibre al momento de leer, traía puestos el delantal y los guantes de cocina cuando Kazuyo le puso aquel titular de *Excélsior* ante los ojos. Kazuyo, Lu y yo anduvimos dando vueltas como indios sin saber qué hacer, hasta que yo atiné a marcar el móvil de Papá, que iba camino a casa tras haber leído aquella espantosa nota. Dama apenas volvía en sí cuando él hizo su aparición. Apenas llegar, se abalanzó sobre Dama para cubrirla de besos y acarrearla en brazos hasta la cama matrimonial. Olvidaron cerrar la puerta y Kazuyo, Lu y yo permanecimos expectantes sin que repararan en nuestra presencia.

—Luís, Luís —gemía Dama—, ese periódico decía que yo…

—Por Dios, querida, la mujer de la foto ni siquiera se parece a ti. Tú eres mucho más hermosa.

—¿Y si fuera verdad? —gimió Dama mirándose reflejada en los amantes ojos de su esposo—. ¿Y si yo fuera…? —se le quebró la voz.

—¡Por supuesto que no! Eres la mujer más noble, generosa y amable que he conocido en mi vida, sólo alguien que no te conozca…



—No recuerdo absolutamente nada sobre mi pasado, Luís… *Absolutamente nada.* Pude haber sido y hecho cualquier cosa… *cualquier cosa…*

—¡Pero no una agente de la policía secreta japonesa, por favor! —rio Papá.

—Una terrorista.

—Por Dios, Dagmar.

—A menudo tengo pesadillas en las que aunque no me veo ni me reconozco presencio actos violentos, terribles… ¡Oh Dios…!

—Mi amor, tú estuviste en la revuelta de Tiananmenn. Es evidente que viviste un episodio espantoso que, aunque no lo recuerdes, se agazapa en algún lugar de tu inconciente. Pero estoy seguro de que esa violencia que sueñas no es perpetrada por ti, sino *contra ti.*

—¿Y si lo fuera, Luís? —Dama lo miró con sus enormes ojos de niña inocente—. ¿Y si yo fuera en realidad esa mujer: Danae Fujita? ¿Y si realmente hubiera sido entrenada para matar y extraer información como una vulgar chivata? ¿Y si es cierto que me comprometí con un pobre hombre con la única finalidad de extraerle información? ¿Y si realmente hubiera manchado de sangre estas manos con las que hago galletas para tus hijas?

—Escúchame, Dagmar, escúchame muy bien —la sujetó por los hombros mirándola con intensidad—. Tu pasado nunca me ha interesado. Nada de lo que hayas hecho antes de conocerte me concierne. Cualquier cosa

es tolerable, cualquiera. Lo único que no toleraría sería perderte.

—Pe… pero…

—La respuesta es sí, Dagmar. Aunque resultases ser el mismísimo Jack el Destripador te seguiría amando con la misma ternura, pasión y asombro con los que te he amado desde que te conocí.

A continuación la abrazó como si quisiera guardársela en el pecho para que nadie la molestara. Dama apoyó su cara pálida contra su hombro y se dejó abrazar con la misma intensidad con que era abrazada. Supe entonces que había llegado el momento de que nos retiráramos de la puerta. Una lágrima corría por mi mejilla. Tampoco yo dejaría de amar a mi madre.

Pero en el fondo yo sabía que no era verdad lo que decían, no exactamente.

SEGUNDO OVA

Esto que relato a continuación sí lo soñé, pero considero pertinente narrarlo porque pienso que fue un sueño hasta cierto punto profético. Considero pertinente también aclarar que lo soñé en japonés.

Dama caminaba por una calle estrecha y oscura con su larga cabellera al viento, su abrigo característico y bajo el brazo su estuche de dibujo. Ignoro por qué caminaba por ahí a tan altas horas de la noche, pero así fue como se desarrolló el sueño y los sueños no tienen lógica.

En eso alguien le salió al paso. Era la sombra de un hombre ataviado con una gabardina color gris acero, según advertí por un rayo de luna que pegó de lleno en su fino cabello castaño con mechones canos.

—Necesito hablar con usted urgentemente, señora Monsalve —le dijo el papá de Toto. Dama frenó de súbito, llevándose una mano al pecho.

—Ah, señor Fuertehijar, me asustó usted. ¿Era necesario aguardar por mí en un oscuro y estrecho callejón para hablar conmigo? ¿Por qué no me citó en algún café, por ejemplo?

—¡No hubiera podido matarla en un café, mi señora! —exclamó al tiempo que desenfundaba un arma que ni siquiera recuerdo si era una pistola, un cuchillo o qué.

—¡Así que es verdad que me buscaba para matarme! —exclamó Dama sin aliento.

—Para vengar la muerte de mi único hijo y heredero. Ya que no puedo matar a quien lo ejecutó por tratarse de una niña, he de matar a quien la ha educado para destruir.

—¿Está loco, señor Fuertehijar? Usted y yo sabemos que fue un accidente.

—Si acabo con la madre del monstruo, quizá salve a la humanidad.

El papá de Toto se dispuso a disparar o a encajar su arma blanca en el estómago de Dama, pero nunca contó con que ella poseía súper poderes, por lo que apenas si consiguió reaccionar cuando un certero puntapié le traspasó el abdomen y, por supuesto, lo hizo soltar la pistola, o lo que fuera, y arrojar una bocanada de sangre.

—Dios sabe que intenté arreglarlo por las buenas —dijo Dama ante el azorado rostro de su atacante que se doblaba por el dolor—. ¡Pero insiste en hacerme enojar!

Dama le dio entonces certeros cuchillazos al hombretón que, a pesar de su tamaño y corpulencia, no atinaba a defenderse de aquellas manos que eran finas cuchillas.

—¿Te divierte? —le pregunta Dama al bocabajeado individuo que apenas podía respirar y se esforzaba por impedir que las vísceras se le terminaran de salir—. ¿Te divierte amenazar a mujeres solas en un callejón oscuro, eh?

Dama por supuesto se había convertido en otra cosa. No era ya la madre tierna, afectuosa y aniñada que se revolcaba y gateaba con Lu y conmigo; era un sofisticado anime cuya negra cabellera ondeaba vengativa con ademanes a un tiempo encantadores y letales. El hombre aquel la miraba hacer entre bocanadas de sangre, suplicando piedad con la mirada.

Los enormes ojos negros de Dama, rasgados por la perversidad que se había instalado en ellos, brillaron más intensamente cuando con uno de los tentáculos afilados que habían brotado del interior de su abrigo, remató a su atacante cortándole limpiamente la cabeza mientras dejaba escapar la más terrible carcajada que escuchara jamás.

Justo entonces desperté en mi tienda con la frente y los labios perlados de sudor, el corazón fuera de órbita y un "Noooo" fuerte y seco atorado en la garganta. Murmuré el nombre de Sensei, una, dos, tres… diez veces. No acudió a mi llamado.

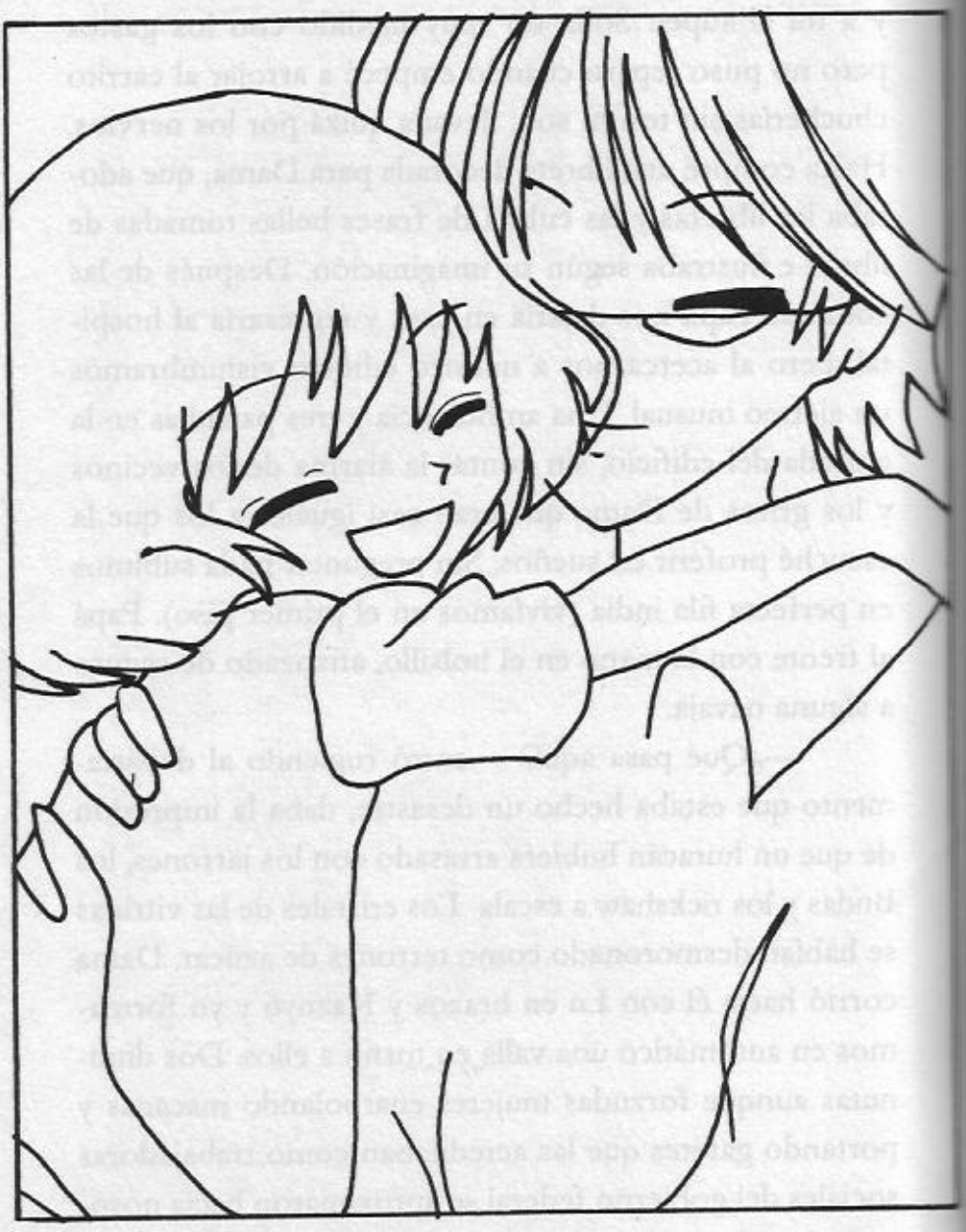
Eso me sacaba por leer *Elfen Lied*, clasificada para mayores de quince años, a escondidas de Dama.

PARTE III

交各想康播意

Al día siguiente Papá se ofreció a llevarnos a Kazuyo y a mí al súper. Solía ser muy medido con los gastos pero no puso reparo cuando empecé a arrojar al carrito chucherías sin ton ni son, llevada quizá por los nervios. Hasta compré una libreta decorada para Dama, que adoraba las libretas y las cubría de frases bellas tomadas de libros e ilustraba según su imaginación. Después de las compras Papá nos dejaría en casa y regresaría al hospital, pero al acercarnos a nuestro edificio vislumbramos un ajetreo inusual. Una ambulancia y tres patrullas en la entrada del edificio, sin contar la alarma de los vecinos y los gritos de Dama que eran casi iguales a los que la escuché proferir en sueños. Sin preguntar nada subimos en perfecta fila india (vivíamos en el primer piso). Papá al frente con la mano en el bolsillo, afianzado de seguro a alguna navaja.

—¿Qué pasa aquí? —entró rugiendo al departamento que estaba hecho un desastre, daba la impresión de que un huracán hubiera arrasado con los jarrones, los Budas y los rickshaw a escala. Los cristales de las vitrinas se habían desmoronado como terrones de azúcar. Dama corrió hacia él con Lu en brazos y Kazuyo y yo formamos en automático una valla en torno a ellos. Dos diminutas aunque forzudas mujeres enarbolando macanas y portando gafetes que las acreditaban como trabajadoras sociales del gobierno federal se aproximaron hacia nosotros en actitud fanfarrona.



—¿Qué buscan en esta casa? —porfió Papá, sin reparar en sus gafetes. De algún lugar salió el oficial Garduño, el "pareja" del oficial Moreno, rascándose la cabeza con cierta desesperación.

—Por favor, doctor Monsalve, no nos haga más penoso este trabajo. Las señoritas traen orden judicial de llevarse a Lulis a un lugar seguro mientras se aclara lo del pequeño Toto y también lo de su mamá —dirigió una mirada sabihonda a Dama que abrazaba a Lu con todas sus fuerzas.

—¿Qué? —rugió Papá, abrazándolas—. ¡Primero me cortan los testículos que tocarle un pelo a mi mujer o a mis hijas!

—¡No nos tiente, doctor Monsalve! —cacareó una de las urracas oxigenadas, sin dejar de hacer malabares con sus macanas—. ¡Su léxico no contribuye a que creamos que se está cometiendo una injusticia con una decente familia mexicana! ¿O, he de decir china-mexicana? —y me miró con ojos cargados de malicia. Un rubor furioso abrasó mi cara. En medio de mi furia me fijé en los enormes gafetes que las urracas portaban en el pecho: una era Tinoco y la otra Henríquez. No se apellidaban igual pese a su enorme parecido.

—Esperábamos hablar con usted antes de determinar llevarnos a la criatura —le explicó Henríquez a Papá—, pero nada hay aquí que nos haga suponer que sus hijas se desenvuelven en un ámbito, er… *Normal.*

—¿A qué se refiere con normal, señorita… er… Henríquez? —Papá las miraba como a cucarachas, lo cual no contribuiría a suavizarles el corazón, si es que tenían—. ¿A que en vez de perrito y gatito tenemos una tortuga? ¿A que mi hija mayor prefiere a *Master Higo* que a las princesas de Walt Disney?

—Doctor Monsalve —resopló Tinoco cuya mirada de insecto abarcaba burlona aquel curioso cuadro familiar, con Kazuyo y conmigo cercando a Papá, a Dama y a Lu—, su señora acaba de romper una mesa por la mitad con su sola mano; ha provocado todos estos destrozos… *con la mente*. O eso o el diablo se ha instalado en esta casa… con tanto Buda.

—¡Estamos en un país libre! —ladró Dama—. ¡Con libertad de credo!

—Señora Monsalve —habló el oficial Garduño con tono cansado—, le suplico que no se resista más. Mire, dése de santos que no me la llevo detenida ahora mismo por tratar de impresionar a la autoridad con sus dotes paranormales. Por lo que acaba de hacer podrían encerrarla.

—¿Encerrarme por destruir mis propios jarrones? —se mofó Dama en medio de su angustia.

—Por agresión a un funcionario. Usted está bajo investigación policial, señora, y, como le acabo de decir, no podrá salir de la ciudad y mucho menos del país hasta que el asunto de sus papeles no se aclare. Es preciso retirarle en tanto la custodia de la niña hasta nuevo aviso.

—¡No entiendo un carajo! —bramó Papá.

—Mire doctor —dijo Garduño al borde del bostezo—, la máxima autoridad ha decidido que la pequeña debe ser trasladada a un lugar donde reciba asistencia *médica*, ¿me entiende? —como Papá sacudiera con fuerza la cabeza, agregó en medio de un profundo resoplido—: Es urgente realizarle una serie de exámenes para determinar el nivel de daño psicológico, que debe de ser profundo. No podrá recuperar a la criatura mientras no se le realicen estos estudios y se compruebe que la madre está apta para continuar haciéndose cargo de su crianza.

—Justo ahora venimos de la terapia —sollozó Dama y hasta entonces noté que Lu llevaba puesta su correa todavía—. ¡Pueden solicitar sus expedientes cuando gusten! ¿Quieren el teléfono del doctor Mendieta? ¿De la doctora Perla Domínguez?

Tinoco y Henríquez, que seguramente no tenían hijos (ni madre), se miraron entre sí con una mezcla de burla e impaciencia.

—Los exámenes deben realizarse en una entidad pública y federativa, seño. Ustedes, como gente de dinero y con las influencias del doctor en el ámbito *medicinal*, no tendrían dificultad para falsificar los expedientes de la niña.

—Eso sin contar que usted es sospechosa de haber falsificado sus propios papeles —terció Tinoco, a lo que Henríquez agregó:

—La niña tiene que estar bajo resguardo del Estado hasta nuevo aviso, no se hable más.

—Es probable que volvamos por la grandecita —dijo Tinoco con maldad, mirándome con sus ojos de insecto—. Si la chiquita está dañada, es probable que la grande también, incluso que representen un peligro para la sociedad. Por fortuna para ustedes se nos especificó que sólo a la chavita, aunque en caso de que la madre siga poniendo resistencia estaríamos en nuestro derecho de cargar con la chava también.

La amenaza era más que clara: lo único que conseguiría impidiendo a esas urracas llevarse a Lu sería que me llevaran detenida también. Estoy segura de que para Dama fue como arrancarse el corazón al tener que entregar a su bebé a aquellas güeras con finta de boxeadoras retiradas.

—Mi amor —Papá abrazó a Dama con toda su alma—, no tenemos alternativa por ahora, pero ya mismo llamo al licenciado de la Concha y verás que en cuestión de horas recobramos a Lu.

—Yo no estaría tan segura —se jactó Tinoco mientras forcejeaba con la niñita que era muy fuerte—. Se trata de un asunto muy delicado. Es muy probable que requiera de su abogado pero no para "salvar" a su hija, porque somos precisamente nosotras quienes la estamos salvando. Su señora lo necesitará más, jejeje —ya Lu le había desbaratado el chongo a la otra y le había

arrancado el gafete azul y blanco a la habladora. Estaba en verdad asustada y furiosa. Pero ya iban equipadas como para amagar a una fiera escapada del zoológico y a Henríquez le bastó ensartar una aguja en el brazo de mi hermanita para que ésta cayera fulminada. Papá rugió indignado pero el oficial Garduño le recordó que no le convenía hacer ni decir nada, por el bien de las niñas. Dama volvió a desmayarse, quizá de impotencia.

Esa noche, recluida en mi tienda sin que nadie me prestara atención —Papá consolaba a Dama y Kazuyo lloraba a pierna suelta la muy sensible ausencia de Lu—, coloqué el nombre Danae Fujita en el Google. No salió una sola fotografía de la verdadera Danae sino de Angelina Jolie caracterizándola en un filme en 1999. (¡Se parece más a Dama que la Fujita!, pensé sorprendida.) Los textos no ahondaban mucho en la trayectoria de la denominada espía-agente-policía-prostituta y se guiaban más por la ficción creada en torno a su figura, que ni siquiera podían jurar que no era un simple mito. Como en el caso del ministro chino, solo Wikipedia ahondaba un poco más al respecto:

Danae Fujita (¿1965?-¿1989?). Mítica agente de la Kenpeitai. Muy poco se sabe de esta mujer que ha inspirado una película tremendista del director Guy Ritchie. Según la ficción, esta agente mezcla de latina y japonesa, portadora de

docenas de alias, se casó con un ministro chino (interpretado por el actor japonés Ken Watanabe) bajo la identidad de una maestra rusa con el fin de extraerle información sobre una supuesta alianza entre los gobiernos de China y Corea para cometer un atentado terrorista contra Japón. Pero el funcionario de nombre Chiang Xingcun no sólo no sabe nada al respecto, sino que además resulta ser un hombre encantador del que Danae se enamora al grado de traicionar a su gente, inmolándose a continuación en la plaza Tiananmenn tras la captura de su esposo, acusado de haber azuzado la revuelta estudiantil de 1989.

—¡Qué velgüenza, Mulasaki!

Salté asustada al escuchar mi nombre japonés y cerré torpemente la laptop. No, no soñaba. Estaba bien despierta: frente a mí, al interior de la tienda, sentado en postura de loto, Arigato Sensei movía su calvita con desaprobación mientras contemplaba analítico una de las máscaras de Dama, la de Akojou que representa a un viejo malvado.

—¡Sen…! —exclamé y él me hizo la seña de que guardara silencio.

—¿Sel posible que cleel cuentos chinos, eh, chan? —me apremió en voz muy baja, calándose la máscara—. Ni tu padle se la cleyó, vamos. Sí, no me miles así. ¿Quelel convencelte de que bonzo actol, cantante y guelelo no sel sueño? ¡Toca! —me extendió un brazo huesudo.

—¿No se supone que quien debe pellizcarse soy yo misma?

—Anda, te digo que pellizcal. ¡Mala hija!

Así lo hice y con absoluta claridad experimenté la aparente fragilidad de sus huesos.

—He venido a destluil de una vez pol todas incledulidad tuya —me dijo después de que lo pellizqué sin que mostrara el mínimo dolor—. Todo este tiempo habel cleído que soy sueño, que Cho es sueño, que tú misma selo. Pues no, chan, soy tan veldadelo como tú, como madle telca, como padle doctol, como hermana AS. Como Junikida-san —realizó una profunda reverencia al mencionar el nombre de su creador—. Pol desglacia pala Dama y pala Mulasaki-chan, no es un enemigo solo el que estál lidiando. No sólo demonio. Es también esta sociedad absulda en la que han caído. Sociedad calente de imaginación que no tolelal lo difelente, tampoco lo impledecible, lo fuela de lugal; hace siglos peldió capacidad de milal lo evidente polque han dejado que otlos milen pol ellos y decidan pol ellos lo que vel, lo que cleel y lo que entendel. Estal celados como mulalla a voz inteliol. Y los que no, pasal por tolmentos similales a los que estal pasando hoy familia. Voz inteliol ha quelalo sepultada bajo nefasto colo de voces que dilige estas vidas sin fundamento desde caja bobísima, bah.

—¿Vas a regañarme porque veo demasiada televisión?

—Oh, Mulasaki-chan, no sel lo mismo: tú sentilte cómoda con animes polque sel tu mundo, no polque seas idiota. Es como milalse en espejo pala ti.

—¡Mira! —le mostré orgullosa una caricatura que acababa de hacer de Papá en versión manga. Sensei la contempló con ojillos críticos y legañosos.

—Bah, palecel monito de Naoko Taekuchi.[20]

—¿Tan abusivamente cursi te parece? —gemí.

—Mila, chan, no sel momento pala discutil soble alte manga. ¿Por qué en vez de buscal pasado de supuesta madle, no ponelte a pensal en salval a Cho-chan?

—¿La ha pasado muy mal Cho? —le pregunté con sincera preocupación.

Arigato Sensei demoró unos segundos en responder:

—No habel estlabecido contacto contigo pol simple y sencila razón: pelmanecel dolmida, así no podlán estudiale celeblo. Me temo que a mujel foltachona habel pasado la mano con somnífelo. En lealidad calecen de sofisticación en ese holible lugal hediondo. En un hospital equipado con tecnología japonesa podlían monitoleal sueño de Cho, pelo eso selía peol polque si penetlal sueños de Cho-chan llevalíanse bonita solplesa. ¡El pletexto ideal pala mantenela en cautivelio!

—¿Qué hacemos, Sensei?

—Mulasaki-chan, mí no sel un dios sino simple bonzo que podel hablal de lo que intuil y aconsejalte a paltil de sus pobles conocimientos, namás.

(20) Creadora de Sailormoon.

—¿Y qué me aconsejas?

—Estal casi compenetlados pelo tu falta de confianza hacia mi existencia intelumpe constantemente puente psíquico. Sel como ladio mal sintonizado, paque entendel. Mi consejo, aplovechando que en este momento tu confianza sel plena y absoluta, es que no te apaltes de tu madle, no pelmitil que salil sola bajo ninguna cilcunstancia. Ella sólo sel fuerte mientlas tú o Cho, y de pleferencia ambas, están celca suyo. Si enflental sola peliglo estalá vulnelable como cualquiel mujel de flágil salud. La vibla de Cho cuando llegal víbolas pol ella, la dilecta tlansmisión de su miedo, hizo a Dama rompel mesa de puñetazo. ¡Plovocal coalición de Budas! Si ustedes no llegal en ese momento, hablía asesinado sin piedad a víbolas lubias. Y qué bueno que no hacelo. Te asegulo que Dama estal plepalada pala dales muelte ahí mismo —y a continuación de puso la máscara y canturreó—: *Ignolo el polvenil de la flol que ablilse, amenaza de las clueles colinas.*

—¿Significa eso que nuestra cercanía le devuelve sus poderes?

—En caso de peliglo o de liesgo, sí, así es, del mismo modo que la celcanía de padle doctol tuyo anulalos pol completo.

—¿Qué quieres decir?

Sensei volvió a hacer una larga pausa antes de agregar:

—Tu padle amal a Dama como poseso. Pero ese plofundo amol cleal entle ambos situación de empatía total que volvela fatalmente humana, igual que él, así que no confial en más homble de la casa que tú, Mulasaki-chan. ¡Tú sel homble de la casa ahola!

Papá se levantó casi de madrugada al sonar "el maldito beeper" donde se le alertaba de una emergencia. Yo no había pegado un ojo en toda la noche por lo que escuché con claridad el pi-pip-pi-pip-pi-pip y la prisa con la que *Otoo-san* se vistió sin siquiera ducharse. Todavía se dio tiempo para garrapatear un recado que clavó en la pizarra de corcho, sobre la mesita del teléfono. "Mi adorada Dagmar, regresaré apenas resuelva un problema que ha surgido en el hospital. Recuerda que las amo, las amo a todas incluyendo a Kazuyo. Cuídense mucho por favor. LM."

Apenas Papá hubo cerrado la puerta, escuché un ajetreo furtivo en la habitación matrimonial. Al parecer Dama se había levantado con dificultad, pues derribó algunos frascos mientras se colocaba el abrigo. Casi me parecía verla. Recordé entonces la instrucción de Arigato Sensei. *No te apaltes de madle, no pelmitil que salga sola bajo ninguna cilcunstancia.*

—¡Voy contigo Dama, voy! —exclamé al verla descolgar las llaves para abrir la puerta y salir envuelta en su abrigo como talega de arroz.

Dama se volvió a verme y sufrí un sobresalto. Su mirada no era la misma aunque sus negras pupilas se inundaron de amor maternal apenas posarse en mí. Les faltaban serenidad y lucidez. Parecían profundos pozos violáceos donde la única expresión descifrable era la de las fieras prestas a defender a sus cachorros. Parecía al borde de la extinción o de la desaparición. Me dolió el corazón verla así.

—¡No puedo dejarte ir sola! —me abracé a su cintura que podía rodear con ambos brazos y todavía me sobraba espacio—. ¡También yo te amo sin importarme quién hayas sido!

—¡Murasaki! —mi nombre se le desmoronó en los labios a Dama como si cada letra fuera un pétalo y ella una flor. Me envolvió en protector abrazo y lloramos un rato en silencio—. Tenemos que salvar a Cho, Murasaki, tenemos que salvarla.

Asentí con la cabeza. También yo me coloqué una chamarra encima del kimono y salimos embozadas y sin hacer ruido. Dama ya había solicitado un taxi que nos esperaría a la entrada de la farmacia, a una cuadra. Eran las 5:30 a.m y el oficial Garduño dormía con las muelas rellenadas al aire dentro de su unidad. Si alguien lo alertaba respecto a nuestra salida, podríamos ser objeto de pesquisa policial al cabo de unos minutos pero Dama ya no medía consecuencias. Ni yo tampoco.

—Dama —le dije cuando ya habíamos abordado el taxi—. Dama, escúchame por favor.

Ella se volvió a verme con rara atención. Siempre me escuchaba muy atenta, pero esta vez casi horadaba mis pensamientos con su mirada.

—No te apartes un segundo de mí —le supliqué—. Pase lo que pase, sólo juntas nuestros poderes se sostendrán.

—¿Nuestros poderes? —susurró Dama con extrañeza.

—No me preguntes nada, por favor —estreché con fuerza su mano—. Confía en mí como yo siempre he confiado en ti, es lo único que te pido. ¿Sí, Dama?

Por toda respuesta me rodeó con sus brazos, transmitiéndome su fe en mí. Justo entonces empecé a escuchar el llanto de Cho que había logrado establecer contacto conmigo:

Murasaki, sácame de aquí, por favor. Por favor, ven pronto… ¡pronto!

Vamos para allá, Cho —le respondí en mi mente—. Resiste, Dama y yo vamos ya…

Apenas pagar la tarifa del taxi, Dama y yo nos precipitamos a la entrada del Hospital Infantil donde tenían detenida a Lu y la seguí directo a la ventanilla de información. Pese a tambalearse de debilidad sobre los elevados tacos de sus botas, el paso de Dama era tan firme como de costumbre.

—Señorita, disculpe.

Aunque era temprano, la enfermera de la recepción chismorreaba a pierna suelta por teléfono de espaldas a nosotras y no atendió a Dama hasta que concluyó la conferencia con su novio. Apenas reconocer a Dama, o al fantasma de Dama, palideció.

—Di… ¿Dígame? —dijo mientras tanteaba el botón de emergencia. Dama, que pareció no percatarse de este movimiento, le habló con su dulzura característica:

—Mire señorita, soy la mamá de la niña Luisa Monsalve Obscura —¡como si no lo supiera todo mundo!—. Necesito hablar con el director para plantearle la necesidad de sacar a mi hijita de aquí. No existe un motivo sólido por el cual me hayan desprendido de mi chiquita.

Por más que yo trataba de alertar a Dama respecto a la maniobra traicionera de la enfermera, ella permanecía con la atención fija en la mujer trémula como una gelatina que se esforzaba por sonreír. Ni una palabra le arrancó a la pusilánime recepcionista hasta que una voz resonó a nuestras espaldas:

—Seño, le suplico de la manera más atenta que se retire a su casa. Por favor, si arma un escándalo me veré en la penosa necesidad de esposarla y detenerla.

Dama y yo nos volvimos al unísono hacia aquella voz casi querida. "Oficial Moreno", lo saludó Dama como si se tratara de un encuentro feliz. Algo en su actitud no era normal. Era como si se moviera en otra dimensión

donde el peligro no existiera. "Qué gusto encontrármelo por acá, oficial. Mire, estoy tratando de convencer a la señorita de que me permita hablar con el director de la institución y..."

El oficial Moreno endulzó su tono y me pareció que sus ojos se llenaban de lágrimas al detectar lo mismo que yo: Dama estaba fuera de sus cabales, aunque pareciera tranquila y alegre.

—Todo esto es un error burocrático, oficial —balbucía ella—. Vengo a aclararlo todo. Lo de mis papeles y todo eso, quiero decir... Para que me devuelvan a mi niña que ha de estar sufriendo.

—Criatura, se ve usted muy mal y además está arriesgando a su otra niña —le dijo el oficial Moreno con voz cascada—. Le suplico regrese a su casa. Mire, tiene que entender. *Tiene que entender*... Su presencia aquí, lejos de beneficiar a la criaturita, la perjudica. Mire, ella está muy bien, nada le sucederá.

Nada borraba el semblante semi idiotizado de Dama, quien siguió hablando de papeles, de burocracia y de recuperar a su hijita; del doctor Asperger, de mangas y de inocencia. Cho seguía llorando y suplicando que la rescatáramos sin que nadie más que yo se percatara. Era necesario actuar y Dama no parecía estar en condiciones, así que aprovechando el alboroto que se había formado en torno a ella y que el oficial Moreno se esforzaba por contener a los guardias de seguridad, me escabullí discre-

tamente hacia el área donde Cho, a juzgar por sus llantos, estaba siendo maltratada.

Perdóname, Sensei, perdóname. Me dijiste que no me alejara de Dama, pero la vida de mi hermanita está en juego y Dama no reacciona… no reacciona… ¡está ida!

Localicé el recinto como si tuviera un mapa del lugar en el cerebro, dejándome guiar por la angustia de mi hermanita que se intensificaba dentro de mi pecho conforme me acercaba. Al final de aquel pasillo medio desierto, una llorosa Cho les hacía ver su suerte a un equipo de neófitos disfrazados con bata blanca. Digo "disfrazados" porque unos auténticos pasantes de medicina no podían estar insultando a una niñita como hacían esos desalmados. "Esta hijita de la chingada es más escurridiza que un pez", decía uno. "Lo que la mocosa necesita es una tanda de reatazos", decía una mujer con desagradable acento. "A ver tú, Nicanor, sujétala. ¡No puedo creer que un fortachón como tú no pueda atrapar a una estúpida niñita!"

Miré por la puerta entreabierta y experimenté un enojo profundo y asfixiante al verlos desplazarse detrás de Cho que se escurría de un lado a otro como el fantasmita Gasparín con una rasgada bata blanca y despojada de sus hermosos rizos. ¡La habían rapado!

—Ya verás bestezuela —la amenazó uno de los "pasantes" que parecía empleado de una perrera—. ¡Después de la lobotomía no querrás moverte ni para agarrar un caramelo!

Lobotomía. Una fuerza extraordinaria invadió mi cuerpo como una corriente eléctrica. *Sabía* lo que es una lobotomía. ¡Querían convertir a Cho en repollo! Por supuesto, no lo podía permitir.

—¡Hey ustedes! —entré gritando en japonés con los puños en alto. Por supuesto que no me había propuesto hablar en otro idioma que no fuera el español. La persecución cesó de modo abrupto. Cho corrió directo a mis brazos como si me hubiera estado esperando y se sujetó a mi cintura temblando.

—¡Pero si es la chinita, y hablando en su idioma! —espetó el perrero disfrazado de médico—. ¿Cómo entraste aquí? ¿Moviste tus influencias?

—Soy la hermana mayor de Cho —me presenté henchida de orgullo y en un japonés que fluía libre y contra mi voluntad—. ¡Y vengo para llevármela a casa!

—No te entendemos ni madre, déjate de payasadas, escuincla —exclamó la vulgar doctora, no muy distinta a Tinoco o a Henríquez, a quien yo miraba como a través de un plasma, lo mismo que a sus compinches. Cuando advertí su intención de arrojársenos en pelotón detecté con el rabillo del ojo una mesilla rodante con una serie de frasquitos y demás instrumental y sin saber siquiera qué contenían procedí a arrojarlos cual proyectiles y Cho me imitó. Uno de los frasquitos le dio de lleno en la cara al perrero quien se la cubrió en medio de un espeluznante grito de dolor, mientras que a la doctorcita y a

otro de los perreros los sacamos de combate con certero puntapié en las espinillas y en los bajos, respectivamente. (Esto último no me lo enseñó Sensei, sino Kazuyo: "¡Cuando quieras defenderte de un tipo, golpéale 'allá' onde hacen pipí".)

Insisto: no sé cómo le hice, menos entiendo cómo Cho, tan pequeñita, consiguió descontar a la doctorcita con finta de abortera, pero lo cierto es que nuestra mutua cercanía nos había cargado de fuerza sobrehumana. En cuestión de segundos habíamos sacado de la jugada a esos montoneros. Cho se colgó a mi cuello y con ella a cuestas como un chimpancé eché a correr derribando enfermeras, enfermeros y otros curiosos, dejando a mi paso dos frascos de suero convertidos añicos y rastros de desabridas gelatinas dizque de limón con las que dizque alimentaban a los enfermitos. Lu me inyectaba fuerza pero no tanto como las que nos inyectaría Dama de incorporarse a nuestro equipo. Parecía tener alas o patines aun con el peso de mi hermana colgada como collar, más ligera aún, como llavero. No pude reprimir un jactancioso *¡iujuuuu!* deseando que Marcos y Rodrigo pudieran verme, salvando a mi tonta hermana.

—Nos salvamos mutuamente, tonta —refunfuñó Cho, también en japonés.

Casi a punto de alcanzar la salida, las puertas se bambolearon con violencia para dar paso a Dama con el abrigo y el pelo igual que si hubiera forcejeado con un luchador de zumo. Era una heroína anime.

—¡Murasaki!, ¡Cho! ¿Están bien? —preguntó en japonés.

No hubo tiempo de responder porque detrás de Dama venía un tropel de guardias apuntándole con sendos rifles, mientras que a nuestras espaldas los reanimados pasantes, excepto el que había recibido el frascazo en la jeta, pretendían abalanzarse sobre nosotras, derrapando con los trozos de gelatina verdosa.

Justo en el momento en que uno de los policías se disponía a disparar sobre Dama y los pasantes parecían próximos a su botín, es decir Cho y yo, algo sucedió…

TERCER OVA

Un corto circuito hizo parpadear las luces, y varias se apagaron por completo. Los pasantes se detuvieron en seco, chocando entre sí, espantados. En ese momento ni Cho ni yo supimos qué era pues teníamos los ojos fijos en ellos, pero al percatarnos de que algo horrible los había parado en seco, nuestras cabezas giraron despacio hacia donde apuntaban los tres desorbitados pares de ojos. ¡Dama se había transformado en una enorme mariposa que también había helado de terror a los guardias!

"Dios mío —me dije abrazando a Cho—, esto no es producto de la imaginación de Jinzaburo Kunikida. ¡Dama Murasaki nunca se transformó en mariposa! ¡Soy yo quien ha producido esa mutación!"

—Tú y tu tonta imaginación —gimió Cho sepultando su carita en mi cuello.

Aunque la imagen de la enorme mariposa resultaba pavorosa a simple vista, dejó de serlo conforme nuestros ojos se adaptaron, primero, a la encandilante gama de colores de sus alas de textura más escamosa que aterciopelada, negras con porciones rosadas y franjas de ojitos en tonos violeta y crema, pero sobre todo, cuando comprendimos que "eso" nunca nos haría daño pues éramos sus crías (¿o debiera decir *gusanitos*?). Comprendí también por qué Dama había empezado a asemejarse a una cigarra; su abrigo había sido una especie de capullo

bajo el que ocultaba su colorido. La mariposa resintió un balazo en una de sus alas pero de inmediato expulsó un aguijón alargado y fino como estilete que se afianzó a la cara del más bravucón de los guardias (el único, porque los otros cuatro habían puesto pies en polvorosa). El policía ni siquiera pudo gritar pues, aquella ventosa lo tenía cogido por las facciones y parecía estárselas retorciendo sin darle oportunidad de respirar. (Meses después leería en Wikipedia que las mariposas han desarrollado un tubo capaz de succionar líquidos y que se enrolla en espiral, llamada *espiritrompa*, y que los ojitos de las alas cumplen la función de ahuyentar a los depredadores. Por eso constituyen la parte más aterradora de su fisonomía.)

A continuación la mariposa dirigió sus inmensos ojos de madre ofendida hacia los pasantes petrificados, realizando amenazadores ademanes con sus patas largas, finas y peludas que al restregarse emitían un sonido muy similar al que Cho solía hacer con la boca. Por instinto nos replegamos contra la pared para dejarla pasar y la doctorcita no logró esquivar la espiritrompa que le perforó la cabeza y le libó el cerebro, mientras que al otro perrero Dama le rebanaba la cabeza con una de sus seis patas con las que podía realizar varias maniobras a la vez.

—¡Salgan! —me pareció escuchar la voz de Dama, proveniente de la panza de la trémula mariposa que chorreaba sangre de una de sus alas—. ¡Salgan pronto!

Confiada en que con sus súper poderes Dama no podría ser derrotada, tomé a mi hermana de la mano y corrimos a través del pasillo en medio del pánico desatado que veíamos al otro lado del plasma. Al parecer se había generado un incendio con el corto circuito y estaban desalojando el edificio.

Al salir de aquel lugar donde un fuerte olor a sangre, vómito y chamusquina se mezclaba con los aromas típicos de los hospitales (alcohol, bilis, eucalipto, suero y gelatina de moco) y sentir en la cara el golpe del sol, me pareció (aunque es más probable que haya sido mi imaginación de nuevo) que un tropel de niñas y niños japoneses nos recibían entre vítores y aplausos, aunque sin trasponer el plasma. Cho y yo rodamos exhaustas como si nos cortaran las alas. Ya nadie se ocupaba de Dama ni de nosotras, sólo de escapar del fuego que era apenas humo negro y denso.

—¡Dama! —pronuncié el nombre en voz alta mientras Cho y yo luchábamos por reponernos—. *Okaasan*, ¿dónde estás?

Pensé en introducirme de vuelta al edificio pero no hubo necesidad. En ese preciso instante vi salir a Dama trastabillando, con el rostro cubierto de tizne, la trenza hecha gajos, sin abrigo y cubriéndose con la mano derecha el hombro izquierdo que sangraba profusamente. Parecía confundida, muy confundida. Quienes huían la hacían de lado para abrirse paso pero permane-

cía afianzada al pasamanos. "¡Mamá, mamá!", la llamé olvidándome de su nombre secreto. Lu y yo intentamos correr hacia ella pero la muchedumbre de curiosos nos estorbaba. Nos sonrió desde donde estaba al reconocernos entre el gentío.

Ya no había plasma de por medio.

El desesperado grito de alerta de Papá a nuestras espaldas y una detonación lejana rasgaron el aire e hicieron esparcirse al gentío. Nunca se me ocurrió suponer que el proyectil iba directo a la espalda de Dama hasta que escuché otro desgarrador grito de Papá que tuvo que ser asistido por el taxista que lo había llevado hasta el lugar de los hechos. Mis ojos estaban fijos en los de Dama cuando su frágil cuerpo se cimbró por el primer impacto. El segundo la hizo rodar escalera abajo. Yo grité. Creo que Lu también.

—Todo está bien, pequeñas —nos decía el oficial Moreno abrazándonos—, está bien, está bien, fueron muy valientes.

Por un momento pensé que había sido él quien disparó sobre Dama, pero después supe que había preferido hacer perdediza el arma antes de verse obligado a usarla contra nuestra madre, lo que justificaría el afán de sus superiores por jubilarlo. Tampoco había sido uno de los guardias que habían huido despavoridos. Papá se dejó caer atónito junto a Dama que se sacudía en el suelo. Justo lo que el oficial Moreno no quería que viésemos:

la agonía de nuestra madre. Había recibido tres impactos en total, el primero en el hombro, otro en la espalda y un tercero que le atravesó el pulmón. Su asesino aún no daba la cara. Papá la envolvió amorosamente en sus brazos, cubriéndola de tiernos besos sin importarle en lo absoluto impregnarse de tizne y sangre, mientras el cielo ennegrecía a causa de la humareda que salía de los hornos del hospital.

—Per… perdóname… —escuché decir a Dama mientras agonizaba en los brazos de Papá, el hombre que amaba, el único, al menos en esta existencia.

—¿Perdonarte? —gimió Papá—. ¿Perdonarte de qué, tontita?

—Tú… no… entien…

—Te amo, Dagmar, te amo —sollozó Papá consciente de que esta vez no podría asirse a ella.

—Te amo —respondió Dama antes de quedar con la mirada para siempre fija en la de nuestro padre.

Fue hasta entonces, avisado acaso por los desesperados sollozos de Papá, que de entre los matorrales salió el asesino de labios mortuoriamente secos y violáceos, arrojando el arma que nunca quise ver y tendiendo los brazos hacia el oficial Moreno que no traía pistola pero sí esposas prestas a cumplir su último arresto.

—Léame mis derechos, oficial —dijo con extraordinaria firmeza el papá de Toto, transformado en máscara de cera. Justo en ese momento llegaba un ca-

mión del ejército del que brincaron soldaditos armados hasta los dientes, cubiertos con máscaras antigases y que iban por "el monstruo". Demasiado tarde, para variar, y por fortuna.

La mariposa había emprendido el vuelo.

EPÍLOGO

Procura que no se lleve lo mejor de ti.

El mayordomo, que se presentó como Doppo, me recibió con una profunda reverencia en el interior de aquella majestuosa residencia. El salón estilo occidental daba a un estanque donde coleteaban un par de felices carpas. No era extravagante, sólo suntuosa. Me hizo una señal para que lo siguiera a través de un largo y sinuoso pasillo cuyas paredes lucían cientos de reconocimientos en todos los idiomas imaginables.

—Por aquí, señorita Fujita —me indicó Doppo con dulzura. Me sentía extrañamente familiarizada con aquel corredor, con aquel ambiente sumergido en una paz casi beatífica, incluso con ese aroma que era mezcla de muchos y me remitía a algo salado e inocente. Pasé frente a un domo de espejos que me reflejaba de cuerpo entero y con discreción supervisé mi aspecto. Era una mujer alta y delgada, muy delgada. Acababan de hacerme un corte sofisticado que me caía liso y disparejo hasta la mandíbula. Aunque mis ojos parecían demasiado grandes para mi rostro pequeño de agudos pómulos y barbilla casi inexistente, nadie dudaría de mi ascendencia asiática. Me había maquillado poco, no acostumbro hacerlo de hecho, y me había puesto un caftán blanco que me hacía parecer muy espiritual. Bajo el brazo acarreaba mi estuche de dibujo.

—Adelante Murasaki —dijo el dueño de la mansión de espaldas a la puerta, sentado en un sillón de respaldo majestuoso, apagando la lamparilla bajo la cual trazaba esbozos. Advertí la papelera colmada. No era que el artista se negara a modernizarse sino que consideraba que sólo el grafito tenía la magia de volver humanos a sus personajes. Su cabeza rosácea, salpicada apenas de vellosidad plateada, sobresalía un poco por sobre la cabecera del sillón.

Por alguna razón la forma de su cabeza me hizo pensar en mi tortuguita Nó que sobrevivió el traslado México-Japón apenas unas horas y a quien la abadesa Kadiri, enfundada en su hábito púrpura y una pequeña estola al cuello, había oficiado un sutra en el antiguo dialecto de Kyoto con el fin de que en su siguiente vida mi pequeña Nó reencarnara en persona.

—¿Señor Kunikida? —pregunté cautelosa. Él giró hacia mí, ataviado en un suéter americano de tono aperlado con cuello de tortuga.

—¡Murasaki!

—¡Arigato Sensei! —dejé caer mi estuche de dibujo que Doppo se apresuró a recoger y a ordenar con bellos dedos de cirujano.

—No, Murasaki, no soy quien crees —me miró con tristeza a través de sus velados ojos claros, aunque sin dejar de sonreír—. Soy *el creador de Arigato Sensei*, y sí, tienes razón, es una especie de autorretrato.

Por supuesto que no era tan viejito como Sensei, de hecho era algo más alto y fuerte. A estas alturas debería haberme habituado al poder de mi imaginación, pero no era así, no era así. Cuando Dama fue asesinada por Tomás Fuertehijar nadie mencionó jamás que ella se hubiera transformado en mariposa gigante, ni que hubiera matado a los policías y a los pasantes sirviéndose de un aguijón y seis patas. Nadie comentó jamás nada, quizá porque supusieron que los juzgarían presas de la locura colectiva. O sencillamente los diarios optaron por cambiar esta nota por otra más sensacionalista: la madre de Luisa Monsalve —Danae Fujita y no Dagmar Obscura— había invadido el nosocomio donde se mantenía bajo observación a su hija menor, armada de un pavoroso sable con que cortó la cabeza de uno de los pasantes, rebanó la nariz a un guardia y le traspasó el cráneo a una doctora.

—Comprendo tu desilusión —me habló con ternura Kunikida—, pero no pasa nada, niña, nada, todo está bien.

"¡También Sensei se refería a mí como *chan*!" estuve a punto de revelar, pero callé a tiempo y me arrodillé sobre un tatami. Kunikida hizo lo propio. Doppo se apresuró a servirnos un té aromático y nos acercó una vianda con dulces de todos los colores del universo.

—Te pareces tanto a tu madre —murmuró ronco, mirándome con curioso pestañeo.

—¿Conoció a mi madre?

—Superficialmente —se llevó la tacita a los labios.

—Dejó una caja para mí, dentro de la cual encontré una carta dirigida a usted doblada dentro de otra carta para mí… escrita con pincel y sobre papel de arroz —carraspeé—. Sé que suena confuso, *extravagante*. Pero el hecho es que en la carta que escribió para mí Dama dejaba instrucciones de venir a entregársela en persona, no enviársela por correo ni nada de eso. Dársela cara a cara.

—Pero ha transcurrido mucho tiempo desde que tu madre murió, querida.

—Diez años, sí —incliné la cabeza avergonzada—. Usted disculpe, debí haber venido mucho antes. Papá y yo nos mudamos a Kyoto hace diez años. Nos refugiamos en un templo de Kamakura que aparece en las novelas de Yasunari Kawabata, el autor favorito de Papá. Ni siquiera salía para ir a la escuela porque ahí mismo me enseñaron lo que hay que saber. Sí, no me mire así; consideré la posibilidad de convertirme en monja, pero nunca conseguí abandonar mi *inadecuada* afición por leer y dibujar mangas —sonreí al recordar el gesto de desaprobación en el semblante de porcelana de la abadesa cuando me sorprendía dibujando a Sho-shan, a Arigato Sensei, al doctor Rintaro Mori (es decir, Papá), a Dama con aureola, a la Mariposa Mejishi… ¡y hasta a la propia abadesa! Tenía sentido del humor, después de todo; a veces hasta me recordaba a Dama en la forma de mirarme—. Hace casi los mismos años que tiene de muerta

mi madre, sí. Papá y yo nos recluimos ahí, escapando del mundo, pero nunca pude comentarle a él lo de la carta. Estaba ya demasiado afectado por lo ocurrido: demasiado, demasiado. Consagró los últimos días de su vida a asistir como médico a las monjas y a orar junto con ellas que lo trataban igual que a un hijo consentido. Ayudó a la gente del pueblo sin cobrar un centavo o recibiendo sólo presentes. Nuestros gastos eran mínimos. Yo sólo requería papel y tinta para sobrevivir; los libros me eran procurados ahí mismo porque las monjas eran aficionadas a Murasaki Shikibu, a Sei Shonagon y a Banana Yoshimoto —y volví a reír como tontita antes de aclarar—: Papá murió hace un año. Cáncer de pulmón. Tenía cuarenta y ocho años pero parecía un viejecito.

—Lo siento mucho, Murasaki-chan. Significa eso que eres huérfana.

—Así es.

—Pero tienes una hermana.

Miré a Kunikida con sospecha. ¿Cómo es que, habiendo conocido *superficialmente* a mi madre, y no siendo quien yo creí que era, es decir, Sensei, sabía tantas cosas acerca de mí?

—Sí, Luisa.

—¿Dónde está Luisa?

—Se quedó con nuestros abuelos paternos. De hecho yo estuve a punto de correr la misma suerte porque los planes de Papá eran retirarse él solito a su ne-

vado mundo kawatiano y dejarnos a ambas con nuestros abuelos, pero tengo muy desarrollado el don de la persuasión —y enrojecí de vergüenza al recordar cómo había besado las manos de Papá y suplicado en forma rastrera que me llevara mientras la pobrecita Lu se limitaba a mirarnos desde un rincón, con seriedad de bonzo (su cabecita rapada la volvía todavía más grave), impotente acaso para expresarse igual que yo y, por lo tanto, en desventaja.

(A todo mundo le caía en gracia que Dama tuviera dos hijas tan diametralmente opuestas: una silenciosa y otra que hablaba hasta por los codos y en varios idiomas.)

—Mis abuelos son maravillosos —continué, y si bien eso era cierto, me lo repetía a cada rato para atenuar mis remordimientos—. Sí, maravillosos. Vivían en Sonora pero se marcharon a vivir a Nueva York para que Lu pudiera empezar de cero, sin cargar el lastre de haber protagonizado una noticia de nota roja. Tengo entendido que está por concluir la high school y le apasionada la entomología. ¡Vive obsesionada con los insectos y se pone frenética si alguien los mata! Abuelo le puso de cariño "Martina", por san Martín de Porres —y procedí a explicarle quién era el santo negrito de los católicos que protegía a toda criatura viviente, incluidos ratones y alimañas.

—¿Te lo contó ella?

—No —pasé un dedo por la franjita dorada de la taza de porcelana para no mirarlo a los ojos—. Me lo contó Abuelo por e-mail.

Después de lo ocurrido Lu y yo no volvimos a comunicarnos por telepatía. Y miren que lo he intentado. Mi última palabra antes de dormir cada noche, durante estos diez años, ha sido *perdóname*…

—Fui egoísta —incliné la cabeza—. Debí interceder por mi hermanita también, insistir en que nos acompañara. Se lo sugerí a Papá pero no con el mismo empeño con que le rogué que me llevara. Lu ni siquiera lloró cuando ella y Kazuyo abordaron el avión que las llevaría hasta los brazos de Abuela que sin duda las cubriría de mimos. Pero Lu no estaba contenta. ¡No lo estaba! Su última mirada fue de reproche. Aunque se supone que los niños AS no manifiestan sus emociones. Por mucho que nuestros abuelos la amaran y estuvieran dispuestos a hacerla feliz y a inscribirla en las mejores escuelas donde conviviera con niños como ella que no la verían como a un monstruo, nunca sería tan feliz como lo fui yo en el templo, viendo y participando en representaciones de teatro Noh cada viernes, rodeada de la naturaleza, dibujando.

(Algún día le platicaría al señor Kunikida de cuando provoqué el llanto de Papá al caracterizar a la protagonista de *El amor de la señora Yugao* provista de una adorable máscara de *komen*, una larga cabellera sintética de un negro intenso y un kimono negro.)

—Eras una niñita —me justificó Kunikida dando un pequeño sorbo a la taza—. No te culpabilices de esa manera. Estoy segura que tu padre y tu madre estarían orgullosos de ti y de Cho.

—¿Cómo lo sabe? —lo acribillé con la mirada—. ¿Cómo sabe el nombre secreto de mi hermana?

—Sé lo necesario para suponer que eres digna de entrar en mi intimidad, Murasaki… ¿Te parece suficiente? —no respondí. Preferí concentrarme en la segunda taza de té y Kunikida agregó—: ¿Podrías mostrarme la carta que tu madre me escribió?

Abrí mi pequeño bolso y la extraje en el acto. Aunque iba preparada para mostrarle a Kunikida mis esbozos de *Sho-Shan Z*, eso no me importaba tanto como cumplir con la última voluntad de Dama. La verdad es que me sentía segura de mi talento pero no creía merecer una oportunidad.

—Apenas voy a desdoblar la carta amarillenta de tu madre y ya mil pensamientos locos cruzaron por tu mente, ¿no es así, Murakami-chan? —dijo Kunikida sonriente mientras se colocaba las gafas y leía la carta de Dama escrita, por supuesto, en japonés, la noche antes de ser asesinada.

Mi muy amado Jinzaburo-san:

Eres el único que puede ayudarme, lo sé. Aunque sólo te haya visto en sueños, sé que también tú me has visto a mí. Ahora mismo te estoy viendo y sé que sueño mientras escribo. Sin embargo experimento la suave sensación del pincel al deslizarse por el papel. Podrá no ser tan buena mi caligrafía como cuando la hago despierta, pero hago lo posible.

Sé que estoy al borde de la muerte. En apariencia no estoy enferma de nada pero no sólo de enfermedad está uno expuesto a morirse, bien lo sabes tú que a diario convives con personajes de los que has de despedirte una y otra vez, y a quienes has resucitado, en ocasiones, guiado por la nostalgia. Me siento acechada por un peligro que no consigo descifrar, tú entiendes. Creo que incluso podrías explicármelo si fuera posible extender un puente psíquico entre nosotros, pero te has rehusado a dirigirme la palabra desde que decidiste que yo era la culpable de tu depresión. Con todo, estoy segura de que todavía me estimas y que de alguna u otra forma me has permitido seguir viviendo en otro cuerpo. Es por ello que me permito suplicarte que del mismo modo que me has ayudado a seguir adelante y me has permitido casarme y ser feliz, ayudes a mis niñas que están a punto de quedarse sin su madre.

Aunque se quedan a cargo de un padre joven y fuerte, presiento que mi muerte representaría para Luís un golpe mortal e insuperable, así que temo por ellas, no sólo por Cho sino también por Murasaki, cuya imaginación la rebasa, la vuelve extranjera en este mundo material. Nadie, me temo, tiene una imaginación que sea un monstruo en sí misma como la de mi pequeña, mientras

que Cho es una bomba de tiempo, un manojo de energía y nervios. La gente tiende a creer que es tonta porque no habla, pero tú y yo sabemos que es tan inteligente —y tan imaginativa— como la propia Murasaki. El problema es el rechazo que genera con su empecinado mutismo, combinado con su irrefrenable curiosidad que la lleva a tocar todo.

Temo por ambas: por la realidad de Cho y la ficción de Murasaki. Ni siquiera entiendo en qué forma podrías contribuir a ayudarlas; al menos Murasaki tiene algo en común contigo, ya sabes qué es. A través de ella podrías ayudar a Cho, quien requiere de un espejo honesto y sensible dónde ver reflejada la grandeza de su espíritu. Sé de sobra que Murasaki querrá mostrarte sus dibujos y hablarte de la historia tan dolorosa que encierran, aunque parezca cómica por momentos, y sé que la admitirás como aprendiz, pues sólo a través de la imaginación de Murasaki Cho podrá hallarse en el mundo y entender cuál es su misión."

Tras la lectura permanecimos sumidos en un silencio espeso. Lo escuché doblar la carta con un cuidado casi devoto, sin atreverme a mirar su expresión. Yo no sabía qué decir, pues ignoraba el contenido de aquella carta. Nuevamente Kunikida pareció leer mi pensamiento:

—Debe haber escrito esto bajo trance o en un estado de vigilia demasiado alterado. No sabría explicar si estableció una especie de puente psíquico conmigo al momento de escribir esto, pues de algún modo esperaba verte cruzar por esta puerta desde hace diez años. Eso, o el estado en que se encontraba le permitió recobrar parcial o totalmente la memoria.

—Siempre he creído —empecé a decir sin mirarlo a los ojos— que Dama recuperó la memoria poco antes de morir. Estaba sumamente extraña poco antes del incidente.

—Lo sé, Murasaki, lo sé, no es necesario que me repitas esa historia tan terrible.

Ningún periódico mexicano publicó nada de lo que Lu y yo vimos (porque ella vio lo mismo que yo, estoy segura). Me pregunté si los diarios japoneses habrían relatado los hechos tal y como sucedieron.

—Conocí a tu madre en el invierno de 1988 —comenzó a decir Kunikida sin yo preguntarle nada, aunque escuché atenta. Doppo, que no se había retirado pero poseía la rara habilidad de aparentar que no estaba, se apresuró a servirnos la tercera tanda de té especiado—.

Me encontraba en un bar cualquiera de Tokio, el primero al que se nos ocurrió entrar a Doppo y a mí buscando no alcohol ni mujeres sino soledad y un poco de anonimato. Nadie imagina que soy amante de los bares tranquilos y de la música moderna, me imaginan una especie de ermitaño o de bonzo que dibuja dentro de una cápsula de oxígeno. El caso es que ese día estaba de humor para quebrantar un poco la ortodoxia de mi vida cotidiana y me retiré a ese bar a dibujar mientras Doppo hojeaba una revista de feng shui. Planeaba en ese momento la serie de *Tinta violeta* pero no tenía idea de qué fisonomía y qué carácter darle a nuestra poeta nacional, Dama Murasaki.

"Al cabo de un rato, tras desechar un par de esbozos, vi entrar a la más hermosa mujer que había visto en mi vida. La más hermosa pero la más triste también. Bueno, no, "triste" es un apelativo simplón porque no entró cabizbaja, ni lloriqueando, al contrario, era de una belleza altiva y serena pero sus ojos… ¡sus ojos!, traslucían una tristeza profunda, antigua, petrificada. Me hizo pensar en esos árboles añejos que sin embargo parecen invencibles y eternos. No era ella la que me hacía pensar en árboles antiguos, sino su mirada tan entrenada para no mirar, tan triste y vacía.

"No, no iba sola. Era escoltada por dos enormes chinos que acarreaban un arma cada uno. Supe entonces que se trataba de alguien importante, tal vez la esposa de un mafioso o de un contrabandista, aunque parecía

demasiado majestuosa para ser otra cosa que no fuera una reina. La mujer tomó asiento frente a la barra y sus acompañantes, que se sentaron a espaldas de ella, se cercioraron de vigilar que nadie la molestara. Acercármele hubiera sido tan estúpido como pretender robar una piedra preciosa custodiada por mastines. Mientras ella bebía con infinita sed, sus escoltas se abstuvieron de beber y se concentraron en una partida de dados. Yo estaba lo bastante apartado y protegido por la penumbra y en el ángulo perfecto para contemplar a mis anchas aquel perfil maravilloso. Sus ojos que tanto me habían maravillado e impresionado parecían perdidos en un instante doloroso, casi insoportable. Empecé a trazar ese perfil; esa frente blanca y despejada, esa cabellera que le caía como cortina de noche sobre la espalda. Supe entonces que tenía a Dama Murasaki frente a mí, llámalo intuición, *superstición* dicen los occidentales. Pero esa mujer envuelta en el misterio de la belleza y la melancolía era lo que buscaba. La que tras la muerte de su amado esposo optó por aislarse en un monasterio budista.

Calló de pronto. Impaciente, aguardé a que prosiguiera la historia: esperando me contara que había desafiado a los guaruras para acceder a la dama.

—¿Qué pasó después? —me atreví a preguntar cuando el silencio se hubo extendido demasiado.

—Nada, Murasaki. ¡Nada! Es decir, nada digno de contarse, excepto que la tomé como modelo para mi per-

sonaje. Jamás intercambiamos palabra alguna, ni se me ocurrió intentar un acercamiento. Era evidente que necesitaba estar sola, que no quería ser molestada, que sus guardaespaldas tenían estrictas órdenes de aislarla para que pudiera emborracharse a sus anchas. La contemplé por horas hasta que cayó desplomada sobre la barra y sus empleados tuvieron a bien sacarla como al más precioso cargamento. No ha vuelto a pasar un día desde entonces sin que la vea en mis sueños.

Silencio de nuevo. El mayordomo rellenó nuestras tazas. Nada agregué al respecto y Kunikida dijo:

—¿Qué fue del asesino de tu madre?

—No hace falta mucha imaginación para saberlo. Ah, pero usted es japonés, no está familiarizado con el sistema jurídico mexicano. El señor Fuertehijar fue puesto en libertad casi de inmediato. Ni un mes permaneció encarcelado. Su abogado convenció a todos de que se trataba de un caso de locura transitoria. Insinuó que había sido poseído por una fuerza misteriosa a consecuencia del trauma de la muerte de su hijo —permanecí un rato en silencio aguardando un comentario, pero al permanecer Kunikida callado agregué—: ¿Sabe?, se tomó la molestia de ofrecerme disculpas.

"Cuando me buscó ya habían transcurrido seis o siete meses desde la muerte de Dama y Papá estaba involucrado en los últimos preparativos para retirarnos al Japón. Lu, para entonces, estaba ya con los abuelos. El

señor Fuertehijar había solicitado la absolución total de mi hermana, así que Lu recuperó su libertad para desplazarse. Dama nunca me permitió salir sola pero Papá era diferente; ya no estaba Kazuyo, así que me quedaba sola la mayor parte del tiempo. Se me ocurrió escaparme al parque. Era, por cierto, la primera vez que iba sola, y aunque debí sentirme orgullosa, pues era un principio simbólico de mi libertad de elección, lo único que sentí fue una profunda tristeza. Para colmo, el parque lucía desolado, abandonado. Lo único que se me ocurrió fue sentarme en un columpio e impulsarme con las piernas. Dama me había enseñado a hacerlo en ese mismo columpio, jugando igual que una niña. Se me desbordaron las lágrimas y me balanceé más y más alto, deseosa de alcanzar la copa de los árboles, las nubes, el Cielo, el Paraíso donde de seguro estaba Dama.

"En eso vislumbré una figura alta y ancha de hombros, enfundada en una gabardina gris acero que atravesaba cabizbaja el parque directo hacia mí. Reconocí en el acto al papá de Toto y sentí helado el corazón. Pese a que el miedo me engarrotó las piernas, salté desde las alturas y, aunque no caí de pie sino de rodillas, me levanté en el acto, raspada y sangrante, sin sentir dolor, dispuesta a correr, pero ese hombre me detuvo por un hombro.

"No te haré daño, Violeta, sólo quiero hablar contigo", dijo.

"Yo no quería ni verlo a la cara, de hecho nunca se la había visto con atención, sólo su sombra, y prefería continuar desconociendo sus facciones. Es mejor que nuestro enemigo no posea rostro, como Izanami. Permanecí como clavada en el piso pero rehusándome a mirarlo. Temblaba, eso sí, no sé si de terror, de odio, de impotencia, o de todo al mismo tiempo.

—Sé que es imposible de creer, Violeta —continuó el papá de Toto, pronunciando mi nombre con respeto reverencial—, pero simplemente no sabía lo que hacía… ¡No sabía! Mi abogado todavía piensa que fue un mero recurso, pero no, es absolutamente cierto que no estaba en mis cabales, aunque el médico que lo certificó ni siquiera haya realizado una prueba. La muerte de mi hijo me dejó muy trastornado, hipnotizado. Me siento como si hubiera estado dormido todo este tiempo, aunque la verdadera pesadilla empezó cuando desperté.

—¡Si va a matarme, máteme de una buena vez! —dije, rehusándome a mirarlo, y mi voz resonó en cada ángulo del cuadrilátero del parque, pero no había nadie más para escucharme—. Si necesita más sangre para vengar a su hijo, tome la mía. Nadie se ocupará de hacerme justicia, como no se la hicieron a mi madre. Usted alegará que lo poseyó un demonio ¡y listo!

—Tienes toda la razón del mundo en odiarme —sollozó el hombretón. Una lágrima suya repiqueteó en la punta de mi nariz cual goterón de lluvia—. De hecho,

vengo dispuesto a que me mates, si es que después de escuchar lo que tengo que decirte sigues creyendo que actué cegado por un deseo de venganza y no por un acto irracional durante el que dejé de ser yo, Tomás Alonso Fuertehijar, un hombre respetable que jamás había matado una mariposa.

Permanecí inmóvil, ¿por qué ejemplificar precisamente con ese insecto y no con otro? Él interpretó mi silencio como señal de que lo escucharía hasta el final y después probablemente me atrevería a vaciar sobre él la pistola que llevaba preparada. ¿Quién mejor para hacerlo que la hija sana de su víctima? Las manos de Lu hubieran sido demasiado pequeñas para eso, igual que lo eran para estrangular a un niñito.

—Me volví loco, Violeta, ¡loco, loco, loco!, de verdad, como si un espíritu maligno dirigiera cada uno de mis actos. Matar a tu madre se convirtió en mi obsesión pues, curiosamente, no era tu hermanita el blanco de mi odio, sino Dagmar. Nunca en mi vida había odiado a nadie, nunca había sentido deseos de matar. Eso no está…, no estaba en mi naturaleza, hasta que una serie de pesadillas empezaron a torturarme noche tras noche. Veía a una mujer… bueno, parecía una mujer pero no estoy seguro. Era una figura más bien amorfa, siniestra y obscura, desprovista de rostro pero con una larga cabellera negra. Me hablaba a través de una serie de criaturas parlantes debajo de su piel. *Ella* no tenía

voz propia. La cosa más extraña y horrible que haya visto nunca.

"Lo peor, Violeta, lo peor es que después de haber matado a tu madre sucedieron cosas que me hicieron dudar de que tu hermanita hubiera provocado la muerte de Tomasín, al menos en forma directa —el hombre tragó saliva con dificultad. Sus lágrimas continuaban escurriéndome en la punta de la nariz y en las mejillas—. Apenas salí de prisión, mi esposa me aguardaba con una noticia que en su momento consideré, o me esforcé en considerar, feliz. Íbamos a tener otro hijo. Pero un nuevo hijo nunca suplirá a uno muerto. De algún modo supe que de lograrse ese hijo no lo querría ni la quinta parte de lo que amaba a Tomás. Temí que el demonio se hubiera apoderado de mí otra vez, pero no, no era el demonio, era otra cosa: la voz de la razón. Pocos días después Neira tuvo un absurdo accidente de tránsito. Fue arrollada por un ebrio que se subió a la banqueta donde ella se disponía a abordar su auto para ir al doctor. Cosa de locos. No sólo perdió al bebé, sino que quedó herida de gravedad. Poco antes de morir me confesó que se sentía culpable porque temía haber sobremedicado a Tomasín.

"No podía creer lo que escuchaba —el hombre ya estaba hecho un montón de lágrimas y mocos, lloraba como un niño mientras yo me esforzaba por no perder la compostura—. Violeta, esa mujer había estado *envenenando* a nuestro hijo. ¿Lo puedes creer? Más tarde un

psiquiatra me explicaría que hay algo llamado síndrome de Münchausen que padecen algunas madres, una ínfima minoría por fortuna. Se trata de una compulsión por mantener a sus hijos enfermos para cuidar de ellos como si siguieran siendo bebés. No sé qué tan cierto sea eso, si lo inventaría el doctor para justificar a Neira, pero el caso es que esa… ella estaba suministrándole a Tomasín un catártico. Apenas lo supe exigí que exhumaran los restos del niño. Claro, no había muerto por asfixia sino por un paro cardiaco. De pronto entendí por qué Neira se había opuesto tan rotundamente a que se le practicara una autopsia al cuerpo del niño, y yo estaba tan cegado. Todo se aclaró entonces: Tomasín se recuperaba como por obra de magia al ingresar a un hospital, pero apenas regresar a casa presentaba síntomas de una enfermedad no identificable. En alguna ocasión su pediatra mostró extrañeza porque la muestra de sangre no coincidía con la de Tomasín y cuando Neira insistió en cambiar de pediatra, el nuevo encontró sustancias en su orina que un niño no consumiría, a menos que un adulto se las suministrara.

Tras un largo y penoso silencio agregó:

—Si se le hubiera practicado la autopsia de ley a Tomasín, cosa que impedí pagando una mordida estratosférica, nada de esto hubiera sucedido.

Se suponía que tras su confesión yo debía tomar el arma que me tendía y disparar sobre él. Me dijo incluso que antes de acudir en mi busca había dejado todo arre-

glado para que mi hermana y yo heredáramos toda su fortuna por partes iguales. Debe haber estado pasando por una depresión muy aguda pues su razón trastabillaba de nuevo. Sin mirarlo a los ojos dije lo más serena que pude:

—Lamento mucho lo que le ocurrió a su hijo, señor. También yo quería a Toto. Era el único amigo de Lu. Hace mil años quería decírselo, Toto era un niño bueno y hermoso. Entiendo que una cosa así puede perturbar a cualquiera, yo misma estoy muy perturbada por lo que usted le hizo a mi madre, pero a ella no le gustaría que me ensuciara las manos con la sangre de su asesino, ni yo quisiera cargar sobre mi conciencia la muerte del papá de un niño que recuerdo bueno y hermoso —dicho lo cual eché a correr despavorida, sin mostrar el mínimo interés en la que según él sería nuestra cuantiosa herencia. El hombre no fue tras de mí pero su llamado envuelto en lamentos me alcanzó como un látigo.

"¡Violeta, por favor regresa! ¡Tu hermana y tú serán mis herederas universales!"

—¡No podía confesarle que le creía lo de la posesión demoniaca! —no pude evitar una risita amarga al decirle esto a Kunikida—. Sencillamente no podía, hubiera sido justificarlo y absolverlo por la muerte de mi madre, pero yo era la única persona en el mundo, además de mi hermanita muda, a la que le constaba que ese pobre hombre decía la verdad.

—Chica lista —rio de forma paternal Kunikida con voz de Arigato Sensei, revolviéndome la melenita como un padre a su hija.

(Viéndolo bien, si el creador de Dama era el señor Kunikida, ¿no lo volvía eso un poco en mi abuelo?)

El timbre del teléfono me sacó de mis dulces sueños. Abrí los ojos y me vi en una habitación azul a tono con mi imperio bonsái, aunque no estaba dentro de una tienda sino sobre un futón de plumas. Había sido una extravagancia de mi parte hospedarme en el hotel de Tokio donde realmente se recluye Yauchi, el amante de Mikage, protagonista de *Kitchen*, la novela de Banana Yoshimoto, en la que Yauchi trepa hasta la ventana de su amado, usurpando el papel de Romeo para juntos comer katsudon. Al menos es lo que asegura la abadesa Kadiri. Sobre el tocador había colocado una fotografía enmarcada de mi hermana en su estado actual, una hermosa jovencita de dorados rizos y vestido con cuello de olancitos frente a la que coloco un nuevo durazno cada día. El teléfono insistió: *Mochi-mochi*, contesté.

—¿Señorita Fujita? —preguntó una dulce voz femenina—. Mi nombre es Junko y le hablo de parte del señor Kunikida que requiere verla hoy mismo a las 8:00 p.m. Por supuesto, si usted no tiene compromiso con alguien más.

—Nada es más importante para mí que el señor Kunikida —dije en perfecto (¡y voluntario!) japonés.

"¿Y si sólo desea devolverme mi estuche de dibujo?", me pregunté, entristeciendo de pronto. El té de Doppo tenía alguna propiedad que me había hecho olvidar mi estuche de dibujo en casa de Kunikida.

—Un chofer pasará por usted a las 7:00 p.m., señorita Fujita, ¿tiene algún inconveniente?

—¡Ninguno, ninguno! A las siete en punto estaré en el lobby del hotel —colgué y realicé el muy occidental ademán de *cooooo!*!!!

Pasé el mediodía en un salón de belleza con tan buen tino que ahí mismo disponían viandas de sushi y botones con tofu para la clientela. Me aplicaron un tinte que realzara el brillo de mi pelo negro y me sometí a un tratamiento para el cutis y a un masaje relajante. Por primera vez permití que usaran mi rostro como lienzo, pues si algo estaba prohibido en el templo era el maquillaje (quizá gracias a eso nunca sufrí el consabido acné de la adolescencia). Ni yo misma me reconocía en el espejo. Me puse mi mejor kimono, uno de color violeta.

Kunikida, escoltado, naturalmente, por Doppo y un pequeño grupo de colaboradores, mucho más jóvenes que él (aunque mayores que yo) me recibió en el salón de juntas del trigésimo piso de un impresionante complejo de edificios inteligentes. Me ruboricé al advertir que todos, incluido el señor Kunikida, vestían como occidentales. No pude menos que disculparme por mi torpeza y a cambio dijeron que lucía realmente hermosa

con ese kimono que resaltaba el tono de mi pelo y de mi tez. Junko, la secretaria de Kunikida, comentó entre reverencias que nunca había visto a una china lucir con tal dignidad y encanto un kimono Chijimi, y no la saqué de su error respecto a mi nacionalidad. Kunikida procedió a presentarme a los chicos y chicas de su equipo ante los que tuve oportunidad de desplegar los modales aprendidos de Dama.

—Él es Genjo Bando, otro de nuestros creativos. Él contribuyó a diseñar varios de los personajes de *Master Higo* y ya está empezando a trabajar en su propio anime cuyo título provisional es *Mistral*.

—Un shonen —se justificó Bando mientras estrechaba mi mano—. Adoro el mundo femenino, he de reconocerlo. Mi corazón es tierno como el de un pájaro.

Y al decir eso realizó una reverencia tan profunda que mi corazón derretería mi kimono. A mi edad, era la primera vez que un muchacho me gustaba. ¡Era tan guapo! Llevaba el largo cabello sujeto en una coleta, con lustrosos mechones cayéndole sobre los ojos grandes y amables que me hicieron pensar en ciruelas.

—Tu madre era una gran mujer, Murasaki —continuó Bando sin soltarme la mano—. Eres muy afortunada por parecértele tanto.

Nada pude decir, tenía la garganta hecha nudo y la cara a punto de reventar. A mi alrededor escuché risitas pícaras y noté a dos chicas feúchas que más tarde se pre-

sentarían como Chie y Ginko codeándose entre sí. Bando no me quitaba los ojos de encima aunque mantuviera la cabeza inclinada.

Kunikida me suplicó tomar asiento junto a él y frente a Bando en la mesa donde aguardaban cubiertos occidentales. Aunque de entrada parecía una junta de negocios en realidad se trataba de una cena y no supe qué tan bueno o qué tan malo era eso. A lo mejor el señor Kunikida sólo quería presentarme con su personal de confianza por cortesía; después de todo, yo era la hija de Murasaki Shikibu, su creación más entrañable.

El asiento a mi derecha permaneció solitario durante muy poco tiempo pues casi en el acto se incorporó un elegante personaje de unos treinta años que Kunikida me presentó. Era Giichi Matsubara, alto ejecutivo de Fuji TV. Por algún motivo dirigí una mirada interrogante a Bando, como si él pudiera explicarme de qué trataba, pero se limitó a sonreírme mientras se rascaba la cabeza.

—Querida Murasaki —empezó a decir Kunikida tras el brindis de bienvenida, con vino francés—, antes que nada quiero pedirte formalmente que te integres a nuestro equipo, pero no sólo eso. Todos, incluyendo al señor Matsubara y a sus socios, estamos de acuerdo en que *Sho-Shan Z* sería el éxito más grandioso de todos los tiempos, y por supuesto, tú eres la creadora del concepto.

—Una serie de crítica social —agregó Matsubara mirándome con afecto (¿acaso así miran todos los japo-

neses?, me pregunté)—, donde además de la aventura se reflejan grandes males de nuestro tiempo como la xenofobia, el rechazo social a quienes son diferentes, la exposición de los niños a la maldad de los adultos y la relevancia de valores como la lealtad, la amistad, la dignidad y el amor filial.

—Oh —no supe qué más decir, todavía no empezaba a comer, no hubiera podido—. Oh…

—No necesitas decir nada, chan, nada de nada —rio Junikida, a quien sus colaboradores afirmaban no haber visto tan contento en mucho tiempo, colocando su mano sobre mi hombro—. Hacía mucho te esperábamos.

—¡Mucho! —subrayó Bando en medio de una dulce inclinación de cabeza.

—Continuarás la saga de Dama Murasaki —dijo Matsubara entusiasmado como un niño—. Revivirás al personaje que Kunikida dejó languidecer y a partir de ahí realizarás tu propia creación.

—Además —Kunikida me guiñó un ojo—, recuerda que los personajes manga tienen el poder de reencarnar o revivir.

—¡Ajá! —exclamó Bando dando un sorbo de vino y guiñándome un ojo.

Me quedé muda mirando a uno y a otro con ojos muy grandes: *Reencarnar y revivir.*

Reviviría a Dama y a Papá, y ¿por qué no? a Toto.

¡Nó reencarnaría en…! ¿En qué, en qué…?

¿En bonzo? ¿En abadesa?

Lu sería súper heroína pero, sobre todo, la reivindicaría ante los ojos del mundo. Bastaría con contar la verdad. *Mi verdad.*

Sería una excelente manera de decirle a mi hermanita: perdóname.

Una vez más, el señor Kunikida pareció leer mis pensamientos.

—El doctor Mori es tan pero tan bueno… Amó tanto a su esposa que bien podría adquirir una identidad manga. Y ¿por qué no?, ¡súper poderes!

—El primer episodio podría titularse *Fu-jin Murasaki: fuku-shuu* —sugirió el infantil ejecutivo que parecía tener la risa pintada en sus ojos, fingiendo que volaba y provocando la risa espontánea de todos.

Huelga decir que la idea me encantó. Esta vez Dama vencería a Izanami para siempre.

Vengaríamos a Cho y a Toto…

¡La Mariposa! ¡Mejishi!

—¡Por *Sho-Shan Z*! —exclamó el señor Kunikida poniéndose de pie y chocando su copa con la mía—. ¡Y por Murasaki Fujita!

—¡Por Cho! —agregué mirándolo a los ojos y convenciéndome, de pronto, de que Arigato Sensei nunca se había ido y de que Cho podría volver. Bando sonrió.

"Volverás Cho-chan, volverás."

¡Alto! ¡Alto!
¡Un momento!
Estás leyendo AL REVÉS
(Te recordamos que esto no es una historieta
—aunque lo parezca—, sino una novela manga.)

Atte:
Murasaki Fujita